3 1761 09373091 9

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/ensayos03unam

ENSAYOS

OBRAS DEL AUTOR

	Pesetas
PAZ EN LA GUERRA *(novela)*. Madrid; Fernando Fé, 1897	4
DE LA ENSEÑANZA SUPERIOR EN ESPAÑA. Madrid; *Revista Nueva*, 1899	1,50
AMOR Y PEDAGOGÍA *(novela)*. Barcelona; Henrich y C.ª, 1902	3
PAISAJES. *(Colección Colón.)* Salamanca, 1902	0,75
DE MI PAÍS. *(Descripciones, relatos y artículos de costumbres.)* Madrid; Fernando Fé, 1903	3
VIDA DE DON QUIJOTE Y SANCHO, *según Miguel de Cervantes Saavedra, explicada y comentada.* (Segunda edición, adicionada con un nuevo ensayo.) Madrid; Renacimiento, 1914	3,50
POESÍAS. Fernando Fé; Victoriano Suárez. Madrid, 1907	3
RECUERDOS DE NIÑEZ Y DE MOCEDAD. Madrid; Fernando Fé, Victoriano Suárez, 1908	3
MI RELIGIÓN Y OTROS ENSAYOS. Madrid; Renacimiento, 1910	3,50
POR TIERRAS DE PORTUGAL Y DE ESPAÑA. Madrid; Renacimiento, 1910	3,50
ROSARIO DE SONETOS LÍRICOS. Madrid; Fernando Fé, Victoriano Suárez, 1911	3
SOLILOQUIOS Y CONVERSACIONES, Madrid; Renacimiento, 1911	3,50
CONTRA ESTO Y AQUELLO. Madrid; Renacimiento, 1912	3,50
EL ESPEJO DE LA MUERTE *(novelas cortas)*. Madrid; Renacimiento	1
DEL SENTIMIENTO TRÁGICO DE LA VIDA. Madrid; Renacimiento, 1913	3,50
NIEBLA *(nivola)*. Madrid; Renacimiento, 1914	3,50
ENSAYOS. T. I., Residencia de Estudiantes, 1916.	3
ENSAYOS. T. II., Residencia de Estudiantes, 1916.	3

U5476e

ENSAYOS

POR

MIGUEL DE UNAMUNO

III

146609
29/7/18

PUBLICACIONES DE LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

SERIE II.—VOL. 9.

MADRID

1916

Es propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Imp. de Fortanet, Libertad 29.—Tel. 991.—Madrid

LA DIGNIDAD HUMANA

CONOCIDÍSIMA es la doctrina que en la llamada jerarquía de los fenómenos sociales coloca a los económicos como de base y fundamental primero de los demás, por ser al organismo social lo que las funciones nutritivas al individual. No es cosa de discutir una vez más concepción tan traída y llevada y tan mal entendida con sobrada frecuencia. Voy a limitarme, en estas notas al vuelo, a señalar un aspecto de la influencia indudable que las concepciones debidas al proceso económico han ejercido sobre la manera toda de juzgar los hombres. Voy a señalar a la atención del lector algunos puntos referentes a cómo y de qué manera la tan conocida distinción económica entre valor de uso y valor de cambio la encontramos en esferas que no son propiamente económicas y contribuye a degradar la moral y el arte.

No hay, entre quienes hayan hojeado siquiera

un manual de economía política, quien ignore la distinción que se establece entre la utilidad intrínseca de una cosa y su valor de cambio, regulado éste por la famosa ley de la oferta y la demanda. Todo el mundo sabe que las cosas más útiles, el aire, el agua, la luz, etc., pueden llegar a no tener precio o valor de cambio (aparente por lo menos) alguno; que un diamante se paga más caro que muchísimas cosas más útiles intrínsecamente que él. La cantidad de algo, regulada luego por el juego de la oferta y la demanda (que regula, no determina propiamente el precio) es la que marca el valor económico de ello. Y son incalculables—como con vigorosa y levantada elocuencia ha puesto de relieve acaso más que ningún otro el gran pensador inglés Ruskin—, son incalculables los errores que la confusión entre el valor de cambio y el intrínseco han producido en esa economía ordinariamente mercantil, cuando más política o nacional, social muy raras veces.

Los conceptos preexpresados son de uso corriente, pero creo que no se aprecia siempre toda su importancia y la extensión con que se los aplica. La estimación del mero valor de cambio aplicada al trabajo humano, y al hombre mismo por lo tanto convertido en mera mercancía, es el carácter más odioso del régimen económico-social que

padecemos. Y tal estimación se extiende a la moral, a la literatura, a la ciencia, al arte, produciendo el más abyecto e infecundo mandarinismo, el verdadero materialismo mercantilista. La personalidad humana se mide con ese famoso valor de cambio.

Si al comparar un cuerpo que se halle a 2 grados centígrados de temperatura con otro que no pase de 1 grado, dijera alguno que el primero tiene doble calor que el segundo, cometería un error tan grosero que apenas hay bachiller español que en él caiga. El error procedería de tomar como punto absoluto de comparación, cual si fuese el indicador de absoluta carencia de movimiento íntimo molecular calorífico, el cero de la escala termométrica, que no pasa de ser indicadora de la temperatura de congelación del agua. Se ha determinado con alguna precisión el que se llama el cero absoluto o sea aquel punto, inasequible en la realidad, que es el límite del descenso en temperatura, allí donde cesa todo movimiento calorífico, y que es a los 272 grados bajo cero del termómetro centígrado. Tomando éste cual punto de comparación, resulta que los cuerpos respectivamente de 1 y 2 grados se hallan a 273 y 274 sobre el cero absoluto. Y, desde luego, se ve la diferencia enorme que hay de compararlos tomando por

punto de partida el cero de la escala o el cero absoluto.

Un error semejante, profundamente arraigado y por inconciente funestísimo, es el de aquellos que miden el valor del hombre, el de la personalidad humana, a partir del cero de nuestra escala social en un orden u otro. Todos los días se oye decir que Fulano vale mil veces más que Zutano, que de tal sabio a su criado hay tanta distancia como de éste al orangután, con otras atrocidades semejantes que, en su inconciente sencillez, revelan un juicio social hondamente pervertido.

Si se pudiera apreciar la diferencia que hay entre los individuos humanos, tomando cual unidad de medida el valor absoluto del hombre, se vería, de seguro, que la tal diferencia nunca pasaría de una pequeña fracción. Por supuesto, lo general es que tales diferencias sean cualitativas, no cuantitativas. Así como no apreciamos el valor del aire, o el de la salud hasta que nos hallamos en un ahogo o enfermos, así al hacer aprecio de una persona olvidamos con frecuencia el suelo firme de nuestro ser, lo que todos tenemos de común, la *humanidad,* la verdadera humanidad, la cualidad de ser hombres, y aun la de ser animales y ser cosas. Entre la nada y el hombre más humilde, la diferencia es infinita; entre éste y el genio, mu-

cho menor de lo que una naturalísima ilusión nos hace creer. Nada más frecuente que ver que las gentes letradas, los espíritus librescos sobre todo, miren con desdeñoso desprecio, de arriba abajo, a los que poseen conocimientos adquiridos de otro modo, o inexpresables, o hechos médula y tuétano y conceptos cual actos reflejos. Junto a la facultad de saber andar y manejar las manos, y hablar, junto a lo que se aprende en los primeros años de la niñez, ¿qué significa toda la llamada por exclusión y antonomasia ciencia, huela más o menos a tinta de imprenta? *Primum vivere, deinde philosophari:* primero vivir, filosofar después, dice un viejo adagio latino, al que hay que añadir que la vida, el *vivere,* es ya en sí y por sí un filosofar, el más profundo y grande. Lo que hace más grande a la naturaleza es el ser desintencionada. Se ha olvidado que el origen de la inteligencia es la necesidad de vivir y reproducirse, el hambre individual y la de la especie, y bajo la fórmula de «la ciencia por la ciencia» suele ocultarse, no pocas veces, una concepción antihumana.

Cuando se dice que la ciencia es producto del trabajo colectivo, se olvida a menudo la parte que en su producción han tomado los desdeñados por los hombres de ciencia, así como también que en el estado actual de diferenciación del trabajo

nadie puede decir: «esta es mi obra, esto sólo de mí procede.» Lo que hace posible la existencia de los hombres dedicados a la pura especulación científica, y con ella el progreso de la ciencia, es el callado y terrible sacrificio de no pocos braceros, cuyo valor se estima poco más alto, o tal vez más bajo, que el cero de nuestra escala social.

Se ha intentado de mil maneras diferentes calcular con alguna exactitud el valor económico del trabajo humano, se ha aplicado a él de una manera ingeniosa la fórmula del trabajo mecánico $\frac{mv^2}{2}$ (la mitad del producto de la masa por el cuadrado de la velocidad); pero hay que reconocer que la voluntad y la energía humanas son fuerzas inmensurables hasta hoy. No hay para el trabajo humano otra medida que el valor de la obra que lleva a cabo, y tal obra rara vez es producto mensurable.

En la práctica se ha trazado una escala de graduación para estimar el trabajo humano, y se ha fijado en ella un punto (movible, por supuesto, y oscilante), cual cero de la escala, un punto terrible en que empieza la congelación del hombre, en que el desgraciado a él adscrito va lentamente deshumanizándose, muriendo poco a poco en larga agonía de hambre corporal y espiritual entre-

tenidas. Y así sucede, que el proceso capitalístico actual, despreciando el valor absoluto del trabajo y con él el del hombre, ha creado enormes diferencias en su justipreciación. Lo que algunos llaman individualismo, surge de un desprecio absoluto precisamente de la raíz y base de toda individualidad, del carácter específico del hombre, de lo que nos es a todos común, de la humanidad. Los infelices que no llegan al cero de la escala, son tratados cual cantidades negativas, se les deja morir de hambre y se les rehusa la dignidad humana.

Es mi intento aquí indicar el efecto moral que por fuerza produce tal manera de considerar las cosas. Como fruto natural y maduro de concepción semejante, y de las que de ella fluyen, ha venido un oscurecimiento de la idea y el sentimiento de la dignidad humana. No basta ser hombre, un hombre completo, entero, es preciso *distinguirse*, hay que subir lo más posible del cero de la escala y subir de cualquier modo, hay que adquirir valor social de cambio. Y en esta encarnizada lucha por lograr la altura de cualquier modo que sea y apoyándonos en ajenas espaldas, no es el amor a la altura, sino el terror al abismo, lo que nos impele, es la visión pavorosa del mundo de la degradación y la miseria. No se aspira a la

gloria cuando se tiembla ante el infierno, y el infierno moderno es la pobreza.

Se sacrifica la individualidad á la personalidad, se ahoga bajo lo diferencial, lo específico y común; no se procura el desarrollo integral y sano de la personalidad, no; se quiere caricaturizarse cuanto sea posible, acusar más y más los rasgos diferenciantes a costa de la dignidad humana. La cuestión es elevarse y distinguirse, *diferenciarse* sin respeto alguno al necesario proceso paralelo de *integración*. Hay que llegar a originalidades, sin advertir que lo hondo, lo verdaderamente original, es lo originario, lo común a todos, lo humano.

He aquí la fuente de la degeneración que fustiga Max Nordau, fuente de donde brotan miles de extravagancias. En último análisis se reduce todo a adquirir valor de cambio en el mercado para tener más salida en él. Este es el foco del mandarinismo científico y literario, la causa de la llamada enfermedad del siglo. Y todo ello son consecuencias del proceso económico capitalístico actual, en que la vida de los unos es un mero medio para la conservación y disfrute de la vida de otros.

En el mundo literario se desprecia la vida de la gran masa, no se quiere cantar en el gran coro

por temor a que en él se pierda la voz en armónico concierto, y para hacerse notar se sueltan gallos, rompiendo la armonía, se sostienen estúpidas paradojas, se cae en toda clase de insinceridad. Y esta miseria moral se ha reducido a fórmulas, sacando a luz doctrinas profundamente inmorales. Los unos siguen los ensueños disparatados (en que hay, sin embargo, mucho que es oro puro y de ley) del pobre Nietzsche y su «sobrehombre» (¡magnífico ensueño cuando se le comprende rectamente!); otros falsifican el *heroworship*, el culto a los héroes de Carlyle, que si bien no era en éste del todo sano, por lo menos le llevaba a creer en los pueblos heroicos; otros dan en el dilentantismo mandarinesco de Renán, otros en otras fantasías más insanas.

Si el lector examina despacio todos estos fenómenos patológicos de nuestro *fin de siècle*, a los que hay que añadir un *soi disant* misticismo de borrachos y morfinómanos, reconocerá que todo ello procede del olvido de la dignidad humana, de la caza por la distinción, del temor a quedar anónimo, del empeño por separarse del pueblo. Entre literatos es frecuente, como entre industriales, no ver en el hombre más que un productor en el sentido económico, no un hombre: tantas novelas o tantos dramas por año.

Se habla de una reacción espiritualista; pero lo que en realidad se ve no es otra cosa que al repugnante y anticristiano René, que se esfuerza por salir de la oscuridad y llamar a sí las miradas con *Le genie du cristianisme* redivivo. Mejor hará ir a enterrarse con la pobre Atala en un bosque. Esto sólo prueba que la burguesía desesperada anda a la busca de un dios que encadene al pueblo trabajador a las máquinas, mientras ella se lanza a alcanzar el «sobre-hombre». Es muy posible que así vuelva al orangután, que no carece de distinción.

No es raro que para cohonestar el prurito de originalidad se saque a plaza, desquiciándola, la famosa ley de la diferenciación (mejor que división) del trabajo. Últimamente, Durkheim—*De la division du travail social*—ha insistido como en deber supremo en el de diferenciarse.

Hay, sin embargo, que hacer observar que si algo distingue al hombre del animal es que el hombre es inmensamente más capaz de crearse un ámbito, de hacerse un ambiente propio, que no otra cosa significa el empleo de útiles e instrumentos. La labor del porgreso consiste en ir esta-

bleciendo diferenciación en el ámbito, refiriendo a él la division del trabajo para quedarnos nosotros con el poder integrador. Es casi incuestionable que la sociedad progresa más que el individuo, que es el ámbito social el que más adelanta, que excede en más nuestra ciencia a la de los griegos que nuestra capacidad mental a la suya. Nacemos en una sociedad que nos suministra medios más perfectos, disponemos para toda clase de cálculos de diferentes clases de tablas de logaritmos.

Para llegar a tocar el piano hace falta aprendizaje mayor o menor, es preciso diferenciación en el artista, pero apenas es menester habilidad especial para tocar un piano de manubrio. Un buen piano mecánico es mejor que un mal pianista, y ya es algo, dado que los malos pianistas sean los más, pero es muy inferior hoy a un pianista bueno. Mas, ¿no cabe concebir progresos mayores en la construcción de pianos mecánicos y a la vez una justa depreciación del puro *virtuosismo* de prestidigitación de ciertos artistas?

El ejemplo precedente no lo he traído más que para mostrar cómo la diferenciación del instrumento útil, del ámbito adaptado a nosotros, permite una especie de indiferenciación del hombre, le deja a éste más ancho campo para integrarse y ser

lo que debe ser, un poder integrador. Y esto que pasa con la maquinaria pasa también con la ciencia y el arte, que son una especie de máquinas espirituales. Conforme las ciencias progresan es más la labor que ellas cumplen en nuestra mente que la que nosotros cumplimos en ellas; llegan a calcular las matemáticas en el que las conoce.

La diferenciación de las ciencias hace más accesibles a éstas y llegará a hacer, contra lo que a primera vista parece, más fácil su integración y más hacedero el pasar de unas a otras. Conforme se especializan se van acercando más unas a otras, por dentro, no por arriba, y se van generalizando: ¿no es acaso la especialización creciente de la química lo que tiende a convertirla en una mecánica molecular?

Y lo que pasa en la ciencia pasa en el arte.

Es estúpido burlarse sin ton ni son del enciclopedismo y no creer obreros útiles en el progreso científico más que a los pincha-ranas y cuenta-gotas.

Y sobre todo hay que tener en cuenta que tanto la ciencia como el arte son para la vida, y considerar las cuestiones desde el punto de vista del consumo y no siempre desde el de la producción, como si estuviéramos destinados a caer muertos de fatiga al pie del almacén abarrotado de los productos de nuestra industria mercantil.

Se suele olvidar con suma frecuencia hasta qué punto y de qué modo determina el consumo la producción, que ésta se endereza a aquél, que el cambio es mero medio, que no se produce para cambiar precisamente sino para consumir. ¡Tanto hablar de derecho al trabajo y derecho a los medios de producción y tan poco de derecho al consumo, que es la raíz y fundamento verdadero y real de aquellos otros derechos! Lo único que tiene el fin en sí mismo, lo verdaderamente autoteleológico, es la vida, cuyo fin es la mayor y más intensa y completa vida posible. Y la vida es consumo, tanto como producción. El resultado más útil de la mejora de la clase obrera y de su instrucción es que así aumentan sus necesidades y aumenta el consumo y no se satisface ya con el mismo jornal y tiene que aumentar la producción de cosas *generalmente* útiles, amenguando la de objetos de puro lujo. Cuanto más exigente el pueblo tanto mejor para una producción sana. Cuando llega a ser de primera necesidad para el obrero cierto vestido y cierta alimentación entran a determinar el mínimum de salario a que trabajan, el mínimum que queda fuera de la concurrencia, y recibe un golpe el consumo de vestidos y manjares de lujo de las clases más o menos holgazanas.

Y esto que digo de los artículos de consumo material lo digo del arte y de la ciencia. Popularizarlos es sanearlos, es hacer que aumente el consumo de arte y ciencia de primera necesidad, y que se hagan de primera necesidad el arte y la ciencia sanos, y es a la vez amenguar la producción dañosa de toda clase de extravagancias científicas y artísticas a que se entregan los atacados del prurito de diferenciación a toda costa.

Así acabaría toda esa literatura de mandarinato, todas esas filigranas de capillita bizantina, todo lo que necesita de notas y aprendizaje especial para entenderlo, todo el arte que se empeñan algunos en llamar aristocrático, y con él toda la pseudo-ciencia de ingeniosidades y matoidismos. Si subsisten es porque aún tienen función que cumplir.

Debemos esperar que llegue día en que un diamante no se aprecie sino en cuanto sirva para cortar cristales y usos análogos, en que no se estime en más un incunable que una edición bien hecha de miles de ejemplares de tirada ni se dé importancia a los refinamientos artísticos de mero valor de cambio.

No, el primer deber del hombre no es *diferenciarse,* es ser hombre pleno, íntegro, capaz de *consumir* los más de los más diversos elementos

que un ámbito diferenciado le ofrece. Y el deber de quien quiera se consagre a la ciencia o al arte es estimar su obra más grande que él mismo y buscar con ella, no distinguirse, sino la mayor satisfacción del mayor número de prójimos, la intensificación mayor de la vida propia y del mayor número posible de vidas ajenas.

LA CRISIS DEL PATRIOTISMO

AHORA que con ocasión de la desdichada guerra de Cuba, en que se está malgastando el tesoro espiritual del pobre pueblo español y abusando de su paciencia, se ha dado suelta por la prensa de la mentira á la patriotería hipócrita, ahora es la verdadera oportunidad de hablar aquí del sentimiento patriótico y de la crisis por que está pasando en los espíritus todos progresivos, los abiertos a las iniciaciones del futuro; ahora, que es cuando lo creen más inoportuno los prudentes según el mundo viejo. Para estos tales es no ya inoportuna, sino hasta criminal la ingerencia de la idea en el campo de la fuerza cuando está ésta a su negocio; después es ya otra cosa. En triunfando tienen razón, que es lo propio del bruto. Lo del hombre es tener verdad, no razón precisamente.

Lo cierto es que apena de veras el oir a uno y

otro en tertulias y reuniones privadas manifestar la verdad de lo que sienten sobre esa desdicha y observar luego que por ninguna parte cuaja y se muestra al público esa verdad de sentimiento.

La historia, la condenada historia, nos oprime y ahoga, impidiendo que nos bañemos en las aguas vivas de la humanidad eterna, la que palpita en hechos permanentes bajo los mudables sucesos históricos. Y en este caso concreto la historia nos oprime con esa pobre honra nacional, cuya fórmula dió en nuestro siglo llamado de oro el conde Lozano de *Las Mocedades del Cid,* diciendo:

Procure siempre acertarla
El honrado y principal,
Pero si la acierta mal
Defenderla y no enmendarla.

Frente a esta honra, que es en este caso la razón, hay que mostrar la verdad, y aquí la verdad arranca del verdadero estado íntimo del sentimiento patriótico hoy.

Hace ya tiempo que viene cumpliéndose en los sentimientos sociales, por lo que á la patria respecta, un curioso fenómeno que cabe llamar de polarización, consistente en que van creciendo paralelos el sentimiento cosmopolita de humanidad y el apego a la pequeña región nativa. El regionalismo se acrecienta de par con el cosmopolitismo, a expensas del sentimiento patriótico nacional, mal forjado por la literatura erudita y la historia externa. A medida que se ensancha la gran Patria humana se reconcentra lo que aquí se llama patria chica o de campanario. Parece como que se busca en el apego al terruño natal un contrapeso a la difusión excesiva del sentimiento de solidaridad humana.

Este fenómeno significa desde luego escisión polarizada entre el elemento sensitivo y el intelectivo, entre el concreto y el abstracto. Se concentra la *intuición* sensible de patria a medida que se abstrae el *concepto* de ella, lo cual quiere decir que no están en perfecta compenetración y armonía. Y no lo están seguramente merced a la presión coercitiva y bárbara que se ha empeñado en casarlas en la historia según intereses

de clases. Y esta escisión de los elementos constitutivos del patriotismo se cumple a expensas de las patrias nacionales, oficiales, las de bandera, y se cumple para bien, por ser el necesario antecedente de una integración futura, en que volverán a concertarse y fecundarse el elemento sensible e intuitivo y el ideal y de concepto. Es un deber esperar que un día, rota toda presión impositiva y autoritaria, concuerden las patrias chicas todas en la gran Patria humana, la Humanidad misma, asiento del amor fraternal, como nuestras patrias de bandera lo son de odios de guerra y competencia.

El animal es en gran parte, y sin llegar a la paradoja podrá sostenerse que en totalidad, producto del ámbito físico en que vive. Depende directamente del ámbito y es pequeño su poder de modificarlo. Vive casi por completo fuera de sí, en el ambiente que le rodea, sin apenas distinguirse del mundo exterior, su placenta psíquica, careciendo de verdadera conciencia refleja. Su patriotismo es el apego a los lugares de que vive y que apenas distingue en su conciencia de sí mismo. Es un hijo de la tierra, unido a ella como

la ostra a sus valvas. El gato fuera de la casa conocida se esconde aterrado.

El hombre es animal también hijo del ambiente que le rodea, pero obra sobre él, lo modifica y cambia y así se crea un ámbito *interior,* lo mismo que en su conciencia se opone al mundo. El hombre no sólo se adapta al ámbito, sino que se lo adapta, y va así haciendo suya la tierra, primero con la fuerza, con la inteligencia después. El hombre, poseído por la tierra, empieza a poseerla, y no sólo con su trabajo, sino con su comprensión además. Comprendiendo al mundo, reduciéndolo a viva representaciún ideal no sólo se crea un mundo en sí mismo, reflejo del exterior, sino que con aquél domina a éste. La ciencia domina a la fuerza, vieja verdad que nunca será bastante meditada.

La tierra es en gran parte obra del bombre, obra éste a su vez de la tierra. Y así, posesionándose de veras de su matriz, es como el hombre se hace dueño de sí mismo.

Toda la historia humana es la labor del hombre sobre el ambiente en que vive. Los esfuerzos de generaciones, acumulados y multiplicados con interés compuesto, van civilizando el ámbito, en que hombres nuevos beben nueva y más alta vida. Es el ámbito social más que el individuo lo que progresa.

Toda la historia humana es la labor del hombre forjándose habitación humana, toda la civilización tiende a desasir al Hombre de la Tierra, a libertarle del terruño, a que sea él quien posea a ella y no ésta a él. Desasido de la tierra la querrá el hombre, porque el labriego que de ella vive le tiene apego, no amor. Amor le cobra el artista que la siente, el sabio que la comprende.

El apego al rincón natal, al valle o llano que nos vió nacer, al terruño en que sudaron nuestros padres y a la aldea en que viven los camaradas de nuestra infancia, es el sentimiento de aquel que labra su propia tierra, del capitalista obrero, del que produce realmente con medios productivos suyos, del que produce para consumir sobre todo, puesta en el consumo la intención casi siempre.

El nacionalismo, el patriotismo de las grandes agrupaciones históricas, cuando no es hijo de la fantasía literaria de los grandes centros urbanos, suele ser producto impuesto a la larga por la cultura coercitiva de los grandes terratenientes, de los *landlords,* de los señores feudales, de los explotadores de los latifundios.

El proceso económico-social moderno, mercantil e industrial, arrancando del libre cambio trae el verdadero cosmopolitismo, la gran patria del espíritu, que del cambio se nutre la gran Patria humana.

La polarización señalada más arriba significa, pues, de una parte un despertar de los sentimientos primitivos que tienen su base histórica en la primitiva comunidad de tierras, una vuelta espiritual a los tiempos en que el comunismo agrario era una verdad histórica, poseyendo el trabajador la materia y el instrumento de trabajo, y significa aquella polarización de otra parte un anhelo a la gran Patria, creada por el libre cambio entre las naciones. Cúmplese la escisión esa a expensas del nacionalismo estrecho de la burguesía, explotadora del llamado suelo patrio, para mantener el monopolio del cual se han llevado a cabo las más sangrientas guerras y se han teñido de sangre de hermanos las banderas todas.

No se sabe bien lo que de sí puede dar la conjunción espontánea y libre de elementos honda y puramente históricos con elementos conceptuales. En el orden teórico el socialismo colectivista surgió en cuanto doctrina científica de la aplicación hecha por Carlos Marx del sentido histórico alemán, cuya más elevada fórmula ideal se halla en la filosofía hegeliana y que brotó en un país dividido en patrias regionales, a la economía mercantil inglesa, formulada con su mayor hondura por Ricardo, en el mercado de los pueblos. El solo sentido histórico va a dar en la pobreza de un

Roscher y el solo sentido abstracto en los jacobinos del individualismo manchesteriano. En cuanto Marx, ayudado por predecesores y continuadores, aplicó a la doctrina estática del economismo inglés el sentido evolutivo histórico investigando los orígenes del proceso y el proceso mismo en cuanto tal proceso, surgió por sí el socialismo.

Esperemos el surgir del verdadero patriotismo de la conjunción del hondo sentido histórico popular, refugiado hoy ante las brutalidades del capital, en la región y el campanario, y el alto sentido ideal, que se refugia en el cosmopolitismo más o menos vago del libre cambio.

Es una de las concepciones más erróneas la de estimar como los más legítimos productos históricos las grandes nacionalidades, bajo un rey y una bandera. Debajo de esa historia de sucesos fugaces, historia bullanguera, hay otra profunda historia de hechos permanentes, historia silenciosa, la de los pobres labriegos que un día y otro, sin descanso, se levantan antes que el sol a labrar sus tierras y un día y otro son víctimas de las exacciones autoritarias. Se les saquea el fruto de su trabajo y se les lleva los hijos a matar a quienes ningún daño les han hecho, ni en nada les dificultan su perfeccionamiento. Los cuatro bullosos que meten ruido en la historia de los sucesos no

dejan oir el silencio de la historia de los hechos. Es seguro que si pudiésemos volver á la época de las grandes batallas de los pueblos y vivir en el campo de las conquistas se nos aparecerían éstas muy otras de como nos las muestran los libros. Hay en el Océano islas asentadas sobre una inmensa vegetación de madréporas, que hunden sus raíces en lo profundo de los abismos invisibles. Una tormenta puede devastar la isla, hasta hacerla desaparecer, pero volverá a surgir gracias a su basamento. Así en la vida social se asienta la historía sobre la labor silenciosa y lenta de las oscuras madréporas sociales enterradas en los abismos.

Podrá ser estrecho, pobre, raquítico el concepto de patria que tenga el aldeano que nunca ha visto más allá del horizonte de su aldea, pero es, sin duda alguna, un concepto profundamente histórico, un *hecho* histórico, no un *suceso* más o menos durable. En él se conservan las raíces vivas, sensitivas y concretas del patriotismo. Es históricamente más hecho ese sentimiento que arranca de la primitiva comunidad agraria que la patriotería del gran propietario de tierras, que las explota con administrador, que acaso no las ha visto nunca y que es incapaz de distinguir la cebada del centeno.

Hay dos regionalismos: el de esos propietarios que luchan contra los efectos del libre cambio y el de los que, llevados por éste, buscan por el camino de la diferenciación la integración suprema. Hay un regionalismo retrógrado, proteccionista, del terruño, el mezquino y pobre que forma juntas de defensa para evitar el traslado de una capitanía general, el que pide cruceros, guarniciones, limosna de la que mancha y empobrece, y hay un regionalismo que pide que se deje a cada pueblo desarrollarse según él es. El uno, atizando los odios entre las regiones sirve á los que las explotan, el otro pide la separación de los elementos antitéticos violentamente unidos para que se comprendan y se unan al cabo, en coordinación santa y libre, no en subordinación maldita y autoritaria. Y téngase en cuenta que dos términos pueden estar entre sí subordinados cada uno de ellos al otro, según el respecto. Hay quien dice: subordínense ellos a nosotros en lo económico y nosotros nos subordinaremos a ellos en lo político. Y de aquí nace la muerte de ambos.

El libre cambio es, si bien se mira, un precepto de moral, una derivación rigurosa del «ama a tu prójimo como a ti mismo».

Libertad, libertad ante todo, verdadera libertad. Que cada cual se desarrolle como él es y todos nos entenderemos. La unión fecunda es la unión espontánea, la del libre agrupamiento de los pueblos.

El regionalismo proteccionista y retrógrado arranca y termina en la propiedad acaparada, el librecambista y progresivo en el individuo libre; el uno quiere remachar las cadenas que sujetan al hombre al terruño; libertarle de éste, para que lo posea, el otro.

Cuanto más se diferencien los pueblos, más se irán asemejando, aunque esto parezca forzada paradoja, porque más irán descubriendo la humanidad en sí mismos. El pueblo es en todas partes lo más análogo. Tratan de separarlo para vencerlo mejor, los que en todas partes lo explotan.

Cuando los romanos se trasladaban de domicilio solían cojer un puñado de la tierra en que en aquél reposaban las cenizas de sus antepasados, y echándolo allí donde de nuevo se estableciesen reanudaban religiosamente el hilo de la tradición y la perpetuidad familiar basada en el culto a los muertos antepasados. No nos hace falta co-

jer ese puñado de tierra a nosotros los hombres de hoy, porque sabemos que lo es nuestro corazón. Nosotros mismos somos carne de la carne de nuestros padres, sangre de su sangre, nuestro cuerpo se amasó con la tierra de que se nutrieron ellos y nuestro espíritu se formó del espíritu de nuestro pueblo. Allá donde voy yo va conmigo mi patria y lo que conmigo no llevo suele ser lo que bajo el nombre de ella explotan los hijos de los conquistadores, los bárbaros de todos los tiempos.

Cuenta el viejo Herodoto que vituperados unos soldados egipcios por haber pasado a servir a otro pueblo, e invocándoles el nombre de patria, contestaron señalando sus partes genitales: donde va esto va la patria. El supremo producto histórico es el hombre, es el gran *hecho* de la historia. Y la gloria del hombre es el ideal, y en éste el ideal patriótico, la gran patria humana, bajo el cielo común a todos, a la mirada del Sol común, padre de la vida, en el seno de la Tierra común, madre de ella hecha verdadera posesion humana.

Una de las circunstancias que más retardan el progreso es la disparidad que se ha creado entre el adelanto industrial y mercantil y el agrícola, la lentitud con que la agricultura camina, si se la compara con otras ramas de la producción. A me-

dida que vaya corrigiéndose este desequilibrio dinámico (y más que económico, de cultura), a medida que vaya armonizándose el proceso agrario con el fabril y mercantil irá armonizándose el patriotismo de campanario con el de humanidad. Borrada la funesta propiedad capitalista actual, convertida la agricultura en vasta explotación industrial, en libre aprovechamiento, aliviado el labrador por la máquina que le permita mirar más al cielo que une que a la tierra que separa ¿qué se hará del apego al terruño? Convertido en amor de artista a su obra, servirá de materia al ideal cosmopolita, será la base sentimental e histórica de un sentimiento conceptual y filosófico, si cabe así decirlo; el hombre amará a la tierra, que ha hecho, y este amor servirá de núcleo a la fraternidad universal. Entonces se verá patente e intuivamente que la Tierra ha sido humanizada por el hombre, entonces se vivificará el sentimiento patriótico por la fusión de sus dos factores; el que arranca del primitivo comunismo de tribu, y el que tiende al final comunismo universal. «Todo lo hemos hecho entre todos», se dirá entonces.

Y mientras llega este día es necesario paso el de esta polarización; es, empleando un tecnicismo fuera de moda, la antítesis de la vieja tesis patriótica doctrinaria, antítesis que precede a la

síntesis final; es la diferenciación que prepara la integración suprema.

A la vez, sin embargo, de este proceso polarizante que se observa en el concepto y el sentimiento patrióticos, parece notarse una recrudescencia de la patriotería nacionalista burguesa, grandes alianzas, pugilatos colosales, paz armada. Es la táctica del que resiste, es la formación de los grandes *trusts*, de los sindicatos gigantescos, frente a la unión de los que sufren. De aquí que la burguesía atice a unos obreros en contra de otros, extranjeros, y aproveche el movimiento regionalista para falsearlo. Comprende que van enterándose los pueblos de que las guerras son una arma económica en que, conciente o inconcientemente, pelean los capitalistas de uno y otro bando contra los asalariados de las dos partes combatientes, un negocio más en que por lo menos se distraen entusiasmos cándidos y se destruye capital para salvar el resto de la baja del dividendo. La paz armada es un vasto sindicato internacional de los explotadores de suelos patrios, de los grandes patriotas.

Hace ya más de veinticinco años un jefe de una nación, un emperador, entregaba la suerte de ella a su *hermano*, así le llamaba al entregársela, el jefe político de otra nación, otro emperador. Y

aquellos hermanos creaban odios y miserias y vergüenzas después de una guerra incivil, estúpida, brutalizadora, degradante. Al cabo de los años el pueblo, el verdadero pueblo de la nación entonces *vencedora*, ha enviado un abrazo al pueblo, al verdadero pueblo de la nación entonces vencida, protestando de las viles fiestas con que se ha festejado aquella barbarie. Y el emperador actual ha llamado a esos nobles protestantes los *sin patria*. Sin esa patria, como ellos, debe ser todo hombre honrado con honra humana.

LA JUVENTUD "INTELECTUAL,, ESPAÑOLA

HAY en el griego alejandrino y en el moderno una hermosa palabra *metarritmisis* (que un portugués escribiría *metarrhythmisis),* que significa «cambio de ritmo» o sea trasmutación de íntima estructura. Se la halla empleada en el sentido de «reforma o trasformación» más o menos íntima, pero en la fuerza de su composición designa una trasformación la más íntima que en un ser cabe, puesto que es la de su ritmo, faz de su más honda estructura. Me llevaría muy lejos de mi objeto presente el empeño de sugerir vivamente al lector cómo el temperamento o idiosincrasia de cada cosa (pues lo tiene todo objeto) se revela en un ritmo particular y cómo la suprema fórmula de cada ser puede resultar fórmula de función rítmica. Baste decir ahora que hay cuerpos químicos, los llamados *isoméricos,* que constando de los mismos elementos simples en proporciones

iguales difieren, sin embargo, en cualidades y propiedades, activas y pasivas, hasta el punto de ser cuerpos totalmente diversos. En qué consista esta diferencia no es cosa puesta en claro en cada caso, si bien cabe corroborar la hipótesis de depender tal fenómeno del distinto modo de encadenarse los átomos. Esto del encadenamiento de los átomos es en concepción estática de la mecánica molecular, pero en concepción dinámica se reduce a una diferencia en ritmo molecular. Y de aquí el que a la permutación de un cuerpo en otro isomérico cabría llamar *metarritmisis.*

Esta digresión se endereza a indicar cómo hay algo más hondo que una reforma o que una revolución—cambio de forma o de vuelta o postura—, cómo hay una íntima trasmutación que puede hacer de un objeto otro objeto distinto, no nueva forma del mismo.

Es lo que necesita nuestra juventud *intelectual,* si es que aún hay para ella remedio: ser metarritmizada; una sacudida en las más íntimas y entrañables palpitaciones de su ser. Ni reforma ni revolución bastan. Necesita la conciencia colectiva de nuestro pueblo una crisis que produzca lo que en psicología patológica se llama cambio de personalidad; un derrumbarse el viejo «yo» para que se alce sobre sus ruinas y nutrido de ellas

el «yo» nuevo, sobre la base de continuidad de las funciones sociales meramente fisiológicas [1].

Sí, necesitamos que una vibrante metarritmisis nos transpersonalice.

Por ahí fuera, allende el Pirineo, se agitan los jóvenes de mil modos, buscando los unos crear con la materia la forma, con la forma la materia los otros, fundando revistas nuevas, venteando nuevos rastros, discutiendo a los viejos, corriendo a alistarse en la santa cruzada del Ideal.

Todo el que lee algo tiene noticia de la convertibilidad del calor en movimiento y de éste en aquél, y sabe que el movimiento visible es movimiento de masa y el calor movimiento molecular. Cuerpos en aparente reposo, en reposo local visible, están vibrando enérgicamente e irradiando calor y luz mientras caminan otros fríos y oscuros. Al detenerse de pronto una masa en vertigi-

[1] Para los que conozcan cualquier buen trabajo acerca de la filosofía química moderna, v. gr., el de Lotario Meyer (en francés, *Les théories modernes de la chimie et leur application à la mécanique chimique),* resultará lo sugestivo que deseo cuanto acabo de escribir acerca de la *metarritmisis;* y para los que conozcan la psicología fisiológica moderna, lo que indico acerca del cambio de personalidad sobre la base de continuidad fisiológica. (Puede verse *Les maladies de la personalité,* de Th. Ribot.)

nosa velocidad se caldea y para arrastrar un tren hay que destruir calor.

Algo así ocurre en la vida social donde hay pueblos que *andan fríos,* otros que *se están caldeados* y otros por fin—¡terrible estado!—que *se están fríos,* dormitando en monorítmicas oscilaciones, en verdadero estado de cristalización, estado en que parece se mueven las moléculas a batuta y compás, todas a un tiempo y en una dirección todas, esclavas de fijos ejes de orientación.

Y hay que señalar un hecho social, cual es el de que no pocas veces cuanto pierde una masa social en movimiento de conjunto lo gana en movimiento íntimo, en calor social, agente de hondísimas trasformaciones. ¿Quién dice que la muchedumbre de una feria no se agita tanto como un batallón en marcha? Esta trasformación de fuerzas sociales la conocen bien los ordeñadores de los pueblos, y así en cuanto observan que sube la temperatura de éstos y que se caldean y empiezan a echar chispas provocan un gran movimiento de conjunto, una marcha en tropa, una guerra o una agitación *política* bajo la batuta de un programa con sus comités y sus adminículos todos.

Por ahí fuera, allende el Pirineo, sube de punto el calor social en tal cual foco, brotan chispas, la

atmósfera va caldeándose y de la descomposición de más de un movimiento macizo, de masa y conjunto, surge una potente agitación molecular, individual. Parece como que cada individuo busca su oscilación propia, su ritmo peculiar. ¡Así lo consiga! Pues de tal modo es como mejor acabaremos por entendernos, por armonizarnos, por producir de las libres oscilaciones del espíritu de cada uno la total sinfonía en que todas se concierten por virtud propia, por adaptación rítmica y no por la brutal batuta autoritaria. De esa armonía libre brotará la melodía humana, hondamente humana.

Aquí nos falta armonía y nos sobra compás, en este pobre pueblo cristalizado.

Parece que se asoma uno a otro mundo cuando echa una ojeada a ese hervor de la actual sociedad europea, a ese correr de ríos que lo arrastran todo, inmundicias inclusive, pero que van dejando a su paso limo fomentador de vida, limo que abrigará frutos fecundos así que luzca un sol de justicia y de verdad sobre la sementera.

Cierto es que los *virtuosismos* y tecniquerías ocupan y preocupan mucho, cierto que hay demasiado pintarrajear sin líneas, que flota en esa balumba la concepción aristocrática del arte y de la ciencia, ciertísimo que los artificios de jardine-

ría convierten al aromoso y sencillo agabanzo en pomposa rosa purpurina de cien hojas, lujosa, inodora e infructífera, ciertísimo es todo esto, pero es explosión de vida, con sus erupciones morbosas para expeler la muerte de que brota. ¿Quién sabe? Tal vez esos despropósitos artísticos, científicos y literarios sean vacuna contra mayores males. Pase en buen hora la juventud sarampión espiritual y gocen los salvajes de selvática salud.

¿Que son un hato de locos? Aquí parece que en cambio ni hay materia enloquecible. De esa danza macabra y esa pelea a oscuras en busca de claraboya para el futuro volvamos los ojos a esta pobre España y a nuestra juventud intelectual.

¡Qué idílico concierto! Ahí está, ¡es el pantano nacional, de aguas estancadas anidadoras de intermitentes palúdicas que sumen en dulce perlesía las almas de nuestra juventud! En sus orillas cantan, mientras nuestro sol les calienta los cascos fríos, las viejas ranas y en la charca juguetean los renacuajos buscando cebo y esperando les crezcan las patas y se les borre el rabo. El coro es delicioso y acompasado. Al menor ruido extraño saltan las ranas de las márgenes al charco, sintiéndose en éste seguras. Y no hay nada como la charca nacional con sus viejas ranas y

sus renacuajos clasificados en orden jerárquico según el tamaño del rabo. De lo que pasa fuera ¿qué les importa? De vez en cuando se refleja en la superficie serena del pantano alguna ave libre que cruza el cielo cantando a la libertad, al aire abierto y a la luz, pero no tienen más que dar un salto al agua y la imagen perturbadora se turba, y con graznar algo más fuerte se apagan los ecos vibrantes que bajan de las alturas.

En plata, que padecemos agarbanzamiento agudo. Cunden como cizaña el *género chico* y la *revista cómica* y para entonarlo la grave *lata*. ¡Se ha llegado a descubrir ingenio hasta en el chulo! Apenas hay temporada sin su consabida frase de moda, cuyo encanto consiste en la absoluta incongruencia y vaciedad.

Hay infelices que creen se derrocha ingenio en nuestra juventud literaria, que está derramando sal a diestro y siniestro y hasta admiran bonachonamente los juegos malabares y las prestidigitaciones de nuestros graciosos de oficio. Todo ello no pasa de dar vueltas en seco a los arcaduces de la vieja noria oxidada, en pozo vacío y enjuto. Estrújase el menguado ingenio para inventar una frase que corra de café en café, y debajo de ella no hay nada.

Se habla a las veces del ingenio de nuestros

humoristas de cartel o tanda. ¿Humoristas? Lo primero que se necesita para jugar con las ideas es poseerlas con libertad de espíritu, y ni las poseen ni son libres esos graciosos chicos y grandes. Son esclavos y no de ideas, sino de frases, de fórmulas, de rutinarios dogmas, de los que están poseídos en vez de poseerlos. No posesores de ideas, sino poseídos de palabras, de meras palabras; no dueños de fe, sino esclavos de dogma. Porque el ser dueño de fórmulas, de dogmas, de rutinas, el poseerlas hace fuerte y permite, llegado el caso, desprenderse de ellas, pero el ser de ellas poseído es estar poseído del modo más terrible y refractario a exorcismos.

¡Humoristas! Sí, de cerca parece que juegan con ideas y son sólo cáscaras de ideas.

Redúcese todo a variaciones de chillona dulzaina encadenadas siempre a la pauta que da el tambor. El tamborilero marca la medida acompasada, machacona, monótona y preceptiva, autoritaria, en fin, rutinaria, y respetándola religiosamente lanza el dulzainero algunas notas chillonas agrias sin orden ni concierto. Ni la licencia de la dulzaina es melodía ni armonía la autoridad del tambor, sino incoherencia aquélla y opresión ésta. Es lo que siempre sucede en cuanto se olvida que la libertad y orden son caras de la mis-

ma cosa, que la libertad misma es el orden; a la autoridad externa y coactiva corresponde la licencia interior. De la armonía viva, no de la muerta, brota la melodía libre; las variaciones caprichosas encerradas en compás seco sólo dan música ratonera.

Alejaos un poco de todos esos humoristas y articulistas *vibrantes,* alejaos de sus dulzainescos chillidos y a cierta distancia no parecen sus ecos apagadísimos sino quejas de una víctima oprimida bajo el machaqueo del tambor. Quien no viva sumergido en el charco no oye más que el salvaje tun tun. Todos esos ministros de libertad literaria chillan sin ritmo vivo, es cierto, pero esclavos del compás tamborilesco. O dicho lisamente: por debajo de sus ingeniosidades chillonas y agrias se oye siempre el acompasado tun tun de «las venerandas tradiciones de nuestros mayores». Son esclavos.

El rasgo más íntimo de esa juventud gedeonizada es la *ideofobia,* el horror a las ideas. Y no tienen ellos toda la culpa; un *sabio* se ha hecho aquí cosa ridícula, y con motivo, porque parece sinónimo de macizo.

Cosa triste esa juventud respetuosa aduladora de los hombres viejos y de las fórmulas viejas del mundo viejo todo, envanecida del sol que re-

seca sus molleras. ¡El sol! Donde no hay aguas vivas, corrientes, mata toda vida; donde las aguas se estancan, las envenena. ¡El sol! Da de plano en los desolados arenales de Arabia y se filtra de refilón no más en los frondosos bosques septentrionales.

Cosa triste una juventud a la caza de la recomendación y del cotarro *(coterie* en francés). Ellos se hacen sus prestigios, se los guisan y se los comen.

Nada más triste que una vuelta por el Sahara de Madrid, donde la centralización política ha recojido a los más de los jóvenes que se las buscan. Hay juventud carlista, conservadora ortodoxa y conservadora heterodoxa, fusionista, republicana de varios colores y colorines, meramente literaria, es decir, meramente cómica, artística, científica, erudita..., toda clase de juventudes y ninguna joven. Crecen en ella a la par, como derivados concomitantes y paralelos del paludismo espiritual, la ideofobia y la logorrea, el horror a las ideas y la diarrea de palabras.

Y lo que sobre todo crece como la espuma son los semanarios cómicos de toda clase, salinas del tan ponderado ingenio nacional, y mientras se intrinca por ahí fuera, allende el Pirineo, el bosque de revistas de toda clase aquí no se revis-

ta sino antiguallas macizas. ¡Semanarios hay que siendo rastro de todo lo más viejo presentado por los espíritus más viejos, se llama *Nuevo Mundo!!*

Dejémonos de todos esos tíos raros que nos traen extravagancias del norte y atengámonos al garbanzo castizo; fuente de salud gañanesca. Le pondremos salsa de novedades de revista de revistas, algunas frasecitas en lenguas que no conocemos y unos cuantos nombres leídos en cualquier sitio.

Dicen que esta monarquía constitucional española es uno de los países más libres del mundo. Sí, mientras ha habido tierra libre, tierra donde pudiera vivir anárquico el hombre, se esclavizaba a éste porque era esto más fácil que poner barreras al campo. Pero una vez que se ha acotado bien esta tierra, una vez asegurado el poder del dios Término, celoso patrón del derecho de abusar, se han despertado los sentimientos humanitarios y la campaña abolicionista acaba rompiendo las cadenas del esclavo. Ya es libre, puede ir donde le plazca, pero a donde quiera que vaya, como no se arroje de cabeza al mar, el suelo será de otro y tendrá que someterse al yugo si quiere comer. Esclavizada la tierra se liberta al hombre. Está ya acotado el campo—¡abajo las cadenas del esclavo!

El hecho histórico que acabo de exponer se ha cumplido aquí en el campo espiritual. Han proclamado nuestra libertad de emisión del pensamiento después de acotada y embargada la tierra toda espiritual de este pueblo, podemos expresar libremente nuestras ideas, pero clamando en el desierto, en lengua ininteligible al pueblo porque han hecho ininteligible la voz de la verdad. Una vez inoculada con la fiebre palúdica la ideofobia, ¡fuera el freno al pensamiento y viva la libertad! ¡Viva la libertad de expresión!, esto es, ¡viva la diarrea palabrera!

Parece lo natural que los jóvenes peleen por ideas jóvenes, no esclavizadas aún por la rutina. Parece lo natural, pero aquí los jóvenes o no pelean, y son los más, o hacen que pelean por cobrar la soldada, o pelean por cosas muertas o por rutinizar lo nuevo y encauzarlo en el autoritarismo envejecedor metiéndolo en encasillados y categorías.

No ha mucho que me hablaba con tristeza un hombre de buenas intenciones de las apostasías de la juventud, citándome casos de jóvenes que han claudicado por buscarse un empleo, un acta de diputado o una posición social. Procuré enterarme de los apóstatas y no había tal apostasía; no habían vendido ideales, porque jamás los tu-

vieron. Ni las frases son ideas, ni la *elocuencia* logorreica entusiasmo; no es humorista un prestidigitador de juegos de palabras, ni apóstol un orador de *meeting.*

Hay también en esta juventud los bohemizantes, el detritus del romanticismo melenudo, los borrachos que cultivan el arcaico convencionalismo de tronar contra los convencionalismos siendo convencionales hasta el tuétano. «¡Sin cumplimiento!»; he aquí uno de los más acreditados cumplimientos.

Y hay también, dicho sea en honor de la verdad, de la justicia y de la patria, la oscura legión de los jóvenes modestos y graves, de sólidos conocimientos, de hábitos de abnegada investigación libresca, la legioncilla laboriosa y formal de los ratas de biblioteca o de revistas, que compulsan con toda conciencia la fe de bautismo de algún olvidado ingenio de nuestros pasados siglos, de alguna lumbrera apagada de la ciencia española o el último trabajo *formal* que viene de fuera. ¡Oh, jóvenes heroicos y de latitud de miras, hormiguitas de la cultura española! Parte de ellos cumple la tarea de adaptar al pantano las corrientes frescas y nuevas, es decir, de estancarlas... ¡Nobles forjadores de la rutina de mañana!

Para lo más de nuestra juventud no tiene exis-

tencia más que lo de una manera o de otra oficial, no hay más ideas sociales que las expresadas en el Congreso, en los *meetings* o en los periódicos, ni más obras literarias que las que reciben el marchamo en sus aduanas críticas. Matan el tiempo en chacharear del último aborto senil de cualquiera de nuestros viejos monumentos en literatura, arte o ciencia: o en discutir qué joven rana puede entrar ya en la Real Academia—¡honor insigne!

Son libres, nada se opone a la libre irradiación de sus ideas, si las hubieran conquistado; son libres, pero sin tierra espiritual, virgen y fecunda. Trabajan a jornal, bajo la mirada del capataz y apenas se rebelan como no sea para pedir aumento de salario. Y ¡qué apego tienen al terruño de que son siervos adscritos! Jamás se les ocurre emigrar a nuevas tierras espirituales, a selvas, vírgenes en su mayor extensión todavía. Todo menos desasirse del viejo campo tradicional, del que fué de sus tatarabuelos y es hoy de los amos que les explotan el espíritu, de los que les ponen a bailar y hacer funambulescas piruetas en la cuerda floja de nuestro salado ingenio nacional para que el pueblo soberano pape moscas absorto. El que huye y se va a los campos libres, es un forajido, un vagabundo, un miserable o un chiflado.

Esta es una sociedad cristalizada en que los individuos se mueven sincrónicamente y a batuta, en ejes fijos... ¡qué orden! No basta cambiar de postura con una revolución, ni de forma con una reforma, hace falta una metarritmisis que destruya su estructura psíquica íntima. ¡Pobre juventud intelectual española! Necesita ser metarritmizada. Queda toda la demás juventud, fresca y virgen, como base de continuidad fisiológica del pueblo. Una y otra juventud forman los elementos simples de nuestra constitución interna futura; de una suprema sacudida depende que encadenándose de distinto modo que como lo están brote de nuestra sociedad otra isomérica con ella y enteramente otra.

Salamanca, Marzo de 1896.

CIVILIZACIÓN Y CULTURA

HAY un ambiente exterior, el mundo de los fenómenos sensibles, que nos envuelve y sustenta, y un ambiente interior, nuestra propia conciencia, el mundo de nuestras ideas, imaginaciones, deseos y sentimientos. Nadie puede decir dónde acaba el uno y el otro empieza, nadie trazar línea divisoria, nadie decir hasta qué punto somos nosotros del mundo externo o es éste nuestro. Digo «mis ideas, mis sensaciones» lo mismo que «mis libros, mi reló, mis zapatos», y digo «mi pueblo, mi país» y hasta «¡mi persona!» ¡Cuántas veces no llamamos nuestras a cosas de que somos poseídos!

Lo *mío* precede al *yo;* hácese éste a luz propia como posesor, se ve luego como productor y acaba por verse como verdadero *yo* cuando logra ajustar directamente su producción a su consumo.

Del ambiente exterior se forma el interior por

una especie de condensación orgánica, del mundo de los fenómenos externos el de la conciencia, que reacciona sobre aquél y en él se expansiona. Hay un continuo flujo y reflujo difusivo entre mi conciencia y la naturaleza que me rodea, que es mía también, mi naturaleza; a medida que se naturaliza mi espíritu saturándose de realidad externa espiritualizo la naturaleza saturándola de idealidad interna. Yo y el mundo nos hacemos mutuamente. Y de este juego de acciones y reacciones mutuas brota en mí la conciencia de mi yo, *mi yo* antes de llegar a ser seca y limpiamente yo, yo puro. Es la conciencia de mí mismo el núcleo del recíproco juego entre mi mundo exterior y mi mundo interior. Del posesivo sale el personal.

Innecesario es que aquí me dilate en explicar cómo el ambiente hace al hombre y éste se hace aquél haciéndose a él. El hombre, modificado por el ambiente, lo modifica a su vez y obran uno sobre otro en acciones y reacciones recíprocas. Puede decirse que obran el ambiente sobre el hombre, el hombre sobre el ambiente, éste sobre sí mismo por ministerio del hombre y el hombre sobre sí por mediación del ambiente. La naturaleza hizo que nos hiciéramos las manos, con ellas nos fabricamos en nuestro mundo exterior los utensilios y en el interior el uso y la comprensión

de ellos: los utensilios y su uso enriquecieron nuestra mente y nuestra mente así enriquecida enriqueció el mundo de donde los habíamos sacado. Los utensilios son a la vez mis dos mundos, el de dentro y el de fuera.

Da vértigo fecundo al hundirse en este inmenso campo de acciones, reacciones, mutualidades, sonidos, ecos que los refuerzan y con ellos se armonizan, ecos de los ecos y ecos de estos ecos en inacabable proceso, ecos que hacen de resonadores, inmensa comunión de mi conciencia y mi Naturaleza. Todo vive dentro de la Conciencia, de mi Conciencia, todo, incluso la conciencia de mí mismo, mi yo y los yos de los demás hombres.

Importa mucho sentir en vivo, con honda comprensión, esta comunión entre nuestra conciencia y el mundo y cómo éste es obra nuestra como nosotros de él. El no comprenderlo bien lleva a concepciones parciales, como es en mucha parte la que se llama concepción materialista de la historia, en que se convierte al hombre en mero juguete de las fuerzas económicas.

Se han provocado recientemente empeñadas discusiones acerca de la selección y la herencia, negando unos la trasmisión de los caracteres adquiridos y atribuyendo a selección mucho de lo que a herencia se atribuye. Reducida la cuestión de la biología general a la sociología, es ésta: ¿es el ambiente social o el individuo el que progresa?

Cabe en rigor sostener que desde los griegos acá, pongo por punto de partida, lo que ha progresado han sido las ciencias, las artes, las industrias, las instituciones sociales, los métodos e instrumentos y no la capacidad humana individual, la sociedad más bien que el individuo, la civilización más que la cultura. Cabe sustentar que en el momento de nacer no traemos ventaja alguna de mayor perfección sobre los griegos antiguos, que heredamos en el ambiente social y no en nuestro organismo íntimo ni en nuestra estructura mental, el legado de la acumulada labor de los siglos. Y cabe sostener, por el contrario, que con el progreso del ambiente social ha ido en mayor, en menor o en igual grado, el de las congénitas facultades del individuo, que la civilización y la cultura marchan de par mediante acciones y reacciones mutuas.

Nadie puede poner en duda que aun destruídos los artefactos todos de la mecánica, quedaría entera y viva la ciencia que los ha producido y vive atesorada en mentes humanas, quedaría viva y trasmisible. Son dos cosas muy distintas la trasmisión por el organismo corporal de una mayor capacidad mental y el hecho de que aun destruída la exterioridad de una civilización quedara viva y trasmisible la interioridad de la cultura. Junto a esto es de poca importancia la trasmisibilidad o no trasmisibilidad de la mayor capacidad mental que pueda adquirirse.

¿Sabéis la civilización toda que una lengua lleva hecha cultura, condensada en sí a presión de atmósferas espirituales de siglos enteros? Palabras hay muchas que son órganos atrofiados y los órganos atrofiados recobran a las veces la función si la necesidad de ésta rebulle en el organismo. Un hermoso fondo de verdad hay en la conseja del pobre padre que, perdida la mujer, y viéndose aislado y solo con el hambriento mamoncillo en brazos, lo estrechó a sus pechos y logró a fuerza de amor, de fe y de esperanza que diera su sangre leche salvadora por las atrofiadas mamas.

De la semilla nace el árbol y éste da otra semilla preparando a la vez la tierra circundante para que la reciba. La semilla contiene en sí el árbol

pasado y el futuro, es lo eterno del árbol. Semillas somos los hombres del árbol de la humanidad. El hombre, el verdadero hombre, el que es un hombre, todo un hombre, lleva en sí, heroico Robinsón, el mundo todo que le rodea, con su cultura civiliza cuanto maneja.

Se ha dicho que en la aurora de la Edad Media no estaban los hombres más adelantados que en la de Roma, negando así, en rigor, el progreso. Lo eterno de Roma llevaba la incipiente Edad Media en su seno.

Con frecuencia se saca a relucir a este propósito la famosa teoría de los *ricorsi* o reflujos de Vico, los altos y bajos en el ritmo del progreso, los períodos de descenso tras los de ascenso, los de decadencia tras los de florecimiento. Y aquí entra la condenada concepción lineal [1] que hace se esquematice el progreso en una serie de ondulaciones ascendentes.

No, no es eso; es una serie de expansiones y concentraciones cualitativas, es un enriquecerse

[1] Ofrece curioso objeto de estudio esta que llamo concepción lineal, que procede de referir las relaciones de tiempo a relaciones de espacio. Otro caso de concepción lineal es el de imaginarse las opiniones político-sociales en línea recta, desde las que se llama más *retrógradas* a las llamadas más *avanzadas,* aquí en España desde el integrismo hasta el anarquismo.

el ambiente social en complejidad para condensarse luego esa complejidad organizándose, descendiendo a las honduras eternas de la humanidad y facilitando así un nuevo progreso; es un sucederse de semillas y árboles, cada semilla mejor que la precedente, más rico cada árbol que el que le precedió. Por expansiones y concentraciones, por diferenciaciones e integraciones, va penetrando la Naturaleza en el Espíritu, según éste penetra en aquélla. Las civilizaciones son matrices de culturas y luego éstas, libertadas de aquéllas, que de placentas se convierten en quistes, dan origen a civilizaciones nuevas.

De la civilización se condensa la cultura, precipitado de aquélla, las instituciones sociales fomentan el progreso de la socialización, pero la misma complicación externa creciente acaba por ser embarazo y principio de muerte. La letra, que protege y encarna el espíritu naciente, le mata adulto. Así sucede también que la palabra, que engendra y cría la idea, la sofoca por fin, muere la palpitante carne osificada por el dermato-esqueleto en que se ha convertido la capa de que brotara.

Es un terrible momento de malestar aquel en que se siente la opresión de la matriz. Al hundirse a su propia pesadumbre las civilizaciones exte-

riores, el mundo de las instituciones y monumentos del ambiente social, libertan las culturas interiores, de que fueron madres y a que ahogan al cabo.

¡Espectáculo triste para los espíritus románticos el de la ruina de una civilización! ¡Espectáculo triste, pero hermoso! Como los hombres, nacen, viven y mueren las civilizaciones, se desintegran como se integraron. Y deben morir para que fructifique la cultura que condensaron, como debemos morir los hombres para que nuestras obras fructifiquen. Sin la muerte serían infecundos nuestros esfuerzos, podrían ensancharse, mas no dar fruto. Se deshace una civilización, pero ¿no han de llevar en sí los elementos desintegrados una complejidad más rica que aquellos otros de que brotó la integración de que procedieron? Los hombres de la aurora de la Edad Media, los hijos de la decadencia del Imperio, ¿no llevaban condensado en su espíritu lo eterno de Roma? ¿No eran más complejos que los rudos fundadores de la república romana?

La doctrina de la evolución se ha llevado a la química y hay filósofos químicos que enseñan que los llamados cuerpos simples son producto evolutivo. Las evoluciones cósmicas hacen evolucionar los átomos. Desde los primitivos e hipotéticos

átomos primarios, de materia prima o como quiera llamársela, a los últimos e irreductibles componentes de los actuales elementos simples, ¡qué de mundos se habrán hecho y deshecho! ¡Quién sabe si a fin de cuenta, cuando se haga polvo este nuestro pobre mundo y vuelvan a nebulosa sus civilizaciones todas, quedará como remanente, como fruto de tanto penar y de tanta vida, un nuevo cuerpo simple químico, un radical hecho irreductible! ¡Uno, a lo más unos cuantos!

Estamos ya en pleno sueño de metafóricas hipótesis, y soñemos. Al hacerse un mundo polvo no sería pequeño progreso el de haberse enriquecido los elementos simples con que arrancó de la nebulosa. Si empezó con sesenta y acaba con sesenta y uno, ¡enorme progreso! Enorme progreso, porque el mayor número de combinaciones que permite un nuevo elemento más hace posible un mundo más perfecto. Y las nuevas combinaciones pueden no ser posibles, sino a condición de deshacerse las viejas.

Y aun esta es una concepción sobrado mecánica, muerta. No, no es eso, sino es que cuando un mundo ha realizado su contenido potencial todo, cuando se ha hecho polvo, debemos creer que cada molécula de ese polvo, verdadera mónada, lleva en sí el mundo todo viejo y otro mundo nue-

vo, mundo que brotará libertadas las pobres moléculas del viejo, cuya eternidad llevan en sí.

¿El fin de un mundo el átomo, según esto?—dirá alguien. Y diré: no, el átomo no, los átomos todos y el nuevo mundo que llevan en potencia.

¡Hermoso fruto de una civilización la adquisición de un nuevo elemento irreductible, de un nuevo átomo social, uno solo, aunque no sea más, de un nuevo hombre, de una nueva idea! Un nuevo tipo específico humano, una nueva idea viva, permiten un nuevo mundo sobre las ruinas del viejo.

¡Un hombre nuevo! ¿Hemos pensado alguna vez con recojimiento serio en lo que esto implica? Un hombre nuevo, un hombre verdaderamente nuevo es la renovación de todos los hombres, porque todos cobran su espíritu, es un escalón más en el penoso ascenso de la humanidad a la sobre-humanidad. Todas las civilizaciones sólo sirven para producir culturas, y que las culturas produzcan hombres. El cultivo del hombre es el fin de la civilización, el hombre es el supremo producto de la humanidad, el hecho eterno de la historia. ¡Qué hermosura el ver surgir de los detritus de una civilización un hombre nuevo! Da el árbol moribundo su suprema semilla, se hunde, y podrida su madera sirve con los rastrojos de

su follaje de mantillo fomentador del árbol nuevo. Un hombre nuevo es una nueva civilización.

No tiene sentido alguno racional el preguntar si es la sociedad para el individuo o éste para aquélla, porque yo soy sociedad y la sociedad es yo. Los que oponen entre sí los términos de socialismo y anarquismo, socialismo e individualismo, sociedad e individuo, son los que creen es cuestión alguna la enorme simpleza aquella de «¿cuál fué antes, el huevo o la gallina?» Este *antes* es el sello de la ignorancia.

¿Si es el individuo para la sociedad o ésta para aquél, preguntas? La cosa es clara; el *para*, la finalidad, no tiene sentido sino tratándose de conciencias y voluntades, el *para* es volitivo, lo natural es el *cómo*, lo intelectual el *por qué*. El *para* apunta a mi conciencia, el mundo y la sociedad son para mí, pero yo soy sociedad y mundo y dentro de mí son los demás y viven todos. La sociedad es toda en todos y toda en cada uno.

Largos siglos de luchas, de dolores, de esfuerzos, de educación y de trabajo han sido necesarios para producir la civilización actual, matriz de nuestra cultura. Y al cabo de los siglos la civilización oprime a la cultura que nos ha dado, las instituciones ahogan las costumbres, la ley sofoca el sentimiento que encarnó.

Todo lo externo de la civilización es la matriz que contiene los elementos de cultura aún no individualizados, aún no hechos nosotros mismos, todo lo que está por organizar, las reservas nutritivas de nuestros espíritus. Pero contiene a la vez los detritus, residuos y excrementos, y cuando éstos sobrepujan a aquellos otros elementos, la desintegración empieza y avanza.

Hay que ayudar a la secreción y fomentar el proceso descompositivo; hay que libertar la cultura de la civilización que la ahoga; hay que romper el quiste que esclaviza al hombre nuevo.

Todo lo que de una manera turbia y meramente sugestiva dejo escrito intentaré aplicarlo al examen de no pocas caras de nuestro presente estado de desintegración social, estado en que tanta fresca integración se anuncia, al examen de la oposición entre la ley externa, legal, y la interna y viva, de gracia, la de nuestra conciencia, al del simbolismo, al del heroísmo y el culto a los héroes, al de tantas otras cuestiones.

¿Qué temen esos hombres de poca fe amilanados ante la carcoma gigante que va haciendo polvo viejas instituciones? ¿No llevan en sí mis-

mos, en el hondón de su alma, lo eterno de ellas, su semilla viva? Si fueran, como dicen, cristianos, creerían que es el cristiano un extracto de esta civilización y que hay que libertarle de ella, desprenderle de su ya podrida placenta, para que dé todo su fruto. Si fueran, como dicen, liberales, creerían que es el liberal un nuevo tipo humano que ha de formar un nuevo mundo sobre la desintegración del viejo. Pero no creen nada; carecen de la verdadera fe, la fe en la fe misma, la fe pura.

Robinsones llenos de fe, de esperanza y de amor, dejemos el viejo suelo que nos osifica el alma, y llevando en ésta el viejo mundo concentrado, su civilización hecha cultura, busquemos las islas vírgenes y desiertas todavía, preñadas de porvenir y castas con la castidad del silencio de la historia, las islas de la libertad, radicante en la santa energía creadora; energía, orientada siempre al porvenir; porvenir, único reino del ideal.

LA REFORMA DEL CASTELLANO

PRÓLOGO DE UN LIBRO EN PRENSA

CUANDO acabé de leer el manuscrito de esta obra, fuíme a contemplar campo abierto al cielo, y por la luz de éste bañado, paisaje libre, la llanura castellana, austera y grave, amarilla en este tiempo por el rastrojo del recién segado trigo. Era que me sentía mareado y oprimido; habíanme dejado los *Paisajes parisienses* de Manuel Ugarte cierto dejo de tristeza, de confinamiento, de aire espeso de cerrado recinto. Quería respirar a plenos pulmones.

El título de esta obra es ya de suyo paradójico: *Paisajes parisienses*. Un recinto cerrado, en que las edificaciones humanas nos velan el horizonte de tierra viva, una ciudad parece excluir todo paisaje. Mas, en resolución, ¿es que hay barrera o linde entre la naturaleza y el arte, entre lo que hace el hombre y lo que al hombre le hace? A los que me dicen que van en busca de la

naturaleza huyendo de la sociedad, suelo decirles que también la naturaleza es sociedad, tanto como es la sociedad naturaleza. Ciudad, portentosa ciudad, no de siete como Tebas, sino de infinitas puertas, de henchidas viviendas, de enhiestas torres berroqueñas, de vastas catedrales en que sostienen bóveda de follaje columnas vivas; ciudad es lo que llamamos naturaleza, y a su vez selvática selva, selva de savia rebosante es cada ciudad. Puede, pues, hablarse de paisajes parisienses.

El único reparo que a la congruencia entre el título y el contenido de esta obra pondría, es que se habla en ella mucho más del paisanaje que del paisaje parisiense; no la descripción de lugares, como del título podría esperarse, sino el relato de hechos y dichos de los que los habitan, es lo que la constituye. Mas, aun así y todo, ¿no se refleja acaso en el paisanaje el paisaje? Como en su retina, vive en el alma del hombre el paisaje que le rodea. Y aún es mejor presentárnoslo así.

Porque hay dos maneras de traducir artísticamente el paisaje en literatura. Es la una, describirlo objetiva y minuciosamente, a la manera de Zola o de Pereda, con sus pelos y señales todas; y es la otra, manera más virgiliana, dar cuenta de la emoción que ante él sentimos. Estoy más por la segunda.

«Era un prado que daba ganas de revolcarse en él», o como dice Guerra Junqueiro:

«Pastos tão mimosos que quizera a gente
Transformar-se em ave para os não calcar.»

El paisaje sólo en el hombre, por el hombre y para el hombre, existe en arte. No censuro, pues, el que titulándose *Paisajes* la obra de Ugarte, apenas figuren éstos más que como decoración o fondo de las animadas figuras.

Los paisajes de este libro son grises, otoñales, desfallecientes, de amarillas hojas arrastradas por el viento implacable al pudridero, paisajes de un solo rincón de bosque ciudadano, vistos a una sola hora, a una sola luz, de una sola manera. Porque estos *Paisajes,* lo he de declarar y sin reproche, son monótonos, monócromos; la misma nota en ellos siempre, cascada nota que suena a hueco. Una nota triste, de arrastrada melancolía, una nota que parece surgir del cementerio del viejo romanticismo melenudo y tísico. Sus alegrías parecen fingidas y forzadas, sus risas suenan a falso.

Una vez más la bohemia, las grisetas, los estudiantes, los pintores, las aventuras amorosas fáciles; Mürger de nuevo. Confieso que es un mun-

do al que no ha logrado llevarme la atención, ni que logra conmoverme. Por esto mismo he leído con calma el libro de Ugarte, con empeño por dejarme penetrar de su espíritu, a ver si consigo de una vez gustar el encanto que para otros tiene tal mundo, el espectáculo de esos pobres mozos «estragados por la bebida y la lectura, que cultivan la úlcera de la vida bohemia con la esperanza de arrancarle el extraño pus de una nueva modalidad». Tampoco esta vez me ha conmovido la bohemia. No sé si adrede o a su despecho, pero lo cierto es que me resulta haber escrito Ugarte un libro de edificación moral, un sermón contra la vida de bohemia.

Mas, después de todo, tratándose como se trata de un joven muy joven, ¿qué importa lo que Ugarte nos diga, la letra de su libro, el resultado de su esfuerzo? Lo interesante es el alma que en él ha vertido, es la música de su obra, es el intento de su esfuerzo. Es para mí la suya una voz más, una voz más de esta juventud inorientada mejor aún que desorientada, occidentada más bien. Uno más que viene por su «jornal de gloria», gloria que es «eco de un paso»—son suyas ambas expresiones—para desvanecerse luego, primero en muerte, en olvido al cabo, al correr de días, meses, años o siglos. Uno más a la pelea

por la sombra de la inmortalidad, ya que perdimos la fe en su bulto, por la perdurabilidad del nombre, del *flatus vocis,* ya que no creemos en la sustancialidad del alma; uno más inficionado del erostratismo que a todos nos corroe, del mal del siglo; uno más que aspira a que se cierna su nombre sobre el despojo de su vida; uno más que nos ofrece su «provisión de ensueños para combatir la vida» a cambio del jornal de gloria para combatir el espectro de la muerte. ¿Quién rehusa ser padrino de la criatura de un compañero así de ilusiones y vanidades?

Lo que estas páginas te ofrecen, lector, son cuadros de miseria en que el tratado sexual forma el acorde de fondo. No el amor, no tampoco la sensualidad, ni menos la pasión, porque todo aparece aquí fríamente pragmático, como en un cronicón medioeval, con tenue colorido en las frases. Son unas relaciones sexuales que parecen regidas por un código, no por consuetudinario menos rígido ni menos frío que otro código cualquiera. Hay cosas atroces, como las razones por las que María, que «amaba de verdad a Berladún», se entregó con repugnancia al primer desconocido «para poder ir al día siguiente con la frente alta, en la seguridad de que ya era mujer». Pocos códigos más atrozmente rígidos, más de esclavos,

que el código consuetudinario que semejante cosa decretase. Me complazco en creer que tal artículo no existe, que lo hecho por María obedeció a otros móviles más humanos, al hambre acaso, o que no amaba de verdad a Berladún, aun cuando ella misma creyese otra cosa. Su ocurrencia me sabe algo a literatura *pour épater le bourgeois*.

Las figuras que por aquí desfilan, gesticulando al recitar su recitado, parecen sombras chinescas, sin carne, ni sangre, ni nervios, ni músculos, sin apetitos apenas, sombras que en el tablado repiten las contorsiones y muecas que les enseñaron, atentas a una liturgia estrictamente formulada. Una opacidad y languidez enormes las envuelven. Si es así ese París, debe de ser bien triste, a pesar de sus carcajadas, sus risas y sus besos; carcajadas, risas y besos que parecen responder a acotaciones del papel de la comedia; carcajadas, risas y besos de teatro. El tal París debe de amodorrar al alma con sus dibujos de Steinled y sus estrofas de Rictus; parece una ciudad de almas cansadas, de donde huyera la espontaneidad para siempre.

Todo esto, la opacidad, la languidez, la monotonía, la sombra-chinesquería, todo esto deja una impresión honda, la impresión que me llevó, luego de leído este libro, a respirar aire libre a ple-

nos pulmones, a restregar mis retinas con la visión reconfortante de la austera y grave llanura castellana.

En medio de esta pesadilla acompasada y opaca, incidentes de una amarguísima realidad viva, no teatral, como el de la niña de los anteojos en *Una aventura* y, sobre todo, en *Graveloche,* aquel pobre hombre que corría perseguido por otros, como una bestia, cruzando entre los carruajes y atropellando a los transeuntes, mientras los que venían detrás de él gritaban: «¡A él! ¡A él!... ¡Es el ladrón!» El fugitivo se abría paso entre la multitud, con los ojos fuera de las órbitas, latigueado por el miedo. Y el grupo de perseguidores acrecía, se multiplicaba, se convertía en ejército, clamoreando su insulto, sin saber siquiera si había robado. Bastó que alguien lanzara la acusación terrible, para que todos hicieran coro, felices de hincar la garra en la víctima. Nadie se preguntaba las circunstancias del robo. Nadie trataba de asegurarse de que el robo existía. Aquí se pone de manifiesto uno de los más bajos instintos humanos, el instinto policíaco, tan bajo como el instinto judicial. Y ¡aquel pueblecillo de tísicos de *Los caídos!* Hay, por otra parte, un *Sevilla en París* que será, en efecto, Sevilla en París, puesto que no es Sevilla en Sevi-

lla; una Sevilla de teatro, falsa, traducida al francés, una Sevilla tan genuina y castiza como aquella sevillana que en 1889 encontré en la Exposición, una sevillana de ancha carota rubia, con su mantilla de madroños, y que hablaba el castellano con un horrible graseo de las erres y un acentuadísimo acento francés.

Mas lo que sobre todo me llama la atención en este nuevo peregrino de la literatura, en este mozo que viene por su «jornal de gloria», es la inventiva para la frase; es su característica. Aquí leeréis: masticar besos; espolear carcajadas; cascabelear una alegría delirante, o bien risas; borbotear risas; caracolear frases dudosas; trompear canciones; mariposear la tentación de un beso; la lengua alegre de un estudiante que campanea: ¡presente!; bailar alegrías con los labios; bufonear amores; relampaguear el placer chisporroteando besos; hilar palabras en una conversación incesante y sorda; deshojar margaritas de porvenir; hincharse los labios para el beso... y ¡qué sé yo cuántas más! Lo de «una carcajada hueca galopó bajo la noche» es pura y exclusivamente francés. Algo de forzado a las veces en tales frases, hay que reconocerlo, como en la de aquel reloj que «afectaba cierto sadismo» y «desangraba lentamente los minutos». Y expresiones

vivamente gráficas como cuando Mauricio «daba manotadas sobre sus convicciones para no perder pie» mientras la embriaguez «era un anteojo que ponía los objetos a su alcance y le permitía masticarlos hasta arrancarles la savia».

En la metáfora propende, y es propensión reveladora de mucho, a apoyar lo concreto y real en lo abstracto e ideal, lo definido en lo indeterminado, como si el mundo de la abstracción nos fuese más inmediato y directo que el mundo de la realidad concreta objetiva. Así nos habla de «una franja de cielo oscuro, invariable, como una franja de dolor sobre una vida», de «un tragaluz que se abre sobre un patio, como una ambición sobre un imposible», de que «el poeta levantó los ojos como dos reproches» o de que «las panteras se paseaban como instintos en una cárcel de voluntad». Porque si decís que los instintos se revuelven en la cárcel de la voluntad como panteras en sus jaulas, el proceso psíquico de la metáfora es el directo y corriente.

Esta manera inversa es reveladora de mucho, lo repito; puede servir de señal típica con que conocer a un escritor. Es el síntoma más característico de la peculiar manera que de ver los paisajes parisienses tiene Ugarte; él nos explica aquel tono de triste teatralidad de que hablaba.

El lenguaje... esto exigiría todo un tratado en que me explayase sobre las faltas y sobras de este lenguaje que, hasta cuando es correcto, parece traducido del francés. Un lenguaje desarticulado, cortante y frío como un cuchillo, desmigajado, algo que rompe con la tradicional y castiza urdidumbre del viejo castellano; un lenguaje de ceñido traje moderno, con hombreras de algodón en rama, con angulosidades de sastrería inglesa, con muy poco de los amplios pliegues de capa castellana, de capa en que embozarse dejándola flotar al viento, sin rotundos períodos que mueren como ola en playa. No lo censuro; todo lo contrario.

Esta tarea revolucionaria en nuestra lengua, con sus excesos y todo—¿qué revolución no los trae consigo?—hará su obra. La prefiero a la labor de marquetería, cepilleo y barnizado de los que, aspirando a castizos, por castigar el estilo castigan al lector, como decía *Clarín*. Lo he dicho muchas veces: hay que hacer el español, la lengua hispanoamericana, sobre el castellano, su núcleo germinal, aunque sea menester para conseguirlo retorcer y desarticular al castellano; hay que ensancharlo si ha de llenar los vastos dominios del pueblo que habla español. Me parece ridículo el monopolio que los castellanos de Casti-

lla y países asimilados quieren ejercer sobre la lengua literaria, como si fuese un feudo de heredad. Ni aun la anarquía lingüística debe asustarnos; cada cual procurará que le entiendan, por la cuenta que le tiene.

Roto el respeto a la autoridad de una gramática autoritaria y casuística a la vez, cada cual verterá sus ideas a la buena de Dios, según la gramática natural, en el lenguaje que más a boca le venga, y todas las divergencias que de aquí surjan entrarán en lucha, serán eliminadas o seleccionadas éstas o las otras, se adaptarán al organismo total del idioma, a la vez que lo modifiquen aquéllas, e irá así haciéndose la lengua por dinámica vital y no por mecánica literaria, por evolución orgánica, con sus obligadas revoluciones y crisis, y no por fabricación mecánica.

Cuando empiece en España a conocerse científicamente la lingüística, y no en abstracto y muerto, sino en concreto y vivo, es decir, aplicada a nuestro propio idioma; cuando se generalicen los conocimientos respecto a la vida y desarrollo de éste y de cómo lo hablan los que no lo escriben, y cómo lo escriben los que apenas lo hablan, entonces se sabrá para qué puede servir el artefacto ese de la gramática y para qué no sirve, y que es tan útil para hablar y escribir el castellano con

corrección, como la clasificación de las plantas de Linneo lo es para aprender a cultivar la remolacha, el cáñamo o el olivo.

Cuenta que no defiendo los galicismos que algún purista podría contar en este libro; ni los defiendo, ni por ahora los censuro. Me limito a hacer observar que formas hoy corrientes fueron galicismo, o italianismo, o latinismo en algún tiempo, y que prefiero una lengua espontánea y viva, aun a despecho de tales defectos, a una parla de gabinete, con términos pescados a caña en algún viejo escritor y giros que huelen a aceite. El criterio en estas cuestiones de estilo, corrección de lenguaje y *buen gusto* (!!!) ha sido siempre para mí el más claro signo de espíritu progresista o retrógrado. Tendré siempre a un Hermosilla por un reaccionario redomado, aunque se nos aparezca más liberal que Riego y renegando de todo Dios y todo Roque.

Vuelvo a repetirlo: una de las más fecundas tareas que a los escritores en lengua castellana se nos abren, es la de forjar un idioma digno de los varios y dilatados países en que se ha de hablar, y capaz de traducir las diversas impresiones e ideas de tan diversas naciones. Y el viejo castellano, acompasado y enfático, lengua de oradores más que de escritores—pues en España los más

de estos últimos son oradores por escrito —; el viejo castellano, que por su índole misma oscilaba entre el gongorismo y el conceptismo, dos fases de la misma dolencia, por opuestas que a primera vista parezcan, el viejo castellano necesita refundición. Necesita para europeizarse a la moderna más lijereza y más precisión a la vez, algo de desarticulación, puesto que hoy tiende a las anquilosis, hacerlo más desgranado, de una sintaxis menos involutiva, de una notación más rápida. La influencia de la lectura de autores franceses va contribuyendo a ello, aun en los que menos se lo creen.

He aquí por qué me parece la presente obra una obra de alguna eficacia en el respecto lingüístico. Revolucionar la lengua es la más honda revolución que puede hacerse; sin ella, la revolución en las ideas no es más que aparente. No caben, en punto a lenguaje, vinos nuevos en viejos odres.

Julio de 1901.

SOBRE LA LENGUA ESPAÑOLA

HE utilizado diversas coyunturas para mantener que tiene la lengua castellana que modificarse hondamente, haciéndose de veras española o hispano-americana, si ha de arraigar a duración en los vastos territorios por que hoy se esparce. Modificarse, y aun alterarse si fuera menester. Al exhortar recientemente a mis paisanos en los primeros Juegos florales de Bilbao, a que se resignen a la inevitable pérdida del vascuence, acatando el progreso, recomendábales que se adueñen del castellano, en su actual hechura no definitivo, y nos apliquemos a enriquecerle y flexibilizarle, sin admitir monopolios casticistas. Menté entonces allí el sobrecastellano, lengua española o hispano-americana, y son varios los que, movidos a curiosidad por esa denominación, me invitan a que despliegue mi pensamiento a este respecto. Tal mi labor en estas páginas, y sentiría defraudar su expectación.

Todavía, aunque quebrantada, manda por ahí demasiado cierta concepción estática del idioma; contémplasele por muchos, en su estado oficial de hoy, sujeto a preceptos reglamentarios, y no en su proceso vital, no en la viva relación de su presente a su pasado, hasta al más remoto, único recurso de comprenderlo y de llegar a sentirlo en su empuje al porvenir. No es raro topar con quien nos asegure que la lengua castellana es rica de tantos o cuantos miles de palabras, y esto cuando ni siquiera disponemos de un buen inventario de ella, tal cual se la habla. Carencia ésta de que se duelen no pocos extranjeros, que al oir un vocablo o al leerlo, echan mano al Diccionario oficial y no lo encuentran allí, y se quejan luego, con razón, de quedarse sin entenderlo, tan sólo, o porque los señores académicos no lo conocen, o porque no se les antoja darle el pase de legitimidad. Más de la mitad de la lengua castellana está enterrada, decía Capmany; enterrada viva, agrego yo. Tengo cosechados centenares de dicciones corrientes en toda esta región salmantina, y que nuestro Diccionario no registra. Mas aparte esto —ya grave incuria—, atestigua una torcida noción de un lenguaje cualquiera el estimarlo constituído por un número dado de voces, ni una más, ni una menos. Equivaldría a vivir del caudal y no

de sus réditos. A una lengua, si ha de vivir vida exuberante, le es forzoso ser, mas bien que rica, fecunda; mejor que la copiosidad en vocablos hechos y provistos ya del marchamo literario, habrá de valerle el rendir un buen rédito de ellos cuando hagan falta.

En cuanto al léxico, domina aún más de lo debido ese prejuicio; pues ¿y en cuanto a lo que se llama gramática? Escritor hay que afirma muy en serio que a los españoles nos hace mucha falta aprender gramática, cuando lo que necesitamos es tener qué decir, y causa en general asombro el que se declare la inutilidad de la gramática para hablar y escribir con corrección y propiedad.

Es, sin embargo, la gramática que se enseña y a que se contraen los que nos la predican, porque de lo que no se enseña casi nadie habla, una disciplina meramente clasificativa y descriptiva, es algo notariesco o inventarial; redúcese a poner motes, rara vez adecuados, a las formas del lenguaje, llamando, por ejemplo, pluscuamperfecto al *había amado* y a describir en qué casos se las emplea. Suponer que eso sirva para maldita la cosa de provecho, si en ello queda, es como suponer que quien sepa llamar *melolontha vulgaris* al abejorro sanjuanero, sabe de éste más que quien le conozca por nombre popular, o no le co-

nozca por nombre alguno específico. Fuera de esto, no es la gramática más que el último abrigo de la ideología escolástica, con sus enmarañadas y abstrusas definiciones del sustantivo, del adjetivo, del adverbio y demás categorías, no ya del lenguaje mismo, sino de la lógica aristotélica; una casuística más en que se preceptúan aplicaciones que no ha menester encasillarlas quien lea a los que bien escriban u oiga a los que bien hablen. Veamos, por vía de prueba, un hecho, y sea el tan controvertido caso de si ha de decirse *le dijo a ella* o *la dijo*. Los que por la gramática al uso y al abuso le tratan, conténtanse con aducir autoridades en pro de sus respectivos pareceres, sin entrar en el fondo de la cosa, en el estudio del principio de herencia o etimología y el de adaptación o analogía reducidos a este caso especial. Así verían que si *le* es etimológicamente la forma correcta de dativo femenino, lo mismo que del masculino—venida, por un *elle,* y luego *lle* del latino *illi,* dativo de los tres géneros – , *la* es la forma adaptativa o de analogía, y habrían de meterse por aquí en el conocimiento del resorte de esas dos acciones, la etimológica y la analógica, cuyo mutuo juego empuja en su marcha progresiva al lenguaje.

Esta inciencia de nuestra habla propia es la que

seduce a muchos a ese infecundo gramaticalismo, que toma al lenguaje cual un *caput mortuum,* como algo mecánico y no dinámico, y es ella también la que fomenta el supersticioso y vano respeto a una casticidad empobrecedora. Oprime al ánimo el considerar la achatadora uniformidad con que se sirven del castellano los más de nuestros escritores; soyúganse al idioma en vez de soyugárselo; parece que las palabras, giros y modismos hechos les agarran y atan las ideas, en lugar de ser éstas las que cojan y moldeen a aquéllos.

Nótase, además, una bastante abierta disidencia entre nuestra lengua hablada y nuestra lengua escrita, a tal punto, que si por ahí se tomase en fonógrafo o a taquigrafía, conversaciones al natural—y hasta con colecciones de cartas vulgares bastaría—, y sobre esta masa se formulara una grámatica, habría de ofrecer ésta no pocas sorpresas, en sintaxis sobre todo, a los que a la otra, a la gramática constituída se atienen, sordos a la lengua viva.

De tan menguada e infecunda comprensión no ha de curarnos más que el estudio real y verdaderamente científico del idioma, y la afirmación, sobre todo, de la libertad en el lenguaje. Caso de meditación es el de que los más alardeadores de ánimo revolucionario y de espíritu indepen-

diente los unzan, a las veces, a la tiranía casticista y se ofendan de toda lesión a la señora gramática los que de continuo faltan al respeto, sin repulgos ni remilgos, a las demás potestades. La anarquía en el lenguaje es la menos de temer, que ya procurarán los hombres entenderse por la cuenta que les tiene, y el que se empeñe en lo contrario, en su pecado llevará la penitencia. Que si los manchesterianos y libre-cambistas proclamaron que todo entrometimiento del Estado en las relaciones económicas es dañino, es en cuestión de lengua donde más pernicioso resulta el proteccionismo y donde el «dejad hacer, dejad pasar» rinde más beneficios.

Menté más arriba la acción de la herencia o etimológica y la de adaptación o analógica, y en esto de la analogía, fuerza renovadora de todo idioma, hay que pararse. De ella brota todo neologismo.

Una escritora que maneja el castellano como cosa propia, escribió cierta vez *docilitar*, sacando este verbo de *dócil* como de *fácil* se saca *facilitar*, y hubo quien se lo reprendió. De *evidencia* hacemos *evidenciar* y *agenciarse* de *agencia*, y malsuena a algunos, no sé por qué, que de *influencia* hagamos *influenciar*. «Es que tenemos ya *influir*»—arguyen—, sin advertir que jamás dos vocablos hacen doble empleo, sino que

producida una dualidad de forma, luego viene la diferenciación de sentido, de manera que *influir* e *influenciar* son cosas tan distintas como puedan serlo *esperar* y *esperanzarse* o *resolver* y *solucionar*. Voces hay en potencia en otras; *recalcitrante* se dice, y no se oye *recalcitrar* y menos *recalcitrancia,* ni de *permeable* sacamos *permear*. Por escribir *rutilancia* le llamaron al orden a un mi amigo. Si digo *avariciosidad* no es lo mismo que *avaricia,* como no será nunca *estrepitosidad* equivalente a *estrépito*. La prensa ha lanzado ya a curso, aunque con harta tacañería, utilísimos vocablos, como «*tangentear* una dificultad», «*solucionar* una crisis», «*influenciar* un asunto», etc. Meter palabras nuevas, haya o no otras que las reemplacen, es meter nuevos matices de ideas.

Agréguese al enriquecimiento por formaciones analógicas el que se consigue con la adopción de vocablos extranjeros. Con la idea o el objeto viene de fuera su nombre, y del inglés *trolley* hacemos *trole,* porque, ¿vamos a llamarle *captador de ruleta* como quiere un señor ingeniero, que no repara en que tampoco *ruleta* es voz castiza? Y los vocablos alienígenas tampoco hacen doble empleo, que un *mitin* no es una reunión cualquiera, ni una *suaré* es un sarao. ¿A qué *sport* si

hemos desenterrado *deporte?* Dejad correr los dos y acabarán por decir cosas diferentes. Del mismo vocablo latino derivan nuestra palabra *cabo* y la francesa *chef*, de que hicimos *jefe*, y ¡no hay diferencia que digamos entre ellas! Lo mismo ocurre con *hechizo* y *fetiche*. (Esta pasó del portugués al francés, y de éste al castellano.)

¿Y es a eso—se me dirá—a lo que se reduce la reformación de la lengua española? Principio quieren las cosas—respondo—; no hay causa chica cuando es continua, que un céntimo a interés compuesto acaba, con el tiempo, por dar millones. Pero no, no se reduce a eso ni a semejante acción reflexiva, sino a aprovechar la natural diferenciación dialéctica.

Derrámase hoy la lengua castellana por muy dilatadas tierras, bajo muy diferentes zonas, entre gentes de muy diversas procedencias y que viven en distintos grados y condiciones de vida social; natural es que en tales circunstancias se diversifique el habla. Y ¿por qué ha de pretender una de esas tierras ser la que dé norma y tono al lenguaje de todas ellas? ¿Con qué derecho se ha de arrogar Castilla o España el cacicato lingüístico? El rápido entrecambio que a la vida moderna distingue impedirá la partición del castellano en distintas lenguas, pues habrán de influirse mu-

tuamente las distintas maneras nacionales, yendo la integración al paso mismo a que la diferenciación dialectal vaya. Un francés, el doctor Abeille, nos salió en la Argentina con eso del idioma nacional, prediciendo la formación allí de un nuevo idioma, predicción que acojieron con regocijo en España misma algunos tan esquinados contra el espíritu castellano como ignorantes del proceso lingüístico, y lo bueno del caso es que los más de los dichos, modismos y peculiaridades del habla popular argentina lo son también de hablas populares de España. Verbenean el *Martín Fierro*, el *Santos Vega* y otras composiciones por el estilo en giros, decires y vocablos que se oye aquí al pueblo, aunque nunca se los vea escritos. Ocurre que semejante caudal de voces fluye soterrañamente, como en parte de su curso el Guadiana, y cuando salta en escritos acá o allá, al parecer aisladamente, no hace más que mostrarse a flor de tierra la oculta corriente. El *sós*, por ejemplo, que tan típico de aquellas pampas parece, lo usan por acá.

Mas lo hondo de las diferencias estriba, más que en las voces mismas, en la traza de construirlas. Así como así, la manera genuinamente castellana de decir se vierte en una sintaxis que se compadece, por lo común, bastante mal con la vi-

veza y soltura del inquieto pensamiento moderno; es un decir en carreta, cuando va el idear en locomotora. Una construcción sintáctica de garfios, corchetes, lañas y ensambladuras, tan pesada como ese nuestro verso tradicional, tamborilesco y machacón, en que ahoga el compás al ritmo, verso más cadencioso que melódico.

La frase ¿por qué no tallarla a otro corte que el reglamentario y como más a filo venga? Esos enchufes y envolvimientos que la hacen tan pesadota, ¿a qué? Camina a marcha castellana, como entre roderas de camino vecinal, hala, hala, siempre adelante, sin esguinces, ni quiebros, ni arredros, ni saltos, itinerariamente; que pueda el caballero descabezar su siesta al compás de la andadura; nada de marcha suelta y libre, de peón que de paseo se recrea a ratos, bien despierto, con la visión del paisaje que domina. Es una pesadez; la cosa es no tener que fijarse donde se pisa, dejarse cunar y... ¡qué bien suena! Sí, el murmullo arrullador del regato, sobre todo porque no dice nada y adormece. Así ese decir anquilosado, con hinchazones de artritis a las veces, de la sintaxis que pasa por castiza, séalo o no. Séalo o no, porque ¿es realmente tal manera la genuinamente castellana?

Curiosa es la evolución de nuestra sintaxis

desde aquella principalmente de coordinación, narrativa y épica del viejo poema de Mio Cid en que desfilan los sucesos en hilera, uno tras otro, con sus verbos en personal casi siempre, hasta la sintaxis involutiva y oratoria, de subordinación. El pueblo rehuye la construcción indirecta, y para esquivarla se sirve del tan típico *dice digo* o *dije digo*. Asegura un procesalista que los testigos que son veraces cuentan las cosas derechamente, en orden de tiempo, «y fué, y dijo, y se vino y volvió a irse, etc.», mientras las ordenan por gradación jerárquica de sucesos los que mienten.

Si es así, atestiguamos, casi siempre, con mentira los españoles. Y esta sintaxis oratoria, de amplios períodos de subordinación, ¿es genuina y castizamente castellana de la tierra de Pero Mudo? Me parece que no, que viene de más abajo, de tierras de labia y es una de las operaciones que más necesita nuestra lengua, y con ella tantas otras de nuestras cosas, para europeizarse: desmeridionalizarla.

«¡Bueno!—vuelven a interrumpirme aquí—, ¿y esa nueva parla?» ¿Nueva? Nueva no, que nada hay nuevo bajo el sol, renovada... Esa lengua... ¡paciencia!, todo se andará, que ella misma ha de ir haciéndose. «Eso de desaforarse con la lengua, que ha hecho nuestro pensamiento...» ¿Y qué?

¿El pensamiento, a su vez, no ha de plegarse su lengua? Y si yo no pienso en castizo castellano ¿a ley de qué he de aprisionar mi pensamiento en esa camisa de fuerza y no cortarme con ella un traje, quitándole lo que le sobre, añadiéndole lo que le falte y cambiándole lo que sea menester? Pues bueno fuera...

¿Que cómo se hace eso? A la buena de Dios, cada cual como mejor se las componga, salga lo que saliere, cada uno con su cadaunada, y luego... ello dirá. Ello, ello es lo que ha de decir; hay que remachar en esto: ello dirá y no nosotros, ni vosotros, ni los de mas allá; ello y sólo ello dirá. Así como así, será lo que haya de ser, por lo cual ¡viva la libertad!, la libertad, que es la conciencia de la necesidad. Escribe como te dé la real gana, y si dices algo de gusto o de provecho y te lo entienden y con ello no cansas, bien escrito está como esté; pero si no dices cosa que lo valga o aburres, por castizo que se te repute, escribes muy mal, y no sirve darle vueltas, que es tiempo perdido. Y en cuanto a lo de aburrir, no olvides que más pesada que un galápago es una ardilla dando vueltas en su jaula.

En las lenguas, como en otras manifestaciones humanas, adviértese un fuerte tiro a la polarización; universalízanse más cuanto más se indivi-

dualizan, se integran a medida que se diferencian. El ideal es que hablemos todos los hombres una sola y misma lengua, pero que la hable cada cual a su modo, y el ideal en España que sólo se hable el español, pero empleándolo cada uno a su manera. El instrumento arranca de Castilla, pero ¿ha de ser por eso el castellano quien sepa manejarlo mejor? Y si con el uso se altera, bien alterado está.

Piensa cada hombre dentro del común pensar, pero debe hacerlo por sí, y ha de hablar, en consonancia, dentro del habla común, pero con arte propio. Mas aquí parece que piensan todos lo mismo, de la misma manera y en la misma forma; tan desesperantes son la uniformidad y monotonía. ¿No influirá en este pernicioso fenómeno la lengua? Claro está que un pensamiento individual, poderoso y fuerte, se hará su lengua siempre; pero ¿no cabrá que la lengua constituída ahogue en brote a un pensar que pudo luego ser poderoso?

Lo individual produce el progreso, la sucesión de distintos individuos es su causa motora; un individuo que viviese mil años, acabaría hablando como a los treinta de su edad; la muerte, que hace lugar a la nueva vida, es la condición ineludible de todo progreso; y ¿cómo vamos a progre-

sar lingüísticamente con esa presión de la masa y ese gobierno de los muertos?

¿Y cómo será la lengua que de una vivificación así brote? ¿Lo sé yo acaso? Ello dirá. La cuestión es que no nos acontezca lo que a un amigo mío catalán, que escribió un libro en castellano muy claro y le dijeron que no estaba bien escrito, y él se lo creyó el muy encojido y se acoquinó y volvió a su catalán—para los casticistas catalanes malo—, lamentándose de que jamás podrá dominar el castellano. Debió decirse otra cosa y persistir y luchar. Y en general, aquellos de los catalanes o de mis paisanos vascos que se vuelven a su lengua por no atinar a servirse castizamente del castellano, deben defender su manera de usarlo y trabajar en esta.

Cuando empecé yo a escribir se me reprochaba que eran mis escritos enrevesados y confusos, y mi lengua una especie de monsergueño galimatías. Seguí haciéndome mi habla y me callé, pero era para decirme a solas: «No es que no entiendan tu lenguaje; es que no comprenden a primeras tu pensamiento, y como no tienes aún derecho a que se te relea, te declaran infundioso. ¡Paciencia! que ellos entrarán». Y han entrado, ¡vaya si han entrado! Y seguro estoy de que si muchos de los que han cambiado de parecer respecto

a mi lengua, volviesen a leer mis primeras cosas, confesarían la verdad. No digo que no me haya modificado yo, que al fin y al cabo no soy un berrueco, pero es que he logrado que se me lea con atención. El derecho a la atención es lo que hay que conquistar.

Y otra cosa me sucedió una vez, y fué que un amigo vino a decirme que no acababa de entender cierto artículo que por entonces publiqué. Cojí el artículo, le rogué me advirtiese en cuanto llegara algo oscuro, y empecé a leérselo. Se lo leí entero, y él sin chistar. «¿Y bien?»—le dije al concluir. «Pues hombre—contestó—, no sé en qué consista, porque ahora lo he entendido muy bien.» «Yo sí sé en qué consiste—le repliqué—, y es en que no sabes leer. Porque estás hecho a leer lengua escrita, no más que con los ojos, lengua en que se sustituye el tono, las pausas, los calderones, la modulación, por artificios sintácticos; necesitaríamos algunos entre línea y línea un pentágrama con algo de notación, porque, aunque te sorprenda, yo me dicto lo que escribo.»

No faltará quien diga que quijoteo metiéndome con molinos de viento, y que soy muy dueño de escribir como se me antoje. Desde luego, mas de lo que trato es de despertar antojos ajenos, de animar a otros que se sientan como yo a este res-

pecto y no se atrevan a levantar su voz frente a los casticistas para proclamar, no ya su derecho a hablar y escribir como les cuadre, que tal derecho nadie les disputa, sino a sostener, sin aborregarse, que no acatan las censuras que se les dirige, ni las dan por valederas. Trato de alentar a los jóvenes a que se dejen de cepilleos y barnizados de la superficie del lenguaje y se preocupen de decir cosas de sustancia o de gracia, a que no pierdan el tiempo en si tal o cual voz es o no genuina, y sobre todo a que se metan con el idioma más de lo que algunos lo hacen, y lo descoyunten y disloquen si es preciso—si es preciso, entiéndase bien—, antes de alterar su pensamiento para que quepa en el lenguaje hecho. Y para hacerlo bien, estudiar científica, no gramaticalmente, el idioma.

Pocos movimientos más fecundos en España que el del krausismo; nos trajo acervo de novedades, y entre ellas vivificó—*aviviguó* habríase dicho en un tiempo—el idioma, colando en él buen porción de vocablos y de giros que hoy todos acojemos. Lo que ayer fué neologismo, será arcaísmo mañana, y viceversa, sentencia Pero Grullo. Lo importante es daros clara cuenta del habla en que encarnamos nuestra ideación, hacérnosla conciente y reflexiva. Porque tal debe ser el in-

tento de quien escriba: convertir el vocablo, mediante reflexión, en algo de que tengamos plena conciencia, sacándolo de ser lo que en el lenguaje hablado y automático es: un mero reflejo. Hay que convertir en reflexión el instinto si se quiere que llegue a ser instintiva la reflexión. Y a tal propósito, nada mejor que examinar el lenguaje de que nos servimos y no otro. Escritor hay, en efecto, que se prepara a su tarea mediante el ejercicio de leerse en alta voz textos de nuestros antiguos y clásicos autores, con lo cual logrará un decir reminiscencial, fofo, sin fuerte sello propio y mortecino siempre. Lo que encaja es someter a revisa nuestra propia lengua, la que hablamos, y preguntarnos a cada paso: ¿por qué así y no de otro modo? A un mi amigo que escribió esta frase tan trillada «recreábase el espíritu con la contemplación de aquella belleza», hube de llamarle la atención hacia la fuerza del sentido en ella de *re-crearse,* volverse a crear el espíritu.

Voy al decir que de un lado ha de estimarse el genuino instinto lingüístico del pueblo: la naturaleza, y de otro lado la ciencia que investiga y analiza el proceso de tal instinto, y que entre estos dos polos, la espontaneidad libre y la reflexión científica, apenas hace más que perturbar toda sana noción ese arte de hablar y escribir co-

rrectamente y con propiedad que ni es naturaleza ni es ciencia. Hay que hacerse la lengua estudiándola a ciencia y conciencia en el pueblo que nos rodea, más que tomándola hecha, y a gramática y arte, en los viejos escritores, reflexionando la que al natural nos brote y no recitando la que otros en sus libros depositaron. La ciencia nos acercará a la naturaleza más aún que el arte. El conocimiento del proceso vital de nuestro idioma castellano y de cómo éste se ha ido constituyendo a partir del latín vulgar, ha de ayudarnos para renovarlo y vivificarlo mucho más que la pesada rumia de los viejos autores consagrados.

He aquí lo que por el pronto y mientras preparo materiales para una más amplia mostración del problema, se me ocurre decir del porvenir de la lengua castellana.

Noviembre de 1901.

LA EDUCACIÓN [1]

[1] Prólogo a la obra de Bunge, del mismo título.

EL Dr. Osvaldo Magnasco, Ministro de Instrucción pública de la República Argentina encomendó al Dr. C. O. Bunge un viaje a Europa para que estudiara el espíritu y cuerpo de los institutos de educación y los rumbos que emprendía ésta, y fruto de tal estudio fué el informe que dió Bunge para la instrucción pública nacional argentina con el título de «El Espíritu de la Educación». La presente obra es este mismo informe algo modificado en algunas de sus partes.

Al editarla el Sr. Lázaro, sobre prestar un buen servicio a nuestra cultura, echa un nudo más en las relaciones entre España y los pueblos de lengua española de allende el Océano. He de ahorrarme aquí las consabidas consideraciones respecto al cambio de ideas y productos para estrechar la unión ibero-americana, sin más que lamentarme de que sean tantas nuestras no satisfechas nece-

sidades de cultura y tan escasa y pobre nuestra labor en ella, que excediendo con mucho nuestro consumo a nuestra producción, con ser aquél tan menguado, no nos baste lo que de nuestro ingenio sacamos, teniendo que acudir a la importación del extranjero y no logrando exportar ideas. Y no se tome a ingeniosidad metafórica lo que digo, pues el escritor español, obligado a escribir entre españoles y para ellos, se ve por fuerza llevado a una cierta labor pedagógica, a elevar el nivel del pueblo en que vive, más que a dar sugestiones a otros pueblos.

Adviértase que es esta una obra escrita en lengua castellana por un Bunge, apellido alemán, a excitación de un Magnasco, apellido italiano, y véase en este solo hecho un indicio de ese espíritu cosmopolita que caracteriza al pueblo argentino, según el autor y otros muchos publicistas, sobre todo del país. Me parece, sin embargo, que extreman en buena parte lo del espíritu cosmopolita, y que éste se halla más en la superficie que en el fondo. Una región, un clima, un género de vida, un idioma sobre todo, da una fuerte homogeneidad a una reunión cualquiera de hombres, por muy extraños que sean éstos entre sí en cuanto a su origen. El elemento más numeroso, que es casi siempre el más antiguo, predomina en el com-

puesto en mucha mayor proporción que la que le da su superioridad numérica, sobre el elemento adventicio, de tal modo que si hay tres nativos del país por cada inmigrante, figurará el espíritu de los nativos en el compuesto en mayor razón que de tres cuartos. Figurará en la vida íntima, en la sub-histórica, en lo que podemos llamar subconciencia nacional. Los hijos de colonos italianos, franceses o alemanes hablarán en la Argentina castellano y la lengua es la sangre de la casta histórica, de la raza espiritual. Cuando los ingleses dicen que la sangre puede más que el agua, aludiendo a su parentesco con los yanquis, de los que les separa el Océano, suele replicárseles que hay en el yanqui poca sangre inglesa. Mas el inglés está en lo cierto, ya que nada hay más engañoso que este criterio de la sangre material. El criollo es siempre el criollo, lleve apellido castellano, catalán, vasco, italiano, alemán o francés, aun sin tener en cuenta lo conducente a error que el apellido es, puesto que en el caso mismo del Dr. Bunge sé que lleva tanta o más sangre vasca que prusiana en sus venas. Y la lengua del criollo es el español, siendo ilusiones, fundadas en gran parte en imperfecto conocimiento del estado y vida actuales del castellano que en España se *habla,* todo eso de la lengua nacional argentina.

Al Dr. Abeille le faltó venir a España a aprender el español que aquí se habla. Mas como esta cuestión, aunque interesantísima, no es de este lugar, la dejo para ocasión más adecuada a ella.

Un poco sombría me parece, y tal vez algo recargada de tintas, la pintura que del carácter de la juventud de la clase rica bonaerense nos hace el Dr. Bunge al tratar de la educación del carácter nacional, y hallo, por otra parte, que cuanto de dicha juventud nos cuenta no es tan privativo de ella. Nada blandos estuvieron ni Ghild ni Groussac.

De cómo se piensa en la Argentina en castellano, nos da muestra este libro mismo, pues aunque abundante en vocablos de origen francés que aquí, en España, jamás usamos, como *rol, controlar, monarquía temperada* y otros, es en el fondo del lenguaje y estilo profundamente español, a pesar de la cultura cosmopolita del autor. Porque hay quien sin salirse de las más estrictas reglas gramaticales, sin emplear vocablos que no sean castizos, sin faltar a la más cuidadosa corrección formal, escribe en un castellano que parece traducido, muy bien traducido, pero traducido al cabo del francés, y hay quien escribe en lengua radical y hondamente castellana, aunque llena de impropiedades gramaticales y de galicismos de

toda clase. Y este libro es en el fondo un libro español, de un español europeo y cultísimo, pero de un español al fin y a la postre, y al decir español quiero decir de un hombre que piensa en lengua española. Su estilo es animado, vivo, pintoresco; la exposición poco continua, con saltos y esguinces que la animan. A las veces recuerda a Carlyle, pero lo más a menudo recuerda a escritores nuestros. Y el mismo Carlyle, ¿no está más cerca, mucho más cerca de nuestra literatura, que los más de los escritores franceses?

Empieza esta obra con una parte general, casi metafísica, en que el autor nos traza a grandes rasgos su filosofía, y en que noto aquella idea madre de que «debe considerarse verdad *cualquier creencia sincera*», es decir, «inspirada por las necesidades de la época, del pueblo y del hombre que la *siente,* porque la creencia no se piensa, sino se siente». He aquí una manera vigorosa, y más sentida que pensada, de expresar el fecundo principio de la relatividad de todo conocimiento, principio que, llevado de la esfera intelectual a la moral, es la base de toda profunda tolerancia. Es el esfuerzo del Dr. Bunge ser tole-

rante de verdad, comprenderlo todo, explicárselo todo, no excluir más que la exclusión. Y de aquí cierta esquivez al espíritu francés, que es, con apariencias de lo contrario, uno de los más exclusivistas. ¡Como que se presenta cual padre del tolerantismo a un Voltaire, espíritu estrecho, para quien permanecieron siempre cerrados mundos enteros del espíritu, mundos que negó por no alcanzar a verlos! El siglo XVIII francés es un asombro de claridad y netitud incomprensivas.

Hay a este respecto un precioso pasaje en esta obra, un pasaje que quiero anticipar al lector, y es donde el Dr. Bunge nos dice que «para el ratón hambriento que roe un queso, la verdad debe circunscribirse a la esfera del queso. La despensa, los despenseros, la quesería donde se fabricara el queso, las vacas que dieron la leche para que se compusiera el queso, el ameno valle, el ambiente, el sol que bañó la piel manchada del rebaño, todo debe ser, para el ratón, mentira. Si alguien se lo contara, contestaría que son ridículas fantasías de teólogos, teósofos y metafísicos. Y los hombres, como el ratón, no creen, en general, más que en las sustancias que alimentan su cuerpo y su espíritu...» Este admirable pasaje me parece una felicísima caracterización de lo que en sentido estricto y casi etimológico llamaría *ra-*

cionalismo, o más bien *intelectualismo;* racionalismo que me recuerda siempre la profunda sentencia de Sófocles: «la verdad puede más que la razón», y racionalismo al que opongo un sentido, más bien que de doctrina, que llamaría de *espiritualismo,* si no tuviese este vocablo una significación profundamente distinta de la que ahora quiero darle. *Cordialismo* parecería algo violento. En el fondo, se reduce a oponer a los que sólo se atienen a su pensamiento racional y lógico, a los que apenas piensan más que con el cerebro, los que se atienen a su conciencia total y vital, los que piensan con todo el cuerpo y aun con todo el circumcuerpo, con el *Umleib* que lo llama Bruno Wille, con el universo todo. A un racional antepongo un espiritual, y espiritual propende a ser el Dr. Bunge.

Por esta espiritualidad, por su empeño en encontrar verdad en *cualquier creencia sincera,* por su noble esfuerzo de penetrar en los más diferentes campos, me extraña más la dureza, a mi juicio injusta, con que en la parte histórica de su obra *Espíritu de la educación a través del tiempo* trata a la Edad Media. Profesor yo de lengua y de literatura griegas, no comparto con el Dr. Bunge muchas de las opiniones, viva y brillantemente expuestas, respecto al espíritu de la

antigüedad helénica, y aún indicaré aquí, reservándome desarrollarlo en otra parte, que la mística y el misticismo son elementos poco o nada genuinamente cristianos, lo menos evangélicos posible; que de la religión y la filosofía helénicas se desenvolvieron en los alejandrinos (Plotino, Proclo, Porfirio, etc.); que el cuarto evangelio marca ya la adulteración del espíritu cristiano por el pagano o místico, y que creo profundísima la concepción del Dr. W. Hermann, maestro en luteranismo, cuando dedica el capítulo primero de su hermosa obra *El Comercio del cristiano con Dios*[1] a «la oposición de la religión cristiana a la mística». Doctrina es ésta que puede verse muy bien tratada desde el punto histórico en las preciosas lecciones que sobre la influencia de las ideas y costumbres griegas sobre la Iglesia cristiana dió en 1888 Hatch[2].

Y escribo esto, saliéndome acaso de mi cometido en estas líneas, porque observo en no pocos neo-paganos, entre los que no se cuenta cierta-

[1] *Der Verkehr des Christen mit Gott, im Anschluss an Luther dargestellt von Dr. W. Hermann, professor in Marburg. Dritte Auflage. Stuttgart, 1866.*

[2] *The influence of greek ideas and usages upon the christian church. By the late Edwin Atch, D. D. Eighth edition Oxford, 1901.*

mente el Dr. Bunge, cierto prurito por ennegrecer y calumniar al cristianismo echándole en cara precisamente lo que del paganismo heredó.

Y volviendo de esta mi digresión, he de continuar diciendo que me parece el Dr. Bunge excesivamente duro con la pobre Edad Media. Hay mucho oro y de muy buena ley en el «fango de las oscuridades gótico-bizantinas de los escolásticos», mucho, muy profundo y muy liberador pensamiento en lo hondo de sus «abstrusas teologías» y extraordinario vigor mental bajo la «ridícula impotencia de sus ergotismos».

No he podido llegar a creer que fueran «cuestiones bizantinas» las de los *universales,* sino que la creo la cuestión eterna, eternamente renovada, la de ayer, la de hoy, la de mañana y la de siempre, el aspecto metafísico del combate entre el individualismo y el socialismo. La frase, profundamente *realista* de Natorp, de que el individuo es tan abstracción como el átomo, ¿no ha de escandalizar a los *nominalistas* del individualismo? Encuentro mucha vida, mucha plenitud, profundísima originalidad en las «ideas muertas», las «frases huecas», las «indescifrables anfibologías» de la escolástica medioeval. La insoportable, la muerta y hueca es la escolástica galvanizada de hoy. ¡Profundo revolucionario Duns Es-

coto!, ¡maravilloso libertador del espíritu! Me cuesta admitir que aquella enseñanza medioeval no haya dejado raíces hondas en la educación moderna, «salvo en teología».

Y aunque así fuera, ¿es que la teología no significa nada en el pensamiento moderno? He aquí por qué comprendemos tan mal la escolástica, por empeñarnos en estudiar su filosofía desgajada de su teología; una historia de la *filosofía* escolástica es un absurdo. Es imposible entender el valor y alcance de las discusiones respecto a la distinción entre la esencia y la existencia o entre la sustancia y los accidentes, v. gr., sin entender el proceso de los dogmas de la Trinidad y de la Eucaristía, ni se entienden éstos sin penetrar en las *razones de sentimiento,* en la *cardíaca,* más bien que en la *lógica* que llevó a ellos. La atenta lectura de la fundamental obra del doctor Harnack, respecto a la evolución de los dogmas cristianos [1], pongo por caso, me ha enseñado, respecto a la escolástica, más que cuantas historias de la filosofía he leído. Aún hay más, y es que creo que el escasísimo éxito de cuantos trasplantes de filosofía alemana a tierra latina se han

[1] *Lehrbuch des Dogmengeschichte von Dr. Adolf Harnack. Friburg i. B. und Leipzig, 1894,* tres volúmenes.

hecho, se debe a haber traído las plantas sin raíces, sin raíces teológicas, no ya sólo religiosas. Porque el pensamiento racional o filosófico no es en un pueblo, y sobre todos el alemán, más que como la espuma de la vida total del pensamiento, de la vida toda espiritual, que en el pensar y sentir religiosos es donde mejor encarna. Puede un latino llegar a entender y aun comprender a Kant, tomándole tal cual se nos presenta; mas creo casi imposible que le sienta a no haber pasado, de un modo o de otro, por Lutero. El tránsito de la destrucción de la crítica de la razón pura a la construcción de la crítica de la razón práctica no se *siente* a no haberse penetrado del concepto, y más que del concepto, del sentimiento luterano de la fe. Si algo prendió en España el krausismo, es porque algunas raíces religiosas traía, es porque se nos presentaba menos estricta y exclusivamente filosófico que el hegelianismo, por ejemplo. De Hegel, de Ficht, de Schelling, se nos habló hasta la saciedad; pero ¿quién nos descubrió de veras a Schleiermacher? Conocemos a Wund, pero ¿y a Ritschl, a Hermann, a Kaftan?

Pasa el autor de la Edad Media al Renacimiento, con el que por contrapeso se entusiasma, y ve el espíritu de la educación moderna sintetizado en Rousseau, en un pensador en el fondo más teólo-

go que filósofo, en un protestante radical; mas trata muy de prisa la influencia de la Reforma en la educación. Y la Reforma misma, ¿no fué en gran parte, por mucho que en contrario se diga, una reacción del espíritu medioeval, el de debajo del escolasticismo, contra el Renacimiento, más que una consecuencia de éste, como ciertos tendenciosos publicistas quieren demostrar? Lutero, que se confortaba con la lectura de la *Theología deutsch,* famosa obra mística, ¿no era el heredero del maestro Eckart, de Taulero, de Ruisbroquio, de Suso, de los místicos alemanes y flamencos del siglo XIV?

Llega el autor a la época moderna, y acaso aquí es harto severo con Darwin, Spencer y la ciencia inglesa, aunque no con Balmes. Ve muy bien, sin embargo, qué inexhausto fondo de idealismo hay en el tan decantado positivismo de nuestro tiempo. Este fondo hay que sacar a superficie, hay que predicar de continuo contra esa barbarie de la supremacía de los conocimientos de aplicación y contra esa otra barbarie del especialismo a toda costa y sin base de universalidad. Así llegaríamos a aprender a manejar máquinas, pero no a saber hacerlas, y sobre todo a perder el apetito de vida y a no tener motivo de vivir.

Desde que el autor entra en el libro II, parece que su paso se hace más firme, y si no gana en sugestividad, en viveza y animación de estilo, en espontaneidad de juicio, nos convence mucho mejor. La exposición de los cinco hábitos de virtud que hay que inculcar en el niño es muy jugosa, y me parece muy exacto cuanto a propósito de la libertad de estudios—punto en que me parece seguro y sólido el criterio del Dr. Bunge—dice del estudiante francés.

Pero lo que más me interesa y lo que debe interesar más a los lectores españoles es lo que acerca de la enseñanza de la religión—punto que tanto y tan mal se discute hoy en España—nos dice el capítulo III del libro II, capítulo titulado: «Educación sectaria». Expónenos aquí los tres sistemas: el confesional, que enseña como imposición dogmática una religión dada; el laico, que más bien que no enseñar religión alguna, imbuye hostilidad hacia ellas, y la escuela interconfesional insectaria, que, en realidad, apenas cabe más que donde luchan varias sectas. Cuanto acerca de esto y del ideal de educación inglesa según Arnold, el de formar el caballero cristiano, el *chris-*

tian gentleman, el autor nos dice, merece meditarse, sobre todo en España.

Preguntáronme no ha mucho qué opinaba respecto a la enseñanza de la religión, y respondí que era partidario de ella por espíritu liberal. Es indudable que la religión católica, oficial en España, y la que profesan la inmensa mayoría de los españoles—aunque muchos finjan profesarla y otros no tengan conciencia de ella—ha influído y sigue influyendo en el modo de ser, de vivir, de pensar y de sentir del pueblo español, tanto o más—creo que mucho más—que su lengua, su legislación, su historia, etc., etc. Y si hemos de conocernos y de conocer al pueblo en que vivimos, ¿hemos de desdeñar el estudio de ese elemento? La profunda ignorancia que en asuntos religiosos nos aqueja, es la causa capital de los más de los males—de los que lo sean—que lamentan y combaten los que a la enseñanza de la religión se oponen, con más los males que a estos mismos oponentes aquejan. No conozco desatino más grande que eso de que la religión debe quedar al cuidado de las madres, que son precisamente las que más la ignoran y las que más la deforman y desreligionalizan. Una vez más, y no será la última, tengo que repetir lo vergonzoso y degradante que resulta el que en un país que se dice cris-

tiano no haya leído el Evangelio la inmensa mayoría de los hombres que por cultos se tienen, y que en cambio se cuelgue del cuello de los niños, a modo de amuleto, trocitos del Evangelio, *en latín,* metidos dentro de unas bolsitas cosidas y adornadas con lentejuelas, y que se traguen las parturientas una cintita de papel hecha un rollo conteniendo una jaculatoria y otras formas del más bajo y anticristiano fetichismo.

Tengo observado la inmensa diferencia que va de los librepensadores a quienes se educó más o menos religiosamente, aunque fuera en las formas más impuras de religión, y aquellos otros a quienes se criara en principios de irreligión. Los primeros, aun siendo ateos y, en toda la extensión del vocablo, materialistas, no saben bien cuánto jugo y savia dan a su vida mental y espiritual las profundas aguas de la niñez, oreadas en algún aliento religioso, y al educar a los segundos, a sus hijos, en irreligión ignoran que les privan de lo mejor que ellos tienen, de la raíz positiva, hasta de aquello que de fecundo y noble tiene su librepensamiento. Y esto por no decir nada de la inmensa diferencia de los que rechazaron los dogmas religiosos que se les imbuyera sin adentrárselos y los que se los han dirigido, disolviéndolos así.

El autor trata en este interesante capítulo, y en su párrafo 86, de la *doctrina del moderno «anticristianismo»*, hablándonos de Nietzsche, que también en España ha hecho sus estragos, de este pensador de pura cepa teológica, cuya irreligiosidad es una forma aguda de religión, de este pobre espíritu atormentado por la angustia metafísica y la religiosa, por el problema pavoroso del destino individual y de la inmortalidad—tormento que le llevó a lo de la «vuelta eterna»—de ese caso agudo de erostratismo. Se ha tomado mal su doctrina del sobre-hombre, que aparece ya en San Pablo y aún antes, como él tomó mal el principio darwiniano de la sobre-vivencia de los más aptos. De los más aptos, digo, y no de los más fuertes. ¿Y quiénes son los más aptos? ¿Quiénes los más fuertes? Recuerdo que hace años, siendo yo estudiante, me produjo honda impresión oir a un estudiante de medicina decir que el Estado debía prohibir la vacunación de los niños, pues si desde el punto de vista del padre estaba esto bien, al Estado le convenía ciudadanos robustos y eliminar en su primera edad los débiles, librándolos así de la infelicidad, y que la viruela se encargaría de eliminarlos. Y ya entonces di en pensar en ello, y me dije: «pero ¿han de ser infelices los que éste llama débiles? Y sobre todo, la vi-

ruela mataría a los organismos débiles para resistirla, para resistir la viruela; pero ¿hemos de declararlos por eso débiles en absoluto? ¿Quiénes son los débiles?» Y hoy en que oigo a menudo tachar a éstos o los otros de débiles, de fracasados, de vencidos, de enfermos, me digo: ¿quiénes son los débiles? La resignación, la mansedumbre, la paciencia cristianas, tan mal entendidas por unos y tan mal practicadas por otros, ¿no son acaso poderosa arma en la lucha por la vida? Con frecuencia se rompe antes el martillo que el yunque, pues no sufre menos aquél con los golpes que da, que éste con los que recibe. La resignación, la resignación activa, no la pasiva, no consiste en cruzarse de brazos, sino en no volver la vista atrás ni apesadumbrarse por lo irremediable, en comprender que el porvenir es el único reino de la salud. Los grandes caracteres, los más enérgicos, han sido los más resignados, los más capaces de cumplir el precepto de Alfredo de Vigny:

... Souffre et meurs sans parler:

He aquí por qué no acepto la doctrina del párrafo 89 de este mismo capítulo, la primera parte de cuyo título dice: *Ineficacia del espíritu cristiano en la educación de individuos de razas*

débiles. Estoy convencido de que el espíritu cristiano si templa las intemperancias de los individuos de las razas llamadas, no sé bien por qué, fuertes, vigoriza a los de razas débiles. Por otra parte, el autor mismo, a pesar de su gran perspicacia, destruye esa primera parte del título del párrafo 89 con la segunda de él, que dice: *ejemplo de la instrucción jesuítica en las misiones de Sur América;* y digo que la destruye, porque la educación jesuítica no ha consistido nunca en imbuir espíritu cristiano ni fué este espíritu el que llevaron a las reducciones del Paraguay. Esto, aparte de que no estoy convencido tampoco del fracaso de aquel noble ensayo, fuera o no cristiano, que nuestro Carlos III cortó cuando no había podido aún madurar.

Repito que todo este capítulo III del libro II, escrito con un espíritu amplísimo y muy noble y elevado, merece leerse y meditarse en España hoy que frente a la barbarie tradicional quieren traernos algunos la barbarie volteriana y que hallan curso necedades anticristianas que delatan la más profunda ignorancia y la más deplorable inespiritualidad.

Es también muy interesante el capítulo IV de este mismo libro III, que trata de la cuestión de la enseñanza clásica, cuestión que en España ape-

nas existe. Porque resultan aquí hasta ridículos los ataques a la enseñanza del latín, ya que no se enseña latín en España. Y como de esto he tratado con alguna extensión en mi folleto *De la enseñanza superior en España,* no vuelvo a ella. Me limito a manifestar mi conformidad a los puntos de vista del autor.

Trata éste en el capítulo v de este mismo libro III de los planes de estudios secundarios, y hay en él una interesantísima referencia a esa perniciosa separación entre los estudios de ciencia y de letras. Mil veces he observado, en efecto, cuán iliteratos son nuestros hombres de ciencia, qué mal escriben y exponen, qué pesados y soporíferos son, y cuán incientíficos nuestros literatos, qué enormes disparates sueltan, qué hueros y superficiales resultan. Desde aquel literato que al decirle yo de un amigo mío que era ingeniero me respondió: «¿Ingeniero? ¡Ah, sí! ¡Uno que se ocupa en cosas sin importancia!» hasta un amigo mío que suele decirme: «¿Poeta? Bueno, sí, ¡un pobre inútil!» hay toda una gradación de figuras. Desdeñar la poesía arguye tanta estrechez de espíritu como desdeñar la geometría. Y ambas necedades se dan. Y en España no es cierto, como se dice, que nos pierdan la retórica y la oratoria, sino la mala retórica y la mala oratoria,

contando entre la mala a casi toda la que pasa por buena. Y cuando uno de nuestros hombres de ciencia se mete a literato o uno de nuestros literatos a hombre de ciencia, parécenme aquél un elefante bailando en una maroma y éste una ardilla revolviéndose en una jaula. Lo que nos hace falta no es dar a todos una sólida instrucción en ciencias y en letras, sino no enseñar éstas disociadas, sino asociadas. La metafísica que se enseña en nuestras Facultades de Letras es deplorabilísima, porque carece de toda sólida base científica, así como las ciencias carecen de base filosófica; disértase en nuestras cátedras de filosofía acerca de la noción del infinito sin la menor tintura de cálculo infinitesimal y se enseña ciertas ciencias sin el menor vislumbre del problema del conocimiento. De aquí ese desecho de escolástica manida de una parte, y de otra parte esos matemáticos que creen que la única ciencia exacta son las matemáticas, las matemáticas que, como el arsénico, en debida proporción y mezcladas con otras sustancias, fortifican, y, pasando de la medida y administradas solas, envenenan la mente.

Agréguese, y lo he dicho antes de ahora, que en países tan atrasados como el nuestro y de tan menguada y tan poco difundida cultura general,

la especialización científica tiene más inconvenientes que ventajas, con ser éstas tan grandes.

Interesantísimo es el capítulo VI sobre *Universidades;* mas de esto nada he de decir, a pesar de hallarme al frente de la más antigua y más histórica de España, y tal vez por esto mismo. He de limitarme a indicar cómo aquí en España no queda del ceremonial de la colación del grado de Doctor nada, absolutamente nada, ni aun lo que describe el autor en las páginas 387 y 388. Una vez aprobados los exámenes y la tesis, redúcese todo a un acto administrativo, a pagar los derechos y que le remitan a uno el título. Título al que, por otra parte, no se le da aquí ninguna importancia social. No sucede como en América, donde todos los que le tienen le usan, a tal punto, que solemos decir por aquí que por allá el hombre público que no es General es Doctor. Aquí llamamos Doctor al Médico, séalo o no, y los demás que tenemos tal título nunca le usamos, sobre todo de algunos años acá, pues aún quedan los que firman Doctor Fulano.

Trata el autor en el capítulo VII de la educación de la mujer; pero yo no sé qué sino me persigue, que nadie ha logrado aún interesarme por eso del feminismo, ni logro verlo como problema sustantivo y propio, y no como corolario de otros

problemas. Paréceme que desde que se han atravesado escritoras en la cuestión, rara vez se coloca ésta en su verdadero punto, en el que la colocan, v. gr., los profesores Patrick Geddes y J. A. Thomson *(The Evolution of sex)* o Havelock Ellis *(Man an Woman)*. Podrá parecer ello muy superficial y grosero, pero para mí todo el feminismo tiene que arrancar del principio de que la mujer gesta, pare y lacta, y está organizada para gestar, parir y lactar, y el hombre no. Y el gestar, parir y lactar llevan consigo una predominancia de la vida vegetativa y del sistema linfático y, con ellos, del sentido común y práctico. Hasta cuando tiene menos inteligencia, tiene más sentido común que el hombre.

He olvidado indicar las interesantes observaciones del autor respecto a la educación nacional, problema de vital importancia en España. El fundamento de los deberes de los padres para con los hijos es, a mi parecer, la herencia; no estoy para con mis hijos tan obligado por haberlos engendrado como cuanto por haberlos engendrado tales cuales son, pues son como son, en gran parte, por ser hijos míos y no de otro. Lo que principalmente debo hacer es combatir en ellos todas aquellas tendencias que de mí hayan heredado y que me hayan resultado perjudiciales en mi vida; ya que,

conforme a aquel nuestro adagio de «genio y figura hasta la sepultura» no pueda yo ya corregirme en mí mismo, estoy en el deber de corregirme en ellos, robusteciendo lo bueno que de mí saquen y amenguando, si es que no logro borrarlo por completo, lo malo que les haya trasmitido. Y de aquí mi deber de conocerme para conocerles mejor. Y este principio de la herencia, base de los deberes paternos, es también la base de los deberes de cada generación para con la que le sigue y a que educa. Difícil es que los españoles que pasamos de los veinte años nos corrijamos ya, ni espero cambio alguno radical en nuestro modo de gobernarnos; harto será que eduquemos a nuestros hijos para que mañana se gobiernen mejor. Y en esta educación compete un capital papel al Estado.

«No es posible organizar el Estado sino por medio de la educación; no es posible organizar la educación sino por medio del Estado.» Sentencia es esta del autor, con la que estoy de completo acuerdo.

Más adelante se refiere el Sr. Bunge a aquella definición que de la educación dan muchos diciendo que es un *proceso de adaptamiento al medio*. Lo cual me sugiere la idea de que aquí en España hay dos procesos de adaptamiento al me-

dio, uno el del individuo a nuestro medio social, a la sociedad española, y otro el de esta misma sociedad al medio internacional o europeo, habiendo, por lo tanto, dos tareas educativas. Hay aquí, en efecto, que educar tanto a la sociedad toda cuanto al individuo, para hacer que aquélla no quede rezagada entre los demás pueblos. Hay aquí que cumplir una labor de pedagogía y otra que llamaría de *demagogía,* si no tuviese este vocablo desde muy antiguo un sentido diversísimo, y en el fondo opuesto al que quiero aquí darle—¿por qué no llamar a esto *demagogía,* acentuado como pedagogía, dejando la vieja palabra, demagogia, para el viejo sentido?—o de demopedia, como otros dicen. Y aquí surge de nuevo una faz de la vieja cuestión de los *universales,* la de si hemos de obrar sobre los individuos por el universal o sobre el universal por los individuos, si ha de modificarse la sociedad modificando antes al individuo y obrando sobre éste o es más eficaz obrar sobre las masas, demagógicamente, para modificar a los individuos. Conozco a un insigne maestro en pedagogía, a un hombre socrático, forjador de almas, que habla de la esterilidad de los esfuerzos de un insigne político, de un hombre demosténico, movedor de muchedumbres, el cual a su vez acusa al primero de haber perdi-

do el tiempo. Por mi parte creo en la eficacia de ambos, no sabré decir en cuál de la de los dos más, pero me parece que les falta razón cuando cada uno de ellos niega en parte la del otro. Tengo mi cátedra, procuro en ella, no sólo enseñar la materia que me está encomendada, sino disciplinar y avivar la mente de mis alumnos, obrar sobre cada uno de ellos, hacer obra pedagógica; pero no desperdicio ocasión de hacerla demagógica, de dirigirme, ya por la pluma, ya de palabra, a muchedumbres, de predicar, que es para lo que acaso siento más vocación y más honda.

Tales son las consideraciones que la presente obra me ha sugerido, y una obra que sugiere algo es ya, por sólo esto mismo, una obra digna de atención. Lo es la del Dr. Bunge por muchísimos otros conceptos; sugiere, instruye y deleita. A su valor intrínseco auna otro de ocasión y es el ser de grandísima actualidad en España, donde hemos dado en la flor de hablar y escribir acerca de asuntos educacionales. Que hay algo de moda en ello, no cabe duda; después de los grandes desastres nacionales, desde el de 1870 en Francia, se lleva mucho lo de agitar problemas pedagógicos,

y decir: «no los soldados, los maestros de escuela nos han vencido», porque se resigna uno mejor a ser vencido por la mayor pericia y ciencia que por el mayor denuedo y valor; pero así y todo, la moda es muy útil. La inmensa mayoría de los españoles, aun de los que podríamos llamar cultos, dando grandísima extensión a este calificativo, maldito si creen en la eficacia del maestro de escuela ni en la importancia de los problemas pedagógicos; y si otra cosa dicen, o es de boquilla y por no desentonar o se engañan a sí mismos; les carga la ciencia y están convencidos de que los brutos e ignorantes son más felices que los intelectuales y cultos; fáltales fe en la cultura, que es en España casi exótica; óyese con frecuencia decir a hombres de carrera que para lo que sacan con ella saben bastante; todo eso del sacerdocio del magisterio es aquí una mentira tan grande como la del magisterio del sacerdocio sería; un positivismo brutal y práctico—el teórico nos liberta de este otro—infesta a nuestras clases dirigentes; en los casinos en que están siempre ocupadas las mesas de tresillo, no se ve entrar a nadie en los salones de lectura más que a leer periódicos políticos, mientras los obreros consumen folletos y libritos de propaganda; el filisteísmo de nuestra clase media se reduce a un terrible beo-

tismo; se llama teórico, soñador o idealista a quien no enfoca las altas cuestiones desde el bajo punto de mira de los intereses personales, locales o regionales; cunde la concepción hospiciana del Estado; se sostiene abierta o solapadamente que un instituto cualquiera de enseñanza es un medio de dar vida a una localidad o comarca, sin advertir no ya lo torpe, sino lo equivocado de este concepto, aun para los fines a que dicen enderezarlo sus sostenedores... mas con todo esto, cualquier obra que sobre educación se dé a nuestro pueblo será una gota más que cave en la piedra.

Y esta obra es mucho más que gota; es ya chorro. Merece bien de la cultura patria el ya de antes meritísimo de ella Sr. Lázaro al publicarla.

Febrero de 1902.

MAESE PEDRO

NOTAS SOBRE CARLYLE

NO hace mucho que he corregido las pruebas del tercero y último volumen de mi traducción de la «Historia de la Revolución francesa» *(The French Revolution; a History)* de Tomás Carlyle; todavía me retintinan en los oídos las frases del retórico inglés.

No es labor llevadera y fácil la de traducir a Carlyle, pues o se opta por *interpretarle,* glosándole más que traduciéndole, con lo que no se da ni leve remedo de la sensación que la lectura directa produce, o se violenta el castellano—y quien dice el castellano, dice respectivamente otro idioma cualquiera—como él violentaba el inglés, para reproducir en lo posible su expresión interrumpida, desmenuzada, llena del expediente tipográfico del punto y coma y su especial sintaxis en que a cada momento se sacrifica el orden que llamamos lógico al de la asociación de ideas,

y en que con tanta frecuencia precede el consiguiente al antecedente, y la apodosis a la prótasis.

En casos tales, antes me decido por violentar el castellano que por violentar el estilo propio del autor a que traduzco.

La dificultad mayor que el lenguaje de Carlyle presenta, es que parece un lenguaje dictado y no escrito por el autor mismo, y dictado a trozos y con tono a las veces sibilítico. Es el estilo de un conversacionista, que al conversar predica.

La primera noticia que de Carlyle tuve, fué por el librito de Taine *L'Idealisme anglais, Étude sur Carlyle,* librito sacado de su «Historia de la literatura inglesa», y debo confesar que el gran falsificador francés me engañó una vez más en esto. He aquí cómo empieza su estudio sobre Carlyle:

«Cuando se pregunta a los ingleses, sobre todo a los que no han llegado a los cuarenta, quiénes son entre ellos los hombres que piensan, citan ante todo a Carlyle; pero a la vez os aconsejan que no le leáis, advirtiéndoos que no le entenderéis palabra. A esto apresúrase uno, como es na-

tural, a cojer los veinte volúmenes de Carlyle, crítica, historia, folletos, fantasías, filosofía; se los lee con emociones muy extrañas, y desmintiendo cada mañana el juicio que se formó la víspera. Descúbrese al fin que se está ante un animal extraordinario, residuo de una raza perdida, especie de mastodonte descarriado en un mundo que no está hecho para él. Alégrase uno por esta buena fortuna zoológica, y se le diseca con una curiosidad minuciosa, diciéndose que no se encontrará acaso otro como él.»

Excusado es decir que fuí al punto en busca del mastodonte, y me encontré con que se le entiende perfectamente y sin gran esfuerzo, con que es un escritor muy de su país y muy de su tiempo, y con que no tienen la mayor novedad sus ideas. Es, sencillamente, un retórico puritano, una especie de Víctor Hugo que amontona metáforas, apóstrofes, epifonemas y prosopopeyas para hablarnos de la caducidad de las cosas y de cómo el río del Tiempo fluye sin descanso a perderse en el mar de la Eternidad. El Tiempo y la Eternidad—que los escribía así, con letra mayúscula—son sus dos preocupaciones. La mayor parte de la obra carlylesca es un comentario al tema encerrado en la primera de las coplas de nuestro Jorge Manrique. Cuando se le lee mucho, como a

mí me ha sucedido en algún tiempo, acaba por encontrársele monótono, y gracias a que escribiendo mucho de historia la materia le imponía forzosamente cierta variedad.

Nada me sorprende que Taine me engañara, pues no conozco escritor más hábil para falsificar la realidad con datos exactos y verdaderos. Cada una de las noticias que da está escrupulosamente compulsada, certificados los hechos que aduce, los detalles son exactos; pero están noticias, hechos y detalles de tal modo seleccionados y agrupados, se da tal maña en la perspectiva, que el conjunto resulta casi siempre la justificación de una tesis previa. Es un caso típico de falsificación con noticias verdaderas, caso tan común en la historia.

Más verídico que Taine me parece Carlyle mismo, porque en éste la filosofía es algo sobrepuesto y como pegadizo, y no algo que encarne en el relato. Su extraordinaria visualidad, su afición a lo pintoresco, su gusto por la historia como mero arte, como espectáculo, le salva de tergiversar los hechos más de lo que los tergiversa. Hay un fondo homérico en este predicador puritano; la fantasía le domina, y describe la fiesta al Ser Supremo con la mayor objetividad. Mas de ordinario no puede resistir al deseo de meterse

entre los muñecos que maneja y de salir a su escenario, y he aquí por qué le llamo Maese Pedro.

La «Historia de la Revolución francesa», de Tomás Carlyle, me recuerda, en efecto, la titerera de Maese Pedro, o en general, un teatro Guiñol. Arma su tinglado, monta las figuras, se coloca él, Carlyle, dentro, y empieza a traerlas y llevarlas y hacerlas accionar, viéndosele no pocas veces las manos, y a hablar por ellas remedando voces. De vez en cuando interrumpe la representación, y asomando la cabeza por detrás del tinglado suelta a los espectadores un sermón en que hay mucho de «lúgubre», «sombrío», «preternatural», «limbo», «misterio fuliginoso», «Orco», «Tártaro», «Caos», «negruras sulfurosas de eternas tinieblas», «monstruo», «prodigio», «frenesí», «terror», «horror», «pavor», «rumor», y sobre todo, «TIEMPO», escrito así, en letras mayúsculas todo él, y «Eternidad» o la «eterna noche». Y vuelve a meter la cabeza para continuar su cuento.

Cuando retira para siempre a alguno de sus muñecos, no deja de decirnos que «se desvanece

volviendo a la nativa noche», o algo así por el estilo, y le dirige unas cuantas palabras de despedida, porque acostumbra a hablar con sus títeres y no sólo por ellos. Cuando cojen preso a Mr. de Cazotte, le dice: «¿Por qué, oh Cazotte, abandonaste el noveleo y el *Diable amoureux* por una realidad como ésta?» (Vol. II, lib. I, cap. II.)

A cada momento se dirige a sus muñecos para animarles, consolarles, reprenderles o prevenirles, ejerciendo de profeta *a posteriori*. «¡Oh, despierto Dumouriez Polimetis, el de la fecunda cabeza, que los dioses te sean propicios!» (Vol. III, lib. I, cap. III.) A Maillard, el guión de las ménadas, como le llama: «¡Esperaba uno, oh Estanislao, encontrarte en otro sitio que no aquí, astuto ujier montado, con tinte de ley! Tienes que llevar a cabo esta obra, y luego... desaparecer para siempre de nuestra vista.» (Vol. III, lib. I, capítulo IV.) Cuando al representar el asedio de Lille, saca al barbero aquel que al estallar una bomba cojió un casco de ella, metió en él jabón y espuma, y gritando: *voilà mon plat a barbe,* «he aquí mi bacía», afeitó en el sitio a catorce personas, no puede menos que decirle: «¡Bravo, buen rapista, digno de afeitar al viejo y espectral Caparroja y de hallar tesoros!» (Vol. III, lib. I, capítulo VII.) Después de haber puesto en escena la

muerte de Marat a manos de Carlota Corday, exclama: «¡Oh vosotros dos, desdichados, que os extinguisteis mutuamente, la hermosa y el escuálido, dormid en paz, en el seno de la madre que os parió a ambos!» (Vol. III, lib. IV, cap. I.) «¡A esta conclusión has venido, desgraciado Luis!» le dice a Luis XVI, o Capeto Veto, como gusta llamarle cuando queda votada su muerte.

Agréguese que juega Maese Pedro con los pronombres personales hasta tal punto, que no se sabe a punto fijo quiénes somos *nosotros,* quiénes *vosotros* y quiénes *ellos.* Pónese unas veces de parte de los unos, y fingiéndose de ellos, dice: «Vamos a hacer esto o lo otro, apresurémonos, tomemos tal o cual resolución», y al poco rato ya está de la otra parte, y los hasta aquí *vosotros* hanse convertido en *nosotros.* Veces hay en que se le ocurre fingirse uno de sus muñecos, y decir por boca de éste lo que respecto a él se le ocurre, como cuando hace decir a Desmoulins: «Casi llego a conjeturar que yo, Camilo mismo, soy un conspirador y muñeco con hilos.»

Se ha visto que a Maillard le llama el «guión de las ménadas», a Dumouriez «Dumouriez Polimetis», a Luis XVI «Capeto Veto». El poner motes es, en efecto, una de sus gracias; apenas hay muñeco a quien no le conozca por algún alias o

motajo. A Beaumarchais le llama «Caron de Beaumarchais», a Roland «el veto de los bribones»; rara vez nombra a Robespierre como no sea llamándole «el cetrino incorruptible», a Marat «el Amigo del Pueblo», a Clootz «el orador de la Humanidad», etc., etc. No debe, pues, extrañar que, aplicándole su propia medida, le llame yo Maese Pedro. Los nombres propios le parecen algo incoloro e insignificativo, algo convencional (véase lo que acerca de los nombres dice en el cap. I del libro II del *Sartor Resartus),* y prefiere los motes puestos en vista de alguna cualidad del personaje o en recuerdo de alguna de sus hazañas u ocurrencias.

Persigue siempre lo pintoresco; en la escena de su Guiñol la *mise en scène,* las decoraciones, el *attrezzo,* son de grandísima importancia. Siente como pocos la importancia de los más menudos detalles. Cuando representa en su titerera la fiesta del Ser Supremo, de Mumbo-Jumbo (así se titula el cap. IV del lib. VI en que la describe), no deja de presentarnos a «Mahoma Robespierre con chupa azul celeste y calzones negros, rizado y empolvado a perfección, llevando en la mano un ramillete de flores y espigas de trigo»; y cuando saca a Luis XVI para llevarle al patíbulo, no olvida vestirle como se debe, con «chupa oscura,

calzones grises y medias blancas». Es un excelente director de escena; no descuida gesto, mueca, *tic,* peculiaridad alguna de vestido, porte o lenguaje. En tal respecto es un historiador artista, interesado en su relato por el relato mismo. La filosofía que extrae de los hechos es una filosofía que parece, ya lo he dicho, sobrepuesta a ellos; el relato mismo y las enseñanzas que de él saca son dos cosas distintas, no siempre bien ligadas. De aquí su constante digresionar.

Las digresiones son, en efecto, frecuentísimas; a cada momento interrumpe la representación para encarecernos alguna de ellas. A las veces son de carácter concreto, se refieren a alguna circunstancia que la asociación de ideas le trae a las mientes. Así, al dar cuenta de los nobles ancianos a quien se llevaba a la guillotina en los cajones, al anciano Malesherbes, con sus parientes, hijas, hijos y nietos, sus Lamoignons y Chateaubriands, acuérdase del autor de las *Memorias de Ultratumba* y exclama: «Sólo un joven Chateaubriand queda viajando entre los Nachez, junto al rugir de las cataratas del Niágara, al gemir de las inmensas selvas. ¡Salud, gran Naturaleza, salvaje, pero no falsa, no mala ni inmaternal; tú no eres fórmula ni rabiosa disputa de hipótesis, de elocuencia parlamentaria, de construcción de consti-

tuciones y de guillotina! ¡Háblame tú, Madre, y canta a mi corazón enfermo tu mística y eterna canción de cuna y quede lo demás lejos!» (Vol. III, libro VI, cap. III.)

Mas de ordinario sus digresiones son de un género más general y abstracto y se reducen a glosas y comentarios de unos cuantos temas, entre ellos el de la caducidad de las cosas y la vanidad de las fórmulas.

Y así exclama, v. gr., al hablar de los debates de la Convención y recordando las tumultuosas asambleas de los antiguos galos:

«Reñían en lengua céltica aquellos Brenos y no eran sansculotes, sino más bien eran las bragas *(bracae,* de fieltro o cuero crudo, se dice), lo único que tenían, estando, como atestigua Tito Livio, desnudos hasta los muslos; ¡y ved que son todavía la misma especie de obra y de hombres, ahora que se han hecho con trajes y hablan nasalmente una especie de latín corrompido! Pero, en resolución, ¿no envuelve el TIEMPO a esta Convención nacional presente, como envolvió a aquellos Brenos y antiguos Senados augustos, de bragas de fieltro? El Tiempo, sí, y también la Eternidad. Sombrío crepúsculo del Tiempo—o mediodía que se hará crepúsculo—, y luego noche y silencio; y el Tiempo, con sus vanos ruidos

todos, es tragado en el tranquilo mar. Compadécete de tu hermano, hijo de Adán. ¡La más irritada y vana jerga de que se sirve no es propiamente más que el llanto de un niño que no puede *decir* lo que le molesta, pero que se siente mal por dentro, y ha de seguir llorando y berreando hasta que le coja su madre y le lleve a dormir!» (Vol. III, lib. II. cap. I.) Por este estilo son las más de sus digresiones.

Otro de sus temas favoritos es convencernos de que todo lo que en su tinglado nos presenta es representación de realidad y no de ficción, de positiva y sólida realidad en el más hondo sentido de la palabra. Jamás he podido comprender cómo Taine llamó idealismo y hasta ultra-idealismo a la especie de filosofía que para comentar sus historias gastaba Carlyle, pues yo la llamaría más bien ultra-realismo. Verdad es que nada hay más confuso e incierto que esa distinción entre idealismo y realismo, a tal punto, que para muchos es Berkeley el representante del más genuino realismo, y acaso tengan razón en ello.

Todo puede atribuírsele a Carlyle menos propensión al fenomenismo; más bien se le podría suponer adepto de cierto realismo un tanto tosco, en que se siente con fuerza la personalidad concreta, el hombre de carne y hueso que ha de sal-

varse o perderse para siempre, y no en la memoria de los demás hombres tan sólo. El idealismo trascendente germánico no era en el espíritu de Carlyle más que superficial; por debajo latía el alma misma de Bunyan, la de los sombríos puritanos obsesionados por el problema de su propia justificación personal y de la salvación eterna de su alma. Teniendo en escena a Marat y a los que en la Convención le acusan, exclama: «Gritad vosotros, los setecientos cuarenta y nueve; es Marat, él y no otro. No es Marat un fantasma del cerebro o mero impreso de tipos de imprenta, sino una cierta cosa material, de carne y hueso, de baja estatura. Ahí le tenéis en su negrura, en su sombría escualidez, viviente fracción del Caos y de la vieja Noche, en carne visible, deseoso de hablar.» (Vol. III, lib. II, cap. I.) Y para recalcar más esto de que era Marat un hombre de carne y hueso como los demás, con su historia, al contarnos cómo una vez muerto a manos de Carlota Corday, llegó de Neuchâtel un hermano suyo a pedir a la Convención el mosquete del difunto Juan Pablo Marat, nos dice: «Porque Marat tenía también un hermano y afectos naturales, y estuvo alguna vez envuelto en mantillas y durmió tranquilo en una cuna, como el resto de nosotros.» (Volumen III, lib. IV, cap. I.)

Y tan fuerte es su realismo, que llega a la más aguda expresión de lo que en filosofía escolástica se llamaba realismo, contraponiéndolo al nominalismo. Es uno de los más frecuentes artificios de Maese Pedro el de emplear el abstracto por lo colectivo, proceso que las lenguas lo cumplen naturalmente. Para él «la respetabilidad» son las personas respetables, «el patriotismo» los patriotas, «el realismo» los realistas (partidarios del rey). Su realismo no excluye nada; tan palpable le parece una idea como un hombre, ya que en su escenario han de tomar las ideas forma concreta. El teatro no admite entidades abstractas, y en Carlyle todo es teatral.

Se ha dicho que el teatro es el arte de las preparaciones, y lo cierto es que Maese Pedro se preocupa de preparar las escenas que han de venir. Y uno de sus procedimientos es el de la profecía. Creo que ha sido D. Juan Valera quien ha dicho que la filosofía de la historia es el arte de vaticinar lo pasado, y la frase es muy feliz y muy graciosa. Maese Pedro acostumbra, cuando saca a escena a alguno de sus muñecos, a decirnos: «éste va a acabar mal», para añadir más tarde: «¡ya os dije que no podía acabar bien este sujeto!» Cuando el rico Lepelletier Saint-Fargeau tiene que pronunciar su voto respecto al

castigo a Luis, y exclama: «¡muerte!», añade Maese Pedro por su cuenta: «palabra que puede costarle cara», porque ve en el papel que Lepelletier morirá asesinado; cuando presenta a Chalier, de Marsella, añade: «un hombre que no es probable que acabe bien»; y cuando el tribunal le sentencia a muerte, dice Carlyle desde detrás de su tinglado: «ya dijimos que no podía acabar bien».

Entre este chaparrón de metáforas, prosopopeyas, epifonemas, vaticinios y digresiones, no faltan patochadas que podían haber ido a la colección de Flaubert. Una vez exclama solemnemente: «Hoy no es ayer, ni para el hombre ni para las cosas». (Vol. II, lib. III, cap. I.) En esto de las patochadas y solemnidades perogrullescas dudo que se le encuentre rival más digno que Víctor Hugo, que es acaso el escritor al que más se parece, aunque Carlyle con alguna más metafísica que éste.

Hay ocasiones, sin embargo, en que el mismo Carlyle comprende lo enfático, falso y absurdo de su posición, adoptando entonces el cómodo artificio de poner en boca de algún supuesto personaje lo que de propia cuenta dice. Tiene un muñeco que le representa en tablas, cuando no se atreve a hablar por sí desde su escondrijo. En

una de estas ocasiones, al final de su *Historia de la Revolución Francesa*—obra a que se contraen estas notas—, cuando quiere cerrar el drama con una especie de epílogo, se cita a sí mismo, reproduciendo un pasaje de su *Collar de diamantes* (en las *Misceláneas),* y al citarlo dice: «En resumen, ¿no se ha cumplido lo que había profetizado *ex post-facto,* es cierto, el archicharlatán Cagliostro u otro?» Y aquí sigue una larga cita, que no reproduzco, pero que debe leerse como de lo más típico carlylesco, una cita en que entran ángeles. Uriel, Anaquiel, el Pentágono de Rejuvenecimiento, el Pecado Original, la Tierra, los Cielos, el Limbo Exterior (todo con letra mayúscula), la Impostura, los Tronos, las Mitras, el Carro de Faraón, el Mar de Fuego, el Rey, la Reina, Iscariote Egalité (Felipe de Orleans), de Launay, la Bastilla... y qué se yo qué más. De todo esto habló «en arrebatada visión y asombro» *(in rapt visión and amazement)* el archicharlatán Cagliostro u otro. ¡Archicharlatán! *¡Archquack!*

¡Archquack! ¡Archicharlatán! He aquí la calificación que mejor cuadra a Maese Pedro y la que se dió a sí mismo. Y con todo y con esto, ¡qué fuente de sugestiones, de enseñanzas, de emociones y de ideas, una obra de Carlyle! ¡Cómo en-

tretiene y cómo enseña la titerera de Maese Pedro! Momentos hay en que el muñeco se agranda a nuestros ojos, cobra vida, se anima, y vemos, no a un perfecto actor que representa a Danton, verbigracia, sino a Danton mismo, en cuanto nos sea dado verlo. Y por otra parte, esta manera de presentarnos la historia, imaginada, rompe a las veces la serie temporal en que de ordinario la vemos presa, y parece que la sucesión se convierte en simultaneidad y el tiempo en espacio, y que conviven y obran y reobran unos sobre otros los hombres de todos los tiempos. Pocos historiadores han sentido más vivamente lo de que la eternidad es la sustancia del tiempo y no el conjunto del ayer, hoy y mañana, que no es la serie infinita, sin principio ni fin, de los movimientos todos, sino la inmutabilidad sobre que éstos se sustentan. Lo único real son la eternidad y la idealidad que en el tiempo y en la realidad se nos muestran; tal es la filosofía toda de Maese Pedro Carlyle, filosofía a que llegó en fuerza de visión de lo temporal y concreto.

Mayo de 1902.

CIUDAD Y CAMPO

(DE MIS IMPRESIONES DE MADRID)

CADA una de mis estancias—nunca largas—en Madrid, restaura y como que alimenta mis reservas de tristeza y melancolía. Me evoca la impresión que me causó mi primera entrada en la corte, el año 80, teniendo yo diez y seis; una impresión deprimente y tristísima, bien lo recuerdo. Al subir, en las primeras horas de la mañana, por la cuesta de San Vicente, parecíame trascender todo a despojos y barreduras; fué la impresión penosa que produce un salón en que ha habido baile público, cuando por la mañana siguiente se abren las ventanas para que se oree, y se empieza a barrerlo. A primeras horas de la mañana apenas se topa en Madrid más que con rostros macilentos, espejos de miseria, ojos de cansancio y esclavos de espórtula. Parece aquello un enorme buho que se prepara a dormir; aquellas auroras parecen crepúsculos vespertinos. Fuí a parar a la casa de Astrarena, donde viví el primer cur-

so, allá, en sus alturas, y recuerdo el desánimo que me invadió al asomarme a uno de los menguados balconcillos, contiguos al tejado, que dan a la calle de Hortaleza y contemplar desde allí arriba el hormigueo de los transeuntes por la red de San Luis, calle de la Montera y de Hortaleza. Estas emociones reviven en mí cada vez que entro en Madrid.

Líbreme Dios de caer en las vulgares e injustas declamaciones regionalistas en contra de la corte, pues sé bien que es ésta la primera y más sufrida víctima del centralismo. Tomo aquí a Madrid como tipo de grandes ciudades, por ser la única en que he vivido algún tiempo—no mucho, pues sumando las distintas temporadas no llegará a cuarenta y ocho meses—y que conozco algo. No me propongo presentar al lector datos objetivos respecto a la vida madrileña, comparados con los de la vida en las pequeñas villas y en el campo: he de limitarme a consignar mis personales y propias impresiones de vida de la ciudad, noticias de peculiar experiencia, comentándolas con el auxilio de consideraciones de orden muy general y acaso sobrado especulativo.

Serán estas líneas, más que contribución estrictamente científica al punto sociológico de la influencia de los condensados centros de población

sobre el espíritu de los pueblos y su proceso de cultura, observaciones en que presento el fruto de mi experiencia en uno de esos centros, interpretada por la filosofía que he ido adquiriendo de mis lecturas y mis reflexiones sobre ellas y sobre mi propia vida.

Por lo que hace a la cuestión concreta de la influencia de un centro de población como Madrid sobre el pueblo de que su vecindario se extrae ordinariamente, sólo puede esperarse aclaraciones de un estudio estrictamente científico y objetivo emprendido en laboratorios de psicología experimental. Sólo se estará en camino de hacer luz en el problema cuando se compare el modo de reaccionar a las excitaciones del ambiente los sentidos de un organismo humano formado en la gran ciudad y los de otro organismo formado en el campo. Mucho más que las vaguedades de la espontánea experiencia personal—como son, después de todo, lo que aquí he de exponer—valdrían para acercarnos a una solución los resultados de una experimentación sistemática que nos dijese, verbigracia, si el madrileño distingue más o menos matices de color que un lugareño, o si tiene mejor o peor olfato, o en cuánto discrepa su tiempo de reacción del de éste, o si es capaz de más o menos prolongada atención, etc., etc.

Con estas prevenciones me curo en salud respecto a lo que pudiera objetárseme acerca del valor de cuanto voy a decir, pues mi propósito es dar sugestiones más que instrucciones y volver a llamar la atención, sobre todo hacia ciertos problemas. Y entro en materia.

Suelo experimentar en Madrid un cansancio especial; al que llamaré cansancio de la corte. Cuando en esta tranquila ciudad de Salamanca salgo de paseo, carretera de Zamora adelante, se me cansan las piernas, seguramente, pero descansa y se refresca mi sistema nervioso. El camino está franco y despejado, no encuentro en él detención alguna, nada me distrae, mi paso es igual, sin que haya de menester variarlo, y mi vista reposa en la contemplación, ya de la lejana y ahora nevada sierra, que parece un esmalte del cielo, ya en la vasta llanura de la Armuña, en que se tienden algunos pueblecillos, ya, a mi regreso, en la vista de la ciudad, dominada por las altas torres de su Catedral y su Clerecía. Luego a casa, me siento a trabajar, y a la vez que mis piernas descansan, actívase mi cerebro refrescado por el paseo. Pero

si en Madrid bajo por la calle de Alcalá y paseo de Recoletos «sobre las viejas losas que se han sacado de las canteras para preparar a los pies del hombre una superficie seca y estéril» *(Obermann,* carta IX) o recorro calles, he de variar constantemente de marcha; una pareja que está en la acera charlando y me obliga a ladearla, el transeunte de delante que va más despacio que yo, un coche que se me cruza cuando voy a atravesar una calle, éste que me saluda, aquél que me llama la atención, el otro que parece mirarme como a persona conocida, a cada momento rostros nuevos, conocidos y desconocidos, todo ello exige una serie de pequeñas adaptaciones, que convierte mi marcha en un acto mucho menos automático. Cada una de estas lijeras y casi insignificantes variaciones parece no tener importancia; pero la serie de ellas es como una descarga continua que acaba por llevarme a cierto estado de fatiga sobreexcitante, casi de irritabilidad. Y llego luego a casa, y en vez del silencio y la quietud grandes que como en cariñoso regazo recojen nuestro sueño en el campo o en las tranquilas villas de reposado vivir, es ya un coche, ya rumor de gente que sale de un teatro, ya cualquier otro ruido que nos perturba el sueño. Me parece difícil que sea verdaderamente reparador el sueño en

una casa que a cada momento vibra al pasar un coche por la calle.

Yo no sé si eso que llaman neurastenia será una enfermedad especialmente ciudadana; pero si no lo es, merecía serlo. Lo que sí creo que pueda afirmarse es que las grandes ciudades produzcan lo que podemos llamar cerebralismo.

Ha de haber, sin duda, cierto equilibrio entre la vida de nutrición y la de relación; el mundo que nos rodea entra en nosotros por los alimentos y por las excitaciones sensoriales, por el estómago y los pulmones de una parte, y por los sentidos de otra. Son los dos elementos del ambiente.

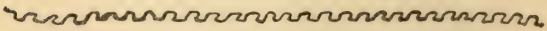
De ese equilibrio, constantemente roto y reproducido, arranca el ritmo de la vida. Y en las ciudades me parece que la serie de las excitaciones sensoriales, que las variadas excitantes que por los sentidos nos entran, menudea tanto y es tan compleja, que apenas nos deja lugar a reponernos de ella lo debido. Es lo que se dice cuando se afirma que en las ciudades se vive demasiado aprisa.

Muchas veces me he parado a reflexionar en lo terrible que es para la vida del espíritu la profesión del periodista, obligado a componer su artículo diario, y ese nefasto culto a la actualidad que del periodismo ha surgido. El informador a

diario no tiene tiempo de digerir los informes mismos que proporciona. Me imagino la labor mental de un hombre que vive en reconfortante reposo, «lejos de la enloquecedora muchedumbre», *far from the madding crowd,* que dijo Gray, estudiando con calma y produciendo con calma también, en lento ritmo. Observo en mí mismo que paso temporadas de verdadero anabolismo espiritual, períodos de asimilación, en que leo, estudio, reflexiono y veo surgir en mi mente nuevos núcleos de ideas o empezar a reducirse a sistemas de ellas verdaderas nebulosas ideales, y otros períodos de catabolismo espiritual, en que me doy a escribir, a las veces desordenamente, para expulsar ideas. El *nulla dies sine linea* de Zola me ha parecido siempre lema de un fabricante de novelas, a 3,50 el tomo. Y ahora, para amenizar esto un poco, voy a permitirme representar esta periodicidad cuando se cumpla en condiciones de normal tranquilidad, sin el apremio de la producción a jornal ni el espectro repulsivo del ídolo Actualidad, con esta curva:

Las oscilaciones pueden ser más y de menor amplitud cada una, y tal ocurre cuando esos dos períodos mentales, el de asimilación y el de pro-

ducción, se suceden con mayor rapidez. Y así tendremos otra curva



cuyo desarrollo es igual al de la otra; es decir, que si tiramos de los dos extremos de ambos, las líneas resultarán iguales. Y si continuamos suponiendo que las oscilaciones sean cada vez más en número—dentro de un mismo espacio de tiempo—y más pequeñas, por lo tanto, tenderá la línea a la recta; es decir, a que el anabolismo y el catabolismo mental coincidan, destruyéndose así.

Tal sería un estado en que se asimilara y se produjera a la vez, en que el recibir y el dar un conocimiento fuera una misma cosa. A tal estado se acercan los desgraciados periodistas. Para un *reporter,* oir una noticia es darla; no reflexiona en ella. Se encuentra en la lamentable situación de un taquígrafo, que al levantarse la sesión de que tomó nota no sabe lo que en ella se trató. Por mi parte, conozco ese estado de ánimo, y lo conozco por la tarea de traducir a tanto el pliego. Si he querido enterarme de los más de los libros que he traducido, he tenido que leerlos después. El corrector de pruebas conoce bien esto mismo.

Ese triste estado en que el ritmo mental tiende a la recta, es decir, de hecho a la monotonía, es

un estado, a mi parecer, predominantemente ciudadano. Aseguro que para mi gusto nada hay más monótono ni más fatigante que los *chroniqueurs* parisienses, y en general los escritores todos de la gran *Ville Lumière,* de ese insoportable París. Se lee una obra de una de esas reputaciones del *boulevard* o del barrio latino, y se han leído todas las suyas y además todas las de sus congéneres. Y nada digo del género chico de los teatros de Madrid, porque al fin y al cabo, su tremenda monotonía sirve a las mil maravillas para provocar el sueño de los infelices espectadores. No hay sino observar atentamente a la gente que de noche sale de los teatros madrileños, para caer en la cuenta de que, aunque no lo crean ellos, van sonámbulos. El teatro en Madrid tiene, ante todo y sobre todo, una función hipnótica; prepara para el sueño a los espíritus sobreexcitados por aquella descarga de menudencias callejeras de que hablé antes.

Sobre esto de la monotonía de las grandes ciudades, debe leerse lo que dice Senancour en la carta LXXXVIII de su *Obermann,* al comentar su afirmación de que en aquéllas, las ocupaciones o las distracciones son siempre poco más o menos las mismas, adoptándose de grado una manera de ser uniforme, mientras que en una quebrada de

los Alpes, los días de diez y ocho horas se parecen poco a los de nueve. Pero es un una uniformidad poco nutrida, no es la monotonía de vida exterior, que permite y aun favorece la mayor riqueza de vida interior. Como dice el mismo *Obermann* en su carta X, fechada en París, «no hay aquí medio entre la inquietud y la inacción; hay que aburrirse si no se tienen negocios o pasiones».

De aquí el que la superficialidad sea un padecimiento urbano. El principal centro productor de ramplonerías en España son los cafés de Madrid. Y encima, para agravar la cosa, viene el ingenio, ese condenado ingenio que es la mueca de la genialidad. «Hacer frases», esta es la deplorable habilidad de la flor de ese cansadero, «hacer frases», excitaciones rápidas, breves y fugitivas para el espíritu. *Glissez, n'appuyez pas:* este es el estúpido lema que ha brotado de esas conglomeraciones del *homo urbanus.* Ha inventado, además, la moda, es decir, la monotonía en el cambio.

Antes de ahora he dicho que mucho más pesada que un oso es una ardilla dando vueltas en una jaula. Es terrible eso del hombre que «consume, sin gozarla, una duración inquieta e irritable, semejante a esos insectos siempre movibles, que

pierden sus esfuerzos en vanas oscilaciones, mientras otros tan débiles, pero más tranquilos, les dejan tras de sí en su marcha directa y siempre sostenida». *(Obermann,* carta VII.)

Y ahora me acuerdo de aquella triste novela de Wells, *When the Sleeper Wakes,* «cuando el durmiente se despierte»; y de esa visión aterradora de las grandes ciudades del porvenir; y me acuerdo del noble Ruskin y de los ensueños de Loria respecto a nuestra futura civilización y del apocalipsis de Enrique George. Acaso la civilización va demasiado deprisa y no podemos seguirla; nuestra obra nos supera. Nuestros artefactos, inventos y producciones de todas clases, exceden en complejidad y extensión a lo que nuestro espíritu haya podido complejizarse y extenderse. Las máquinas van más deprisa que nuestro organismo, y hoy las hay que exigen para manejarlas un esfuerzo de atención, para el que no está tal vez preparado el actual sistema nervioso humano. Es lo que pasa con los automóviles,que andan haciendo estragos por esas carreteras, porque nuestros arrieros tienen la costumbre de echar la siesta sobre sus carros, y las mulas no están habituadas a ese ruidoso artefacto y se espantan. Se nos está indigestando en gran parte la civilización.

De aquí el que muchos juzguen próximo uno de

aquellos *riccorsi* del buen Vico; el desequilibrio aumentará; irá el hombre acumulando medios, inventos, obras y no poniendo su propio espíritu al nivel de ese progreso, y vendrán unos nuevos y salvadores bárbaros, que es de esperar salgan de los anarquistas, a restablecer cierto equilibrio relativo. Entonces se quemarán todos los libros que para nada sirven, corrigiendo esa funesta manía de almacenarlos en bibliotecas, y se destruirá buen número de ferrocarriles.

Se destruirá acaso buena parte de la civilización; pero ha de ser, si así es, para salvar la cultura. Además, cierta selección se impone, pues si damos en convertir al mundo en un museo y en conservar todas las reliquias del pasado, no va a quedar sitio para lo nuevo. Hay escritores, verbigracia, que en beneficio de su nombre, deben pasar con una o dos composiciones a una antología. Y en general cabe decir que conviene *antologizarlo* todo.

Debo aquí declarar que tengo horror al telégrafo y que casi nunca acudo a él. Me parece un síntoma de grave enfermedad social, de urbanismo, eso de telegrafiar en un estilo disparatado y con el menor número posible de palabras, lo que no hace maldita la falta que llegue en una o en veinticuatro horas. El telegrafismo ha tenido una fu-

nesta influencia en la prensa, contribuyendo a crear—por paradójico que parezca—eso que llaman estilo brillante, y que es el más torpe disfraz de la monotonía de pensamiento. Y ahora a Madrid me vuelvo.

Cuando alguien quiere decidirme a que pida mi traslado a Madrid—lo cual podrá llegar a serme dolorosa necesidad, sobre todo por causa de mis hijos, algún día—me dice que hay allí más medios de estudio. Y es precisamente en la superabundancia de esos medios donde veo peligro para mis fines. Les tengo miedo a las revistas que se reciben en el Ateneo, temblando de acabar en lector de catálogos. Aquí, en Salamanca, atenido a los pocos libros modernos que me puedo procurar con mis escasos recursos pecuniarios, y a los no muchos que las bibliotecas y los amigos pueden ofrecerme, lo que leo, lo leo con calma y hasta apurarlo; pero allí, en Madrid, llego al Ateneo, empiezo a revisar revistas y dejo la una y tomo la otra y nada saco de provecho. Mientras estoy leyendo un artículo, me está bailando en la retentiva el título de otro. Y así empezando por leer libros, se pasa a leer revistas y luego revistas de revistas y catálogos al cabo. Se enreda uno en el exceso de material. Hay aquí, en Salamanca, una hermosa Concepción de Ribera, y

tantas veces la he visto, y con tanta calma cada vez, que me la sé de memoria y la he sacado casi todo el fruto que pudiera, y en cambio recuerdo mi paso a la carga por una de las más ricas pinacotecas de Italia, de la que no conservo imagen alguna precisa y clara.

«¡Es que en Madrid se hace la vida que se quiere!»—dicen, y esto no es verdad. De mí sé decir que en la corte no sé defenderme de mí mismo. Y hay, además, que defenderse de los enemigos del alma. Cada noche me retiro en Madrid a mi alojamiento, proponiéndome no volver a tal o cual círculo a oir estas o las otras simplezas o ingeniosidades—las de siempre, las que se sabe ya uno de memoria—y sin embargo, al día siguiente, salgo y me llevan allá las piernas, o mejor dicho, me lleva allá la solicitación del ámbito... Y doy indefectiblemente en *flanear* por la Carrera de San Jerónimo a la caída de la tarde, o en «dar vuelta a la manzana». Madrid pulula en vagabundos y atrae al estéril vagabundaje callejero. La mejor defensa es huir, huir al desierto, a encontrarse uno consigo mismo en él. Madrid es el vasto campamento de un pueblo de instintos nómadas, del pueblo del picarismo, y Salillas, que tan hondo se metió en la psicología del pueblo castellano en su libro *Hampa,* debiera estudiar

el callejeo ese de los Lazarillos y los Guzmanes de la actual Villa y Corte.

Y hay otra cosa que me repugna en ese conglomerado de hombres, en ese vasto avispero, y es el vaho de afroditismo que exhala, aunque no tan marcado y fuerte como el de París. Nada me es más repulsivo que el afroditismo de las grandes ciudades. Diríase que cada vez que pasa una pecadora por la calle y un más o menos sátiro le dirige una mirada concupiscente, queda en la atmósfera moral como un hilo invisible de la mirada, como el rastro de una babosa, y esos hilos se cruzan y entrecruzan de tal modo que llegan a formar una malla, un tejido en que se sofoca el alma aleteando en vano. El exceso de la vida nutritiva tiene, sin duda, una gran relación con el desarrollo de la vida de reproducción, por no ser ésta más que una consecuencia de aquélla; el amor es el hambre de la especie, se ha dicho; pero este es el amor sano y natural, en que se va derecho a su objeto. Mas también el exceso de la vida de relación provoca los instintos sexuales, pero los provoca en el sentido de toda clase de perturbaciones y anormalidades; en la ciudad es donde tiene su asiento la voluptuosidad cerebral y el erotismo morboso que se reflejan en buena parte de esa insoportable literatura parisiense.

Podrá tener razón Ihering al acentuar aquello de que la civilización empezó en las ciudades, y ser muy duro el juicio de la leyenda judía, que nos dice que fué Caín el agricultor fratricida, el que mató a Abel el pastor, que fué el malo quien edificó la primera ciudad *(Génesis,* VI, 17), mientras los buenos seguían plantando y levantando sus tiendas junto a los pastos de sus ganados; podrá ser de ello lo que quiera, pero mientras el organismo humano no se haya adaptado a la vida de ciudad y no haya salido del *homo rusticus,* que es nuestra base, el *homo urbanus,* que hoy por hoy es pura cáscara, la ciudad causará estragos en los hombres.

Mil veces se ha descrito esa continua circulación de hombres desde los campos a las ciudades, y mil veces se ha propuesto la cuestión de lo que serían al cabo de algunas generaciones los habitantes de una gran ciudad si se reprodujeran entre sí, sin recibir sangre campesina. Mil veces se ha hecho la observación—Taine la acentuó—de que los más sustanciosos genios humanos han sido, o aldeanos ellos mismos, o hijos de aldeanos, y mil veces se han preguntado las gentes si las ciudades descaracterizan. Ahora me acude a la memoria el terrible ejemplo del pobre Roberto Burns, devorado por la vida ciudadana, y junto a

su recuerdo el de la serena tranquilidad de los *lakistas,* y sobre todo de aquel dulcísimo y nobilísimo Wordsworth, que lejos del tráfago ciudadano, vivió en santa comunión con la naturaleza, gozando de «elegantes goces, que son puros como lo es la naturaleza; demasiado puros para ser refinados».

And elegant enjoyments, that are pure
As nature is—; too pure to be refined.

(To the spade of a friend.)

La literatura ciudadana me parece algo en el fondo incoloro, que no es en rigor de ningún país ni de ningún tiempo, algo obtenido *per via remotionis,* por alquimia literaria, literatura cerebral, en fin.

Habrá visto el lector que atribuyo cierto mal sentido a lo de cerebral y cerebralismo, y voy a explicarme a tal respecto, y mi explicación empieza declarando que veo grandísimos peligros en la supremacía que quiere por muchos concederse al principio de la diferenciación (mejor que división) del trabajo y a esos himnos que en loor de la especialización de funciones se entonan de ordinario. Así como no se justifica una diferenciación sino en vista de una integración suprema y

a ésta enderezada, tampoco cabe que semejante diferenciación sea sana y fructuosa si no arranca de cierta comunidad o indiferenciación y la contiene y retiene en su seno. Un especialista sin base de cultura general, es más bien perjudicial que útil. Y esto que pasa en la sociedad, pasa en nuestro organismo y en nuestro espíritu, que son también sociedades.

Lo hacemos, en rigor, todo con todo el cuerpo y toda el alma, y puede afirmarse que entra todo nuestro organismo en cada una de sus funciones, de un modo o de otro. El sistema general nervioso interviene en la digestión y en la respiración y mucho más aún en la locomoción. La neurastenia, que tanto influye en la vida del espíritu, parece ser que es un trastorno nutritivo del sistema nervioso. Con todo lo cual quiero decir que pensamos, sentimos y queremos con nuestro total *compuesto humano* (sirviéndome de la terminología escolástica), aunque pensemos por ministerio del cerebro, así como respiramos con todo el organismo, aunque por ministerio de los pulmones. Y por lo que hace a la vida de las emociones, sabido es el juego que en ellas representan las vísceras y el sistema vaso-motor, hasta tal punto que algunos psicólogos, como Guillermo James y Carlos Lange, han llegado a sostener que la emoción no

es otra cosa que el sentimiento que tenemos de las alteraciones fisiológicas de nuestras entrañas, y del sistema vaso-motor sobre todo. Es decir que, como dice James, «nos sentimos incomodados porque gritamos, irritados porque pegamos, con miedo porque temblamos y no que gritemos, peguemos o temblemos por estar incomodados, irritados o con miedo, respectivamente». Y en este orden de consideraciones y teniendo en cuenta que uno de los órganos más sensibles a las alteraciones emocionales es la vejiga, hasta el punto de que, como dice Goodell «una vejiga nerviosa es uno de los principales síntomas de un cerebro nervioso» *(a nervous bladder is one of the earliest symptoms of a nervous brain)* puede llegarse a aquella tan gráfica como graciosa expresión de Born, que llama a la vejiga «el espejo del alma». El que no se mea de miedo poco miedo tiene. Claro está que la doctrina de James, Lange y co-opinantes es, por lo menos en opinión de los más sesudos psicólogos, paradójica, pero tiene la grandísima ventaja de todas las paradojas, y es que pone de relieve una verdad de ordinario inadvertida. Y no se crea que esto lo traigo aquí para justificarme del dictado de escritor paradójico, dictado que se me ha aplicado y que acepto, pues de querer justificarme de él sacaría el Cris-

to, quiero decir que me contentaría con presentar el ejemplo de Jesús de Nazaret, que se sirvió de la parábola y de la paradoja. Paradójicas son las bienaventuranzas, paradójico lo de la dificultad de entrar el rico en el reino de los cielos, paradójico el versillo 35 del cap. VIII de San Marcos, paradójico lo del «no juzguéis», paradójico... tanto y tanto más. (Sobre el paradojismo evangélico véase Oscar Holtzmann, *Leben Jesu,* pág. 187.) Y ahora vuelvo a mi paradoja del cerebralismo.

Llamo cerebralismo a aquel estado que proviene de una excesiva especialización de funciones del cerebro, de modo que entre lo menos posible en nuestro pensar el resto del organismo. El cerebral apenas discurre más que con la cabeza, y lo que es peor, apenas siente tampoco más que con ella, si es que eso es sentir. En el orden del espíritu produce intelectualismo, enfermedad o degeneración—porque lo es—predominantemente urbana. De aquí cierta impasibilidad de buen tono y el perfecto dominio que de sí mismo tiene el hombre de mundo; es decir, el hombre de ciudad, muy diferente del reposo y de la ecuanimidad del hidalgo campesino. El aplomo de Jorge Brumel no es el de García del Castañar.

Acabo de leer en el *Adam Bede,* de Jorge Eliot, que hablando de un «viejo hidalgo» *(old*

Squire), dice que era siempre cortés; pero «los aldeanos habían notado, tras larga confusión, que esa cortesanía era uno de los signos de dureza» *(that this polish was one of the signs of hardness).* Siempre me ha parecido eso que llaman urbanidad el disfraz de la indiferencia egoísta, y siempre que veo gentes que se pasan de finas y corteses me acuerdo del incendio del Bazar de la Caridad de París.

La literatura urbana es discreta, se sonríe, pero no suelta la carcajada; su campo es la ironía. Yo no la puedo resistir, porque aborrezco lo fino y me cargan las relucientes pecheras del traje de frac.

Y no se crea que al decir esto aludo a Madrid, que maldito lo que tiene de fino, empecherado y enguantado de blanco, siendo más bien un gran villorrio en que se acortesana algo de la castiza llaneza del castellano viejo de Larra, la morada del pueblo de la Pradera, del Canal, de las Ventas y de las bellotas del Pardo. No hay que calumniarle suponiéndole exquisito, refinado, bizantino, sensual, complicado, perverso y otros piropos por el estilo, que los suramericanos suelen dirigir al París de sus ensueños y sus ansias, ya que no al París popular y verdadero, que debe ser otro villorrio también.

Ferrero aseguraba hace algún tiempo—y digo que lo aseguraba porque es Ferrero de los que viven y, por consiguiente, se rectifican—Ferrero aseguraba que lo mejor para el mejor desarrollo de una individualidad y de la cultura de un pueblo, son las pequeñas ciudades, las villas de 20 a 40.000 habitantes, como las de las Universidades alemanas, y tanto mejor cuanto de más profunda naturaleza estén rodeadas. Las individualidades potentes suelen ahogarse en los lugarejos y en las grandes ciudades; en aquéllos por sobra de vida nutritiva y falta de vida de relación, y en éstas por la inversa. Y no es que yo crea que en una gran ciudad no pueda comerse bien y respirarse aire puro (me parece que se exagera en eso de la impureza del aire de los grandes centros), sino que creo que el sistema nervioso, cansado de la descarga de excitaciones no rige bien, en cuanto le compete regirlas, las funciones nutritivas y respiratorias.

He nacido y me he criado en una villa de no mucho vecindario, y cuando yo era mozo de mucha menos población que hoy, en Bilbao, y puedo asegurar que en la incubación de mi espíritu, tanto o más que cuanto allí pude leer o aprender del trato y conversación con mis amigos, entraron mis frecuentes paseos por aquellos contornos,

mis subidas a Archanda o al Pagazarri o aquellos internamientos en la espesura de Buya, entre las robustas y sosegadas hayas. En Madrid hay espléndidas puestas de sol, magnificadoras del que las contemple, y casi nadie mira al cielo, ni siquiera al de la calle.

«Es agradable y saludable ver la aurora; pero, ¿qué se va a hacer después de haberla visto entre los tejados, después de haber oído a dos jilgueros colgados de una buharda *saludar* al sol naciente? Un cielo hermoso, una dulce temperatura, una noche alumbrada por la luna, en nada cambian tu manera de ser, y acabas por decirte: ¿para qué sirve?» *(Obermann,* carta LXXXVIII.) Por mi parte, cuando en estas mañanas de primavera salgo al balcón, me gusta mirar las uvas de gato que penden del canalón del tejado de la casa frontera, esa pobre planta, de hojas carnosas y humildes flores, que me recuerda, aun así y todo, el campo.

El ideal sería, sin duda, que el espíritu de la ciudad y el del campo se compenetraran, que aprendiéramos a ver en la sociedad naturaleza y en la naturaleza sociedad, pero el ideal está siempre muy lejano. Entretanto el campesino o lugareño resulta en la corte un *isidro,* y el cortesano resulta en el lugar un *misinguín,* como por aquí

dicen los charros, o un señoritín, si he de decirlo más claro.

Claro está, y el lector no habrá dejado de barruntarlo, que con todo esto que de Madrid, como único tipo de gran ciudad de que tengo experiencia personal directa, claro está que con todo esto que de Madrid digo, no dejo de guardar afecto a ese gran patio de vecindad en que las comadres y los compadres hablan del perro *Paco,* del *Bombita,* del *Garibaldi,* o del crimen de la calle de Fuencarral, de ese buen cotarro abierto a todo el que llega y nada merecedor de las torpes e injustificadas censuras que le dirigen los petulantes y los despechados. De todo podrá tacharse a la intectualidad madrileña—llamando así al conjunto de hombres de ciencia, literatos y artistas que en Madrid residen—de todo podrá tachársele menos de petulancia, de desdén hacia los demás y de falta de atención y de llaneza. No son de los que se creen cara a Europa por abrir los libros publicados en París cuando todavía huelen a tinta y repetir, mejor o peor, la lección aprendida en una revista extranjera o en un tomo de la biblioteca Alcan. Los celos y rivalidades entre las grandes ciudades, me parecen soberanamente ridículos, porque nadie me quita de la cabeza que todas son iguales, y que un rincón de aldea de mi país vas-

co, otro de Cataluña, otro de Galicia, otro castellano y otro andaluz, se diferencian más entre sí que sendas calles de Madrid, de Barcelona, de París, de Berlín o de Londres puedan entre sí diferenciarse. Concretando el caso me atrevo a suponer—y atrevimiento es—que entre un manchego y un catalán hay mucha más diferencia que entre un madrileño y un barcelonés; en cuanto el manchego y el catalán entran en sus respectivas capitales, Madrid y Barcelona asimílanse entre sí dentro del tipo común del *homo urbanus*. Las obras literarias producidas en grandes centros, en poblaciones de medio millón de almas en adelante, no pueden ser regionales, y sólo logran una mixtificación cuando sus autores intentan hacerlas tales. Creo con otros muchos que también lo creen, que entre la ciudad y el campo hay más distancia espiritual que entre los más distantes climas, y que antes debe indagarse de un escritor, verbigracia, si se crió y formó en una gran población o en un lugarejo, que no si se crió y formó en el ecuador o en la zona templada, y creo también que hay mucha más diferencia de un gaucho a un mujic, o de un tío de la Mancha a un *farmer* del Middlesex, que de un bonaerense a un petersburguense o de un madrileño a un londonense. Acaso me equivoque en esto; pero me consuela lo de que

«de hombres es errar», pues aspiro a ser y continuar siendo hombre. Si deificándome acertara en todo y me viese así privado del deleite de corregirme, rectificarme e ir descubriendo poco a poco mi verdad, creo que, como Calipso, *je me trouverai malheureux d'être immortel.* Voto en esto con Lessing.

Sólo me queda rogar a aquellos de mis lectores que vivan en el tráfago de una gran ciudad que no reflexionen sobre lo que llevo aquí escrito, si es que me hacen el obsequio de reflexionar en ello, sino cuando habiendo salido por una temporadita al campo empiecen a sentir en éste el dulce aburrimiento con que invade al fin y al cabo a los ciudadanos. Y para esto, para gozar de ese aburrimiento precursor de nuevos y extraños estados de conciencia, no salgan al campo con escopeta y perros, pues es cosa probada que el que necesita de la caza para ir de campo es porque el campo mismo no le gusta, diga él lo que quiera. El que de veras ama la naturaleza no ve las perdices en ella.

Julio de 1902.

LA CUESTIÓN DEL VASCUENCE

I

"EL vascuence se extingue sin que haya fuerza humana que pueda impedir su extinción; muere por ley de vida. No nos apesadumbre que perezca su cuerpo, pues es para que mejor sobreviva su alma." Estas palabras del discurso que leí en la noche del 26 de Agosto del año pasado en la fiesta de los primeros Juegos florales celebrados en Bilbao, provocaron y han provocado no pocas protestas de parte de mis paisanos, y las han provocado, ante todo y sobre todo, por estar todos allí, en mi país, convencidos del *hecho* de que el vascuence se va y de que se va sin remedio. El Sr. Campión, uno de los más entusiastas y decididos vascófilos y el más inteligente acaso, decía que se refugia en las montañas para morir más cerca del cielo, y el Sr. Azcue, encargado de la cátedra de vascuence que

en Bilbao sostiene la Diputación de Vizcaya, en la dedicatoria a ésta de su *Euskal-Izkindea* o Gramática vascongada, habla de cuando se deposite éste su trabajo «sobre la cama funeraria» del vascuence —*bere il-oe-ganean*—, aunque añadiendo «para cuando ella resucite» *bera biztu dianeko*. La diferencia de parecer estriba en realidad en que, aunque convencidos los más de mis paisanos de que el vascuence se pierde, creen que esta pérdida se debe a causas extrínsecas, a la presión oficial, al abandono de los que lo hablan, al desarrollo del comercio, y yo estoy convencido de que la principal causa es de origen intrínseco y se basa en la ineptitud del eusquera [1] para convertirse en lengua de cultura. Es la tesis que trataré de desarrollar en este trabajo.

Es en mí antigua ya la convicción de que el vascuence, interesante idioma de estudio, carece

[1] Conviene hacer notar que en castellano si no queremos llamarle vascuence, debemos llamarle *eusquera* o *euscara* y en ningún caso *eúskaro*. La acentuación esdrújula no reproduce ni mucho menos la del vascuence, ya que en este idioma el acento secundario tiene tanta fuerza que en realidad suena algo así como *eúskerá*, con dos acentos, y a lo que menos se acerca es al esdrújulo, y respecto a la *k* es ésta una convención muy razonable de la ortografía que se ha adoptado para escribir el vascuence —idioma hasta hace poco apenas escrito y en que no leen la inmensa mayoría de

de condiciones intrínsecas para servir de medio de expresión a un pueblo que entre de lleno en la vida espiritual moderna y que constituye un grave obstáculo para la difusión de la cultura europea en mi país. Apunté tal convicción en mi discurso de doctorado en Filosofía y Letras, leído en 20 de Junio de 1884, a mis veinte años de edad, y luego la expresé claramente en mi ensayo sobre «El elemento alienígena en el idioma vasco», publicado en los números 8 y 9 de la *Revista de Vizcaya,* de Bilbao, correspondientes al 15 de Febrero y 1.º de Marzo de 1886 y en el artículo que bajo el título de «Más sobre el vascuence» publiqué en el núm. 12 del 15 de Abril del mismo año, contestando a uno que en la misma Revista dió a luz mi buen amigo D. Tomás Escriche y Mieg, quien se extrañaba de que los competentes dejaran pasar en silencio apreciaciones que redundaban «en menoscabo del vascuence». No las de-

los que lo hablan—, convención que no hay por qué adoptar al trascribir los vocablos al castellano. En el fondo, y para muchos inconcientemente, usan la *k* por dar aire exótico a los vocablos. El nombre *eusquera* o *euscara* se aplica no más que al idioma; al que lo habla se le llama *eusqueldun* o *euscaldun,* y al país en que se habla, *Euscalerría.* Llamar *euscaros* a los vascos, equivale a llamar *sanscritos* a los antiguos indios o *bables* a los asturianos. Lo mejor es que nos llamen y nos llamemos sencillamente vascos.

jaron pasar tan en silencio los competentes, puesto que tales artículos me valieron un violento ataque de D. Arturo Campión, con quien he trabado más tarde una amistad leal y franca. Protestó entonces en Campión, competentísimo en la materia, el sentimiento, como protestó últimamente el sentimiento contra mis palabras de Bilbao. Lo he dicho ya: me parece naturalísima semejante protesta, pero seguiré sosteniendo frente a ella lo que creo ser la razón y predicando a mis paisanos la más necesaria prédica, la de que tengan valor moral, que consiste en saber desprenderse de los más arraigados sentimientos cuando la razón lo pide. Y la razón nos pide que no malgastemos en la baldía labor de resistir a lo incoercible fuerzas que para otros fines nos hacen falta. Nos es preciso resignarnos por lo menos al progreso.

Sirvan estos antecedentes para los que tan lijeros como torpes han atribuído a móviles cuyas causas son posteriores con mucho al año 1886, doctrinas que antes de esta fecha había expuesto y sostenido.

Lo que afirmo y reafirmo y sostengo, es que el vascuence se pierde sin remedio, que se perdería aunque formásemos los vascos nación independiente, y pretendiéramos imponerlo como idioma oficial, que se pierde por su índole misma —como

perecen ciertas especies así que se trata de hacerlas domésticas— y que nos conviene a los vascos que se pierda, pues no por ello perderemos nuestra peculiaridad psíquica, sino que la acrecentaremos más bien.

Conviene decir ante todo que hoy son más los vascos que tienen el castellano por lengua habitual y que en castellano piensan. En las villas y ciudades de Cataluña, todo el mundo, incluso las gentes de carrera, hablan catalán; en las villas de las Provincias Vascongadas, aun donde se habla vascuence, el lenguaje corriente de las personas de carrera y de mucha parte de la clase media es el castellano. Hay más, y es que se verían apurados para seguir ciertas conversaciones en vascuence. Es suficiente éste mientras se hable de cuanto constituye la vida del labrador; pero no sé cómo se habría de discutir en él de arte o de ciencia. Cuando por excitación de los abogados catalanes, el Colegio de Abogados de San Sebastián discutió si se habría de pedir o no a los poderes públicos el que se dejara informar en vascuence ante la Audiencia, no faltó quien hiciera notar que se verían apurados para hacerlo algunos de los que lo pedían.

El vascuence se pierde, se pierde muy de prisa, y se pierde de dos maneras: en extensión y en

intensidad. Se pierde en extensión, en cuanto se habla ya castellano en pueblos en que no hace aún veinte años se hablaba vascuence, y esta pérdida va acrecentándose de día en día. Y se pierde en intensidad, en cuanto el vascuence que hoy se habla está cada día más mezclado de vocablos de origen castellano por una parte, y por otra se simplifica y pierde cada día más carácter.

Muchas de las formas verbales que en su gramática, escrita a principios del siglo XVIII, consignaba el P. Larramendi, o las que consignó Zabala, han desaparecido ya. El vascuence que se acostaba a lo que se ha llamado mucho tiempo idiomas aglutinantes, se ha ido acercando cada vez más a los flexivos, simplificando sus formas a medida que se complicaba la vida de los que lo hablan; natural proceso en que algún filósofo vería algo así como una astucia del idioma mismo para irse defendiendo. Porque lo que al vascuence le mata es lo que en él han admirado muchos, su embarazosa complejidad, lo que algunos han llamado su sintetismo, lo que le aproxima a los idiomas de las tribus semi-salvajes americanas y africanas— idiomas que excitaban la admiración de Astarloa— y lo que le aleja de los modernos idiomas analíticos, sobre todo el inglés, que mediante las combinaciones de unos cuantos elementos obtiene

los mismos resultados que otros idiomas con una multitud de formas compuestas. Mas como he de tratar con algún detenimiento todo ésto, que es el nudo de la cuestión, conviene antes exponer cómo ha nacido el vascuence, y cómo la contemplación de lo peregrino y extraño de este idioma, si se le compara a los de los pueblos europeos, a que en nada se parece, ha llevado a muchos a confundir esa extrañeza y originalidad con la utilidad práctica. No hagan mis paisanos lo que aquellos pueblos del Cáucaso que por no querer renunciar a sus antiguas y tradicionales armas propias para adoptar las modernas, se dejaron vencer por los que manejaban éstas. Ni se diga que cada cual maneja mejor y mejor se defiende con las armas en que desde la niñez le han adiestrado, que ahí están para atestiguar lo contrario no pocos pueblos que han dejado sus arcos de flechas adoptando el Mauser o aunque sea el Lafocheux, y se las arreglan mejor con éstos.

II

Tiene que sorprender el vascuence a quien entre a estudiarlo sin conocer más que los idiomas llamados indo-europeos y semíticos, y mucho más a quien lo estudie sin más que el conocimiento empírico de nuestros idiomas neo-latinos. Tiene, en efecto, el vascuence, aparte de su organización tan distinta de la de estos otros idiomas, una cierta homogeneidad; sin salir de él, puede encontrarse la raíz de sus vocablos y sus sufijos derivativos. Y como quiera que para conocer científicamente el castellano, pongo por caso, es preciso conocer del latín y saber de las leyes que rigen el proceso lingüístico, de aquí la vulgar y errónea creencia de figurarse que haya en el castellano más *capricho* que en el vascuence.

Los más de los vascos que se han dedicado al estudio de su propio idioma no han sabido el castellano más que prácticamente, por gramática empírica, ni más latín que el que en nuestros seminarios se enseña —por cierto muy mal —para las necesidades de la liturgia y lectura de las

obras teológicas. Así, v. gr., a quien no conozca el bajo latín e ignore el pretérito *capuí* (clásico *cepi),* del verbo *capio, capere,* ignorando asimismo las leyes de la derivación fonética hispanolatina, habrá de parecerle un capricho el que el verbo *caber (capere)* haga en el presente *quepo (capio—caipo), cabes (capis),* y en el pretérito *cupe (Capui—caupi—cope),* ni se explicará por qué unas veces cambie la *p* latina en la *b* castellana y otras no.

La ignorancia que acerca de estas materias entre nosotros reina; la creencia latente e inconciente a las veces de que los idiomas son algo artificioso, nacido acaso por contrato social, y el desconocimiento de que todos ellos se rigen por rigurosos principios, ha hecho formular la peregrina ocurrencia de que haya unos más *filosóficos* que otros, lo que equivale a sostener que estas especies animales o vegetales son más filosóficas que aquellas otras. Y lo más curioso del caso es que han tomado por más filosóficos precisamente a aquellos idiomas más reductibles a formas esquemáticas, de organización más mecánica, como sucede con el hebreo. Es como tener a la estrella de mar o a otro organismo análogo por más filosófico que el conejo, v. gr., porque se ve mejor su contextura.

Otras veces se ha buscado el criterio de la perfección en la mayor riqueza de formas gramaticales, y así se ha proclamado la superioridad del latín sobre los modernos idiomas neo-latinos o la del griego antiguo sobre el moderno, sin atender a que podemos decir en castellano cuanto en latín decían, y tan bien como ellos, y mucho que ellos no podían decir.

¿Es que hay un criterio objetivo para juzgar de la mayor o menor perfección de un idioma cualquiera? Cabe sostener que para cada pueblo en cada momento de su vida el idioma más perfecto es el que entonces habla, como para cada cual es en cada momento de su vida la mejor piel la que entonces tiene; pero hay, sin duda, algo de sofisma o de petición de principio, como en casi todas las perogrulladas, en esta afirmación.

El lenguaje y el pensamiento van indisolublemente unidos, puesto que son en el fondo una sola y misma cosa. No cabe pensar sino con palabra, y toda palabra supone pensamiento. El pensamiento y el lenguaje se hacen mutuamente, y así, decir que para cada pueblo el mejor idioma es aquel en que encarna su pensamiento, equivale a decir que para cada pueblo el mejor pensamiento es el suyo propio. Mas ¿hemos de decir que el pensamiento del pueblo bosquimano sea superior

al del pueblo inglés y que no progrese en pensamiento, respecto a su padre, un bosquimano si se le enseña a pensar en inglés desde niño?

Es, pues, muy racional suponer que el lenguaje de un pueblo que sea superior en pensamiento y cultura a otro, sea, por lo mismo, superior al lenguaje de este pueblo.

Hay otro criterio, y es el de la evolución. Siguen los idiomas un proceso a partir de sus matrices, y, a menos de negar el progreso, no puede negarse que serán más perfectos los que más lejos hayan llegado en tal proceso. Estoy convencido de que sólo preocupaciones clasicistas pueden impedir el que se declare por todos la superioridad de los modernos idiomas neo-latinos respecto al latín, como del inglés respecto al anglo-sajón o del alemán respecto al godo.

Y adoptando este criterio objetivo hay que reconocer que, como explayaré más adelante, el vascuence es un lenguaje de tipo inferior, y que todas aquellas perfecciones que en él ven sus panegiristas son las perfecciones de que han ido desprendiéndose en su proceso los idiomas de los pueblos cultos.

III

Así como de paso el Arzobispo D. Rodrigo Jiménez de Rada, en cuyo pueblo natal se ha hablado vascuence hasta el siglo pasado, indicó a principios ya del siglo XIII que fuera el vascuence el idioma primitivo de España; a principios del XVI lo declara también Lucio Marineo Siculo, añadiendo «segun que algunos dizen», lo que prueba que corría tal opinión; mas es preciso llegar al historiador guipuzcoano Garibay, vecino de Mondragón, para ver sacar a plaza el vascuence, defendiéndolo de afirmaciones del Dr. Beuter, valenciano. En 1587 apareció en Bilbao la obra del orduñés Poza, que amplió las doctrinas de Garibay, cimentando el famoso método de estudio de los antiguos nombres geográficos de España mediante el vascuence, método que acreditó Humboldt más tarde. En 1607 aparece en Méjico la obra del guipuzcoano Baltasar de Echave, vecino de Méjico, sobre la antigüedad de la lengua vascongada; en 1638 en París la del vasco-francés Arnaldo Oihenartu Oyenarte, y después el jesuíta

P. Henao ofrece variaciones sobre el mismo tema de la antigüedad del vascuence. Al llegar el siglo XVIII el erudito Mayans y Siscar escribe con sobrada lijereza y menguadísimo conocimiento de causa acerca del vascuence, y a refutarle se alza el P. Manuel de Larramendi, maestro de Teología en el Real Colegio que la Compañía de Jesús tenía en Salamanca. En Larramendi es donde empieza la leyenda del vascuence.

Es significativo lo que Larramendi escribe en la dedicatoria de su *El Imposible vencido; Arte de la lengua vascongada* a la M. N. y M. L. Provincia de Guipúzcoa que costeó la obra «que la embidia ha contado siempre en los países de las chymeras e imposibles. La embidia, digo —añadía—, que no hallando otra gloria disputable a V. S. I., pretendía mover questión de voces o de nombres, como que V. S. I. los tomaba de un idioma sin Arte y aun también incapaz de tenerla». Y publica su *Imposible vencido* para demostrar *que es la Lengua más culta, elegante y harmoniosa.* Y añade: «Otras Lenguas tuvieron sus niñeces, imperfecciones y rudezas, de que aún no han podido eximirse bien, quedando adultas; el Bascuence siempre fué Lengua adulta y perfecta, como sugerida en fin por el mismo Dios en la división de las Lenguas, y una de las seten-

ta y dos primitivas y matrices... Otras Lenguas son formadas por el ingenio y gusto de los hombres, y por esso susceptibles de ages, yerros e inconsequencias, efectos de achacoso origen. El Bascuenze fué Lengua formada por sólo el ingenio de Dios, que como infinitamente perspicaz se la imprimió a los primeros Padres del Bascuenze tan bella, tan ingeniosa, tan Philosóphica, consiguiente, cortés, dulcíssima y con otras prendas propias de una Lengua de tan honrado principio.» No se ha dicho más después; aquí está la raíz de la leyenda, aquí se le llama Lengua *filosófica* al vascuence, y aquí se le supone de las setenta y dos que se creía entonces infundadas por Dios mismo en la confusión babélica, y aquí se supone también que otras lenguas han sido formadas *por el ingenio y gusto de los hombres*. Los más de los escritores vascos que del vascuence tratan siguen apegados todavía, aun sin saberlo a las veces, a consecuencias de estas doctrinas, que son a las de la moderna ciencia lingüística lo que la alquimia o la astrología a la química o la astronomía modernas. Aún se repite seriamente las disparatadas etimologías larramendiacas, que se empeñaba en sacar del vascuence voces latinas, cuando en el mismo castellano no pasarán de tres las voces vascongadas de origen. Del modo éste de

etimologizar dará muestra aquello de que *alabanza,* voz de tan clara formación y origen, se dijo del vascuence *alaba,* hija, y *anza,* semejanza, semejanza de hija, porque los padres acostumbran alabar a sus hijas.

Repitieron otros escritores las afirmaciones capitales del P. Larramendi, sobre todo las referentes a la antigüedad y universalidad del vascuence en España, cuando en 1802 apareció la sección I, y hasta hoy única, del *Diccionario geográfico-histórico de España,* relativa a Navarra y las Provincias Vascongadas, y en ella el académico D. Joaquín Traggia repitió las afirmaciones de Mayans, aunque con menos lijereza y con mayor conocimiento de causa que éste. Y así como enfrente de Mayans se alzara el P. Larramendi, alzóse frente a Traggia el presbítero durangués D. Pablo Pedro de Astarloa, hombre de peregrina mente, de sutilísimo ingenio, con mucho de poeta y algo de hombre de ciencia, de notables atisbos y vislumbres y en cuyas obras, de muy sugestiva y amena lectura, abundan felices intuiciones. Pero estas mismas sus relevantes cualidades han hecho más fatal su labor para el estudio filológico del vascuence. Con ayuda de Hervás, y enterándose de la estructura de multitud de idiomas, llevó Astarloa a cabo un arduo trabajo, pu-

blicando en 1803, en Madrid, su «Apología de la lengua bascongada, o ensayo crítico-filosófico de su perfección y antigüedad sobre todas las que se conocen». Ya tenemos, pues, declarado al vascuence el idioma más perfecto de cuantos se conocen.

Es interesantísimo recorrer las razones que en pro de la mayor perfección del vascuence sobre cuantas lenguas se conocen aducía Astarloa, quien hallaba, por otra parte, más perfectas que el latín a las lenguas neo-latinas, y a quien satisfacía el hebreo más que el griego y el latín. No pueden competir con el vascuence, según Astarloa, ni el inglés, ni el alemán, ni el holandés, ni el sueco, ni el ruso, ni las lenguas neo-latinas, y sólo se le acercan el quichua —lengua que dice Astarloa le admiró—, el aimara, el guarani, el tibetano, el araucano, el calmuco, el tártaro, el lapón, el ostiaco, y, en general, los idiomas de los pueblos bárbaros y semi-salvajes de Asia y América. Basta recorrer el prólogo de la obra de Astarloa para ver que partiendo *a priori* de la mayor perfección del vascuence, halla más perfectas las lenguas de los pueblos más incultos porque se parecen más a él.

Astarloa es quien inauguró entre los vascófilos el disparatadísimo principio de dar valor ideoló-

gico a las sílabas y aun a las letras —desatino que aún se enseña en España para el hebreo—, y llegó a tales excesos de entusiasmo, que afirma haber hallado algo «casi divino» en los abstractos del vascuence, siendo éste «en estos últimos una tabla social de la ley; un libro abierto de la moral; un Código que con los más vivos signos distingue lo vicioso de lo honesto, lo pecaminoso de lo inocente».

En los frecuentativos, aumentativos y diminutivos del vascuence se descubre «la gran *filosofía,* la gran *moralidad,* la estupenda *civilización* y qué sé yo qué acopio de *ciencias y artes* que hubo de tener el autor de este idioma». Como el vascuence carece de distinción de género en los nombres, es este género una «inútil pesadez», y como en tiempo de Astarloa usaba de distinción en las formas verbales, según se dirigiera a hombre o mujer, es esto muestra de *cultura* (véase página 436). Una de las cosas que más entusiasman a Astarloa, que escribió su obra con singular efusión y elocuencia a las veces, es que tuviera el vascuence, según él, 206 conjugaciones y 30.952 inflexiones personales y otras tantas participiales, lo que le hace exclamar: «¿Quién de vosotros ha pensado jamás que cada verbo ha de tener 206 conjugaciones? Pues no hay que hacer, debe te-

nerlas una lengua filosófica, porque son otras tantas las combinaciones relacionarias de toda *acción*. Al Vascuence sois deudores de un ramo tan filosófico.»

La obra de Astarloa no tiene desperdicio; es toda ella un himno en loor de su lengua nativa, himno que no carece de poesía, aunque carezca de ciencia.

Continuó a Astarloa, añadiendo a sus doctrinas algo que parece cabalismo, D. Juan Bautista de Erro y Aspiroz, Ministro que fué del pretendiente D. Carlos María Isidro, llamado Carlos V. Libre de tales excesos se mantuvo el prudente y sensato D. Antonio Moguel, cura párroco de Marquina y principal guía de Humboldt en sus estudios sobre el vascuence. De Humboldt arranca un nuevo período, ya que es él quien propiamente da a conocer el vascuence en Europa en un apéndice al *Mithrídates,* de Adelung, y con su obra sobre los primitivos habitantes en España.

Nada he de decir de los delirios poéticos de Chaho y otros, ni de los disparates que comparando el vascuence con otros idiomas han propalado Garat, La Bastide, Diharce de Bidassouet, Bruzen de la Martinière, Bladé y otros. Las afirmaciones de D. Joaquín Irizar y Moya, tenían, por lo menos, gracia. De la desdichada aplicación que

del absurdo principio astarloano de la significación de las letras hizo Novía de Salcedo en su deplorable *Diccionario etimológico,* más vale no hablar. Hay que decir con Ampère en su *Histoire litteraire de la France avant le douzième siècle* que «el vasco ha compartido con el celta el privilegio de hacer decir a su respecto incomparables extravagancias»; y aún resulta cierto respecto a los orígenes del vascuence, lo que el señor Cánovas del Castillo decía en su prólogo a la obra del Sr. Rodríguez Ferrer, *Los vascongados, su país, su lengua y el príncipe Bonaparte,* que «lo único que se sabe aquí es que nada se sabe».

Algo se ha adelantado, pero no es mucho, y aun hoy reaparecen los pasados delirios, sobre todo desde que las pasiones regionalistas envenenan lo que debiera ser desinteresada y serena investigación. Es lo peor que encuentro al regionalismo. Que pida lo que quiera, y mejor que pedir que lo arrebate si puede; pero que no nos envenene, por Dios, como lo hace, la historia, la etnografía, la lingüística. Y las envenena, tanto en mi país como en Cataluña.

Un día en que decía a un amigo mío que la voz vasca *akullu,* la pértiga, provenía de la latina *aculeus,* cuyo abolengo es tan fácil de trazar en

las lenguas indo-europeas, me replicó: «o el latín la tomó del vascuence»; y no hubo modo de que le redujera a razón. Y me he encontrado quien me ha dicho muy serio que *ilusión* (latín *illusio,* de *illudo,* compuesto de *in* y *ludo)* viene del vascuence *il-utzi-on,* «muerte vacía buena». No ha mucho, en un trabajo del más conspicuo de los agitadores bizkaitarras acerca de la numeración vascongada, entre un sin fin de despropósitos lingüísticos, se hacía una derivación despreciando una *b* inicial, que no se sabe de dónde llueve, cosa parecida a la etimología que la última edición del Diccionario de la Real Academia Española da de *sombra* diciendo: «del lat. *umbra*», sin cuidarse de la *s* inicial *(Sombra:* de *so-ombra, sot-ombra* o *subtu-umbra;* en la provincia de Salamanca se dice *solombrío* por *sombrío,* que supone un proceso *sotombrío-sodombrío;* cf. el antiguo *selmana* por *semana).*

Los más de los que en mi país se meten a escribir acerca del vascuence, desdeñando alguno el estudiar con fundamento y método la moderna filología por temor a perder cierta bravía originalidad silvestre, y queriendo suplir con fantasía la ciencia, me parecen gente que se pone a tratar de los alcoholes o de los alcaloides sin haber saludado apenas la química general y sin más que

la lectura de algún viejo mamotreto de alquimia. Su ciencia, si alguna tienen, es pura escolástica, pura combinatoria, cubileteo e ingeniosidades muy peregrinas a las veces. Su fonética no ha pasado del triángulo orcheliano —que es una imperfectísima mostración de la realidad, y en gran parte errónea— y su pasión les lleva, aun sin darse de ello cuenta, a no ver bien claro, en su empeño por hacer del vascuence la cosa más aparte posible.

Hay en Cataluña un sujeto —o lo había no ha mucho— empeñado en la desatinada empresa de reformar la ortografía catalana en sentido etimológico, restableciendo íes griegas, tes, haches y otras letras bien muertas *(mythología,* v. gr.), y entre las razones que en abono de su proyecto daba, callábase la principal, y es que así se diferenciaría el catalán escrito del castellano escrito mucho más aún de lo que hoy se diferencian ambos entre sí, que es bastante. Del mismo género es el cuidado que algunos escritores catalanes ponen cuando se encuentran con dos sinónimos de escojer el que más se aparte del vocablo castellano correspondiente, aunque el otro se parezca al francés, como quien escoje *indret,* en francés *endroit,* lugar. Así es también lo de aquellos de mis paisanos que habiendo aprendido en la es-

cuela que «antes de *b* y *p* se escribe *m* y no *n*», se han creído que es esto regla de ortografía castellana y no, como es, hecho fonético común al castellano y al vascuence, y que si se escribe *campo* es porque hablando corrientemente y sin esfuerzo se dice *campo* y no *canpo,* como en vascuence se dice *kámporá* y no *kanporá,* e ignorando o queriendo ignorar esto escriben *Ganboa, Unbe, Larunbe,* etc., no más en el fondo que por oponerse a lo que creen manera castellana. Escritor de éstos hay que luego de afirmar que la forma *don* (la misma que el castellano *Don,* de *dominus, domne)* es permutación de un *deun* que supone existiera sacándolo de *deungue* (lo escribo con ortografía castellana), «malo» *(gue* pospuesto equivale en vascuence a nuestro *in* prepuesto), forma aquélla, *don,* que hallamos en *Don-Ostiya, Don-Ostian,* es decir, «Don Bastián», o sea San Sebastián, y en *Don Ibane,* San Juan (el *Ibane* es análogo al que se halla en el apellido *Ibáñez,* descendiente de Juan o Ibán); añade que prefiere el *deun* hipotético, y a mi juicio falso, y muy discutible al menos, al *don* real porque «esta segunda (forma) se confunde con la voz española *don*». He aquí el principio de donde han salido esas pueriles travesuras de escribir *Bizkaia, Araba, Gipuzkoa, baskongado,* etc.

Mas dejando todo esto, y en espera de que se enderecen por mejor camino para el porvenir de la raza vasca tales esfuerzos, y una vez indicado cómo nació y cómo ha crecido y se mantiene la leyenda del vascuence, cúmpleme mostrar la verdad de su estado y situación y exponer lo más serenamente que me sea posible y con la mayor objetividad que en mí quepa, el por qué reputo al curiosísimo idioma nativo de mi raza inepto para acomodarse a la moderna cultura y condenado, por lo tanto, y en provecho nuestro y de los pueblos todos de habla española, a muerte próxima.

IV

El *imposible vencido* llamó Larramendi a su Gramática de la lengua vascongada, para dar a entender con semejante título que era posible trazar la gramática del vascuence. Y, aunque parezca mentira, todavía queda por esos mundos de Dios gente que con toda ingenuidad pregunta si tiene el vascuence gramática; que es lo mismo que preguntar si tal o cuál animal tiene anatomía y fisiología. Mucho hay que difundir la

cultura hasta que no quede maestro alguno de escuela que se figure que hay lenguas sin gramática, caprichosas, forjadas al buen tun-tun.

Y no sólo tiene el vascuence, como todos los idiomas, gramática, sino que hasta podemos decir que tiene demasiada gramática, o lo que es igual: que su gramática es más compleja, más enredada y más difícil que la de otros idiomas.

Y como sucede casi siempre en casos análogos, lo que hace al vascuence más embarazoso y de peor manejo, lo que le aproxima y asemeja a los idiomas de los pueblos más atrasados, alejándole y desemejándole de las modernas lenguas de cultura, de las lenguas europeas analíticas, esto es precisamente lo que más excita la admiración de sus alabadores, como en Astarloa vimos. Es ese «prodigioso y divino verbo», como le llama uno de sus teorizantes, que tiene, sin duda, por *humanos* a los verbos de otros idiomas. Los gramáticos vascongados, instruídos en las conjugaciones relativamente sencillas y simples de los modernos idiomas —en la del latín y las lenguas neolatinas por lo común—, se extasían ante la complicada trama de la conjugación del eusquera, viendo preeminencias y perfecciones en lo que no es más que rezago de un período lingüístico por el que acaso pasaron las lenguas indo-europeas.

Las lenguas llamadas polisintéticas y aglutinantes, que son en general las de las tribus más atrasadas, son, en efecto, más complicadas que las lenguas analíticas de casi todos los pueblos europeos. Con el criterio de esos panegiristas del verbo vascongado, el aimara o el quichua son lenguas más perfectas que el inglés.

La tendencia en los idiomas modernos es a la especialización, a expresar mediante las combinaciones de partículas invariables e independientes lo que se expresaba con exponentes variables y sujetos a la radical, a sustituir con sintaxis la morfología. Así los romances han suprimido, por desgaste, la declinación latina, sustituyéndola con el empleo de preposiciones.

Obedece este proceso al principio general que los rige todos, y es el de la menor resistencia. En lenguaje la cuestión es darse a entender con el menor esfuerzo mental y fónico posible, como en economía estriba todo en producir lo más posible con el menor gasto que quepa. Con un ejemplo aclararé la idea.

En castellano expresamos el régimen directo y el indirecto del verbo mediante pronombres —me, te, se, le, lo, la, los, las, nos, os— y nos valemos de verbos auxiliares o de adverbios para expresar distintas modalidades de la acción, como son

la dubitativa, la potencial, etc. El vascuence, para cada expresión de éstas tiene su forma propia, yendo embebidos en lo que llamaré flexión verbal tanto el régimen directo como el indirecto. Y hay que tener en cuenta que muchas de las formas que registraron Larramendi, Zabala y otros, han desaparecido del uso corriente casi por completo. Decimos en castellano: *lo he visto, los he visto, te he visto, te lo he visto, te los he visto, se lo he visto,* etc., formando con las combinaciones de los cuatro pronombres *te, lo, los, se* hasta siete expresiones, que exigen siete formas en vascuence. Y son [1]:

te he visto = ikusi zaitut
lo he visto = ikusi dot (ikusi det)
los he visto = ikusi dodaz (ikusi ditut)
te lo he visto = ikusi deutsut (ikusi dizut)
te los he visto = ikusi deutsudaz (ikusi diskizut)
se lo he visto = ikusi deutsat (ikusi diot)
se los he visto = ikusi deutsadaz (ikusi diozkat)

Y no se diga que para el caso es lo mismo emplear partículas separadas y movibles o sufijos y

[1] Las cito en lo que suele llamarse, aunque mal llamado, dialecto vizcaíno, y digo *mal llamado,* porque las diferencias dialectales en el vascuence no concuerdan con la división histórica y administrativa en provincias. El dialecto de la parte de Guipúzcoa rayana con Vizcaya, v. gr., se parece mucho más al vascuence de parte de Vizcaya que al de la parte oriental de Guipúzcoa.

exponentes embebidos en la flexión, porque al decir en castellano *te he visto,* el *te* es una partícula viva en la conciencia del que la emplea, y lo son las partículas *te* y *lo* en *te lo he visto,* mientras que el vascongado que dice *ikusi zaitut* (te he visto) e *ikusi deutsut* (te lo he visto) no tiene conciencia, como no haya hecho estudios especiales, del valor de la *z* de *zaitut* o del *-tsu-* de *deutsut*. Al decir *ikusi gaitu,* nos ha visto, y luego *ikusi deusku,* nos lo ha visto, la *g* de *gaitu,* lo mismo que el *-ku* de *deusku,* provienen del pronombre *gu,* nosotros; pero de eso no tiene conciencia el que los usa, como el castellano tiene conciencia del *nos* y de *lo.* Y otras veces ni aun al analista gramático le es fácil hallar la filiación de las formas aglutinativas, pues si vemos la *n* de *ni* o *neu*=yo, en *ikusi nau,* me ha visto, ¿dónde está el análisis de *ikusi deust,* me lo ha visto?

Con los seis pronombres *me, te, le, nos, os, les,* pueden formarse 6^2, o sea 36 combinaciones —*me veo, te veo, le veo, te ves, le ves, nos ve,* etc.—, y quitando de ellas cuatro no hacederas *(nos veo, os ves, me vemos* y *te veis),* quedan en 32. Las combinaciones con dos pronombres *me lo veo, te lo veo,* etc.—, son $6^2 \times 2 = 72$, y quitando las no posibles —*yo nos lo veo, tú os lo ves,* etc.—, que son 8, y teniendo, además, en

cuenta que el *se* lo mismo sirve para el singular que para el plural—*se lo he visto* a él, *se lo he visto* a ellos—, hay que quitar otras 12, en junto 18, quedando 72 menos 18, o sea 54. Estas 54 hacen con las 32 anteriores 86 combinaciones con 15 partículas. El vascuence necesita 86 formas aglutinativas. Y este cálculo puede extenderse mucho, y cuanto más se extienda más se verá la diferencia. Ahora se comprende el entusiasmo que producían a Astarloa aquellas 206 conjugaciones con sus 30.952 formas.

El castellano, el francés, el italiano, el inglés, el alemán, estos pobres *erderas* —que es como se llama en vascuence a todo idioma que no sea el *eusquera*—, estos pobres erderas tienen que valerse para suplir esos miles de formas, de la combinación de pronombres y del uso de adverbios y auxiliares. Acaso tengan razón los que creen que el medir por metros y sus divisores, el pagar por pesetas y céntimos y el pesar por gramos, múltiplos y divisores de gramo, es más pobre que medir por leguas, millas, varas, pies, palmos, pulgadas y líneas con todas sus variedades, pagar por onzas, duros, escudos, ducados, cuartos, ochavos y maravedises; y pesar por arrobas, libras, onzas, cuarterones, adarmes y otras pesas, variándolas, si es preciso, según la materia que se pese.

Basta echar una ojeada a una gramática vascongada para percatarse de cuánto más complicado que el castellano, pongo por caso de idioma analítico moderno, es el vascuence, y sorprende el que haya quien vea perfección en ese embarazoso lío.

Pasemos al léxico.

¿Es el vascuence una lengua rica? He aquí una pregunta a la que, hecha así, a quemarropa y de sopetón, no cabe responder categóricamente ni respecto al vascuence ni respecto a otros idiomas. Es menester que sepamos antes qué ha de entenderse por riqueza de una lengua.

Hay, en primer lugar, el caudal efectivo, el que de hecho se usa, los vocablos de empleo general y corriente, y hay luego el fondo potencial, los que podrían formarse y usarse fraguándolos con radicales del idioma mismo, y según los procedimientos que para la composición y derivación emplea éste. Respecto a lo primero, al caudal efectivo, difícil sería probar que un aldeano vasco emplea más voces que un lugareño castellano, mientras que un vascongado de alguna cultura no puede hablar de una porción de materias en vascuence y con voces genuinamente vascas con otro paisano, también culto, pues no disponen de antemano de un caudal suficiente de palabras que entiendan ambos

a seguida de oirlas. Quien quisiera traducir al vascuence las obras de Cervantes, Calderón, Fray Luis de León, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, etc., tendría que *inventar* muchísimas palabras, y se vería apurado a las veces aun contando con la facilidad de derivación que el vascuence ofrece.

No puede decirse de lengua alguna que tenga tantos o cuantos miles de vocablos, ni uno más ni uno menos. A cada momento nacen y mueren palabras, las lenguas todas están en formación continua. El vascuence es un idioma que mediante sufijos ofrece muchísima facilidad de derivación, y en esto se fundan para hablar de su incomparable riqueza los que han dado en la flor de inventar terminachos nuevos, cuando no de corregir los usuales, creando una lengua artificiosa y de estufa que ni los que la forjan la entenderán al cabo. El Consistorio de Juegos florales de San Sebastián ha llegado al ridículo extremo de ofrecer premios a quien presente tal o cual número de términos técnicos de ciencias y artes compuestos con raíces vascas, y allá se han ido unos cuantos ingenuos, poniendo en vascuence a la física, a la química, a la acústica, al telégrafo, al teléfono, al esfigmógrafo... y a todo cuanto en griego anda entre nosotros.

El ejemplo lo dió Larramendi en su *Diccionario trilingüe* (vascuence, castellano y latín), obra de tesis más que de investigación, escrita a tiro hecho y *ad probandum*. Propúsose en ella, en efecto, demostrar que en vascuence podía expresarse todo lo que en castellano se expresaba, y para ello cojió un Diccionario de la lengua castellana y se puso a traducirlo al vascuence. De haber sido su obra de investigación y no de tesis, habría sido diccionario vasco-castellano y no castellano-vasco como fué.

Al encontrarse Larramendi con una voz castellana, ponía en seguida su correspondiente eusquérica, ya tomándola del propio caudal, del vascuence que él hablaba, ya acudiendo a buscarla de boca del pueblo, para lo cual no dejó de realizar trabajos de rebusca. Pero ocurría no pocas veces que la voz castellana no tenía correspondiente vascongada de ordinario para significar una idea de que carecía el pueblo euscalduna o de lengua vascuence, y entonces la inventaba, mejor o peor. Llegó a la voz *espíritu,* pongo por caso, y encontróse con que no hay en vascuence vocablo indígena y propio con que expresarla, usándose la voz *izpiritu,* de evidente origen latino [1] y nues-

[1] No estoy seguro de que no haya algún paisano mío que sostenga que el latín *spiritus* deriva del vascuence *izpiritu.*

tro entusiasta vascongado se propuso fraguarlo con radicales eusquéricas. Y se dijo: «El espíritu es una sustancia inmaterial, sutil, delicada; llamémosle, pues, sustancia delgada o sutil.» Mas vele aquí que tropieza con otra dificultad, y es la de que tampoco tiene el vascuence vocablo para expresar la idea de *sustancia,* por la sencilla razón de que el pueblo no conoce más sustancia que la del caldo. Acudió entonces al latín y se dijo: «*Sustancia* es el latín *substantia,* que deriva de la preposición *sub,* debajo, y el verbo *stare,* estar; sustancia es lo que está debajo de los accidentes, sustentándolos; tenemos en vascuence por estar *egon* y por la preposición *sub* tenemos la posposición *be* o *pe:* luego *ego-pe* equivaldrá a *sub-stantia.*» Y una vez obtenido, por tan ingenioso medio, un vocablo de que el vascuence carecía —y sigue careciendo—, tomó la voz *me,* delgado, sutil, y formó *megope,* espíritu, sustancia sutil. Lo malo es que ni había ni hay vasco a quien diciéndole *egope* y *megope* entienda de qué se trata. Si habiendo desarrollado el pueblo vasco, en serie de siglos —que no menos hace falta— una cultura propia, indígena, hubiera llegado a la concepción de sustancia y a la de espíritu, habría formado vocablos con qué expresarlas; pero ¿habrían sido, ni por aproximación siquiera, los que armó

el bueno de Larramendi? Porque éste no vió que la palabra latina *substantia* implica una concepción, también latina, de la sustancialidad, y que el terminacho *ego-pe,* tras de ser un verdadero acertijo indescifrable para un vascongado, es una palabra fraguada a la latina.

Tal es el riesgo que corren cuantos se meten a construir, con mayor o menor fortuna, vocablos vascongados expresivos de ideas de que el pueblo que habla vascuence como lengua única o casi única, carece. En la composición y derivación de un vocablo va implícita una comprensión dada de la idea que él expresa, va implícita una cierta filosofía; y esa filosofía reflexiva y conciente, ¿es acaso la filosofía espontánea e inconciente que pondría en juego el pueblo mismo para crearse sus vocablos? Porque no todos los pueblos llegan a una misma idea por el mismo camino. Y así ocurre que no pocos de los terminachos que siguen inventando algunos de mis paisanos están forjados latina o escolásticamente, aunque con raíces y sufijos vascos.

Para remediar esto se le ha ocurrido a alguno acudir a otro arbitrio, y es extender traslaticiamente el valor de tal o cuál vocablo, aplicándolo a una significación nueva. Y se ha dicho: «Si *spiritus* significó primitivamente soplo, y sólo más

tarde vino a decir lo que hoy, busquemos en vascuence un vocablo al que, estirándole un poco el sentido, se le haga decir espíritu.» Y se fijó en el término *gogo,* que equivale a «humor, estado de ánimo, ganas, apetito, etc.» [1], y le estiró de significado. Y me he encontrado en un catecismo con esta fórmula: *Aitiaren eta semiaren eta Gogo Deunaren* [2] *izenian,* que si quisiera decir algo para un aldeano vasco, no querría decir lo que se quiere decir en ella, sino esto otro: «En el nombre del Padre, y del Hijo y de las Santas Ganas.» Esto es pecar contra el Espíritu Santo, pecados que no admiten remisión.

Y es que una lengua no es un mecanismo en el que puede meter mano cualquiera y ponerle o quitarle ruedas o tornillos según le venga en talante. La lengua es un organismo que se nutre y se desarrolla según leyes propias, conforme a su fisiología, y la ley capital a que obedecen los que la hablan es una ley de economía, la del menor esfuerzo. Con la idea o el objeto nuevo que otro pueblo nos trae, recibimos el nombre con que lo expresa, y lo modificamos para acomodarlo a

[1] Ejemplos: *gogo ona dauke* = tiene buen humor, *ez taukat gogorik* = no tengo ganas.

[2] El *deun* por «santo» es otra invención muy discutible, otro infundio.

nuestra pronunciación, porque esto exige menos esfuerzo de nuestra parte que no el echarnos a buscar el modo de expresarlo en nuestro propio idioma. Cuando se introdujo el tranvía eléctrico en España, con el trole vino su nombre inglés *trolley,* y de *trolley* hicimos trole, porque exige esto menos esfuerzo que inventarle voz castellana. Y así cuando los misioneros cristianos, misioneros españoles, introdujeron el cristianismo en el país vasco con las ideas de espíritu, alma, voluntad, iglesia, infierno, cielo, etc., introdujeron los vocablos con que las expresaban, y esas ideas se expresan en vascuence con términos latinos: *izpiritu, arima, borondate, eleiza, inpernu, zeru,* etc.

V

He tocado a un punto de que hace algunos años traté, y es del elemento alienígena en el idioma vasco.

De que la mayor parte del caudal léxico del vascuence le es propio, no cabe duda. Sayce exagera enormemente al decir que la mitad de sus voces son de origen extraño; pero exagera no menos Cénat Moncaut al afirmar que no pasan éstas

de una cuarentena. Pasan de cuarentenas, y en lo que tampoco cabe duda es en que el elemento alienígena, el caudal de voces de origen latino es, con ser el menor, el que expresa las ideas más elevadas y más complejas, los conceptos de cultura. Y la cosa es lógica, pues la civilización y cultura que hay en el país vasco son de origen latino.

Son de abolengo latino, desde luego, los términos expresivos de ideas religiosas, pues la religión del pueblo vasco es religión latina.

Así ocurre con *impernu* = infierno, *zeru* = cielo, *fede* = fe, *eleiza* = iglesia, *gurutze* = cruz, etc. Y con ellas las nociones psicológicas que a la cultura religiosa se deben. Tenemos, entre otras voces latinas, *bertute* = virtud, *errazoy* = razón, *borondate* = voluntad, *zentzun* (sensus) = sentido, seso, *izpiritu* = espíritu, *arima* = alma, y como opuesta a este *gorputz* (corpus) = cuerpo, pues el cuerpo no es conocido como tal, sino en oposición al alma. Esta lista podría prolongarse. (La di más completa en mi ensayo *El elemento alienígena en el idioma vasco,* publicado en los números 8 y 9 de la *Revista de Vizcaya* de 1886.) De objetos que revelan cierto grado de cultura doméstica, muchos, como la caldera, la cuchara, el jarro, etc., tienen nombre latino; latinos son los nombres de precio

y relaciones económicas *(aberatsu,* rico, deriva de *abere,* ganado, que alguien hace derivar del latín *habere,* aunque esto sea más que dudoso; los *averes* se llamaba a los bienes en antiguo castellano, y aun hoy «los haberes»), y es curioso que sean también latinos los dos nombres que expresan la guerra y la paz respectivamente. Latinas también las voces con que se expresa la ley y el rey.

Pero hay algo aún más significativo, y es la pobreza del vascuence en términos genéricos. Cada especie de árbol, de animal, de planta, cada color, etc., tienen su nombre propio cuando el árbol, el animal y la planta son del país [1]; pero los nombres genéricos árbol *(arbola),* animal *(animale),* planta *(llandare,* que es el latino *plantarium),* color *(kolore),* etc., se expresan con nombres latinos. El pueblo vasco era un pueblo que antes de recibir la cultura latina no se elevaba al grado de abstracción que exigen los conceptos genéricos. El término más genérico, el de «cosa», el *ens* de los escolásticos, se expresa en vascuence por la voz *gauza,* derivada, como el castellano *cosa,* del latín *causa.* «Tiempo», otra noción muy genérica, se expresa con voz latina.

[1] Y aun esto no siempre. El haya, la higuera, el pino, el castaño, el cerezo, el sauce y otros, tienen nombre latino.

Todo lo cual es naturalísimo. El idioma vasco lo era de un pueblo que antes de ponerse en contacto con los pueblos latinizados que le rodean vivía en un estado casi salvaje; no queda rastro alguno de civilización alguna indígena, que no ha debido de haber. Los latinos civilizaron a nuestros abuelos, y al civilizarlos les metieron con los conceptos y objetos de cultura las voces con que los expresaban. Y el vascuence permaneció siendo una lengua rural, en que apenas se hablaba más que de la vida cotidiana, de la vaca y de la borona, una lengua sin literatura. Hasta las leyes y los fueros están escritos en castellano; no hay legislación en vascuence.

Y esta lengua ¿es posible convertir, con la premura que la vida del país exige, en lengua de cultura?

Una lengua vive y se nutre y se acrecienta y decae, y acaba por morir como cualquier otro organismo, y como cualquier otro organismo vive en un ambiente y del ambiente. Idioma que de sí mismo se nutre, pronto se agota. Cierto es que así como del huevo, encerrado en su cáscara, de las reservas nutritivas que en sí lleva se forma el pollo, así una lengua puede desarrollarse de propio fondo. Tal le sucedió al sanscrito, tal al griego, y al alemán en gran parte. Pero para esto es pre-

ciso que el pueblo que la habla desarrolle una cultura indígena y propia. La lengua y la cultura se hacen a la par, accionando y reaccionando una sobre otra.

El pueblo vasco no tiene cultura indígena propia; su religión, su arte, su ciencia, sus industrias, todo es recibido de los pueblos que le rodean. Además, una cultura propia no se improvisa; exige la labor de generaciones en serie de siglos, y labor así exigiría el traducir a vascuence la cultura moderna. Todo lo demás serán vanos esfuerzos de eruditos que forjan desde su gabinete un volapük con raíces vascas, y que no se entenderán unos con otros, como no se entienden ni aun para adoptar una ortografía común. Es que no se suple de ningún modo la colaboración, o mejor la acción del pueblo mismo, y el pueblo vasco, el verdadero pueblo, encuentra menos costoso tomar el castellano o el francés ya hechos, que no hacer de su vieja lengua una nueva lengua que le sirva para su nueva vida, para la vida que se desarrolla en las villas industriales y mercantiles.

Lo común en una lengua es nutrirse de fuera. Cuando se formaron los romances o lenguas neolatinas era muy pobre la cultura de los pueblos que los hablaban; pero se conservaba cual precioso legado la literatura latina, preñada de una cul-

tura, y al latín, su madre, acudieron para enriquecerse. Y así vemos en castellano, en portugués, en catalán, en francés, en italiano, junto al elemento viejo o primitivo, al fondo con que se formaron, otro elemento allegadizo posterior. Mas como estos idiomas son latinos, las voces que del latín se introduce en ellos consuenan con su primitivo fondo. El inglés mismo se enriqueció con elemento normando, y esto le ha permitido luego aceptar copioso caudal de voces latinas, merced a su mesticismo lexicológico.

La mezcla de dos organismos es fecunda y hasta provechosa cuando los organismos tienen un cierto grado de parentesco; cuando de este grado se alejan, el hibridismo es estéril. El catalán ha podido y puede recibir voces latinas, castellanas o francesas, catalanizándolas, porque es lengua latina; pero el vascuence, si las recibe, degenera en jerga.

La primera necesidad es la de vivir, y la necesidad de vivir trae consigo la de acomodarnos y adaptarnos al ambiente. El pueblo vasco tiene que vivir, y para ello tiene que adaptarse al ambiente de cultura en medio del cual vive, y para esa adaptación le estorba el vascuence.

Sospecho que la idea radical de los más de mis paisanos que pelean por prolongar la vida del mo-

ribundo eusquera, es una idea hostil, percátense o no ellos de esto, a la cultura a que tenemos que adaptarnos. Nunca olvidaré las palabras de un cura que predicando en vascuence decía a sus feligreses: «No enviéis vuestros hijos a la escuela, que allí les enseñan castellano, y el castellano es el vehículo del liberalismo.» La cultura moderna se llama liberalismo. Ni tampoco olvido lo que un paisano, fervoroso adorador de las llamadas tradiciones, me dijo una vez: «¡Cultura...! ¡cultura...! ¡siempre está usted con eso! Vale más ser feliz que ser culto.» Lo malo es que al que se resiste a la cultura no le dejan gozar de su felicidad, si es que la hay en la ignorancia consentida y vencible.

VI

El hecho es que el vascuence se muere, hagan lo que quieran por prolongarle la vida aquellos de mis paisanos que carecen de valor moral. Porque el valor moral consiste en saber plegarse a la ley de la vida, y en saber sacrificar a la razón y las exigencias vitales los más caros sentimientos.

La pérdida del vascuence es inevitable, y lejos de deplorarla debemos desear los buenos vascon-

gados que sea cuanto antes. Motejar de hijo espúreo y otras expresiones tan hueras como ésta a quien lo desea, es empeñarse en que queramos todos a la madre del mismo modo y obstinarse en que quien no la quiere, como yo creo que debe querérsela, es que la odia. Me parece una torpeza que nos empeñemos en luchar contra otros pueblos, que vienen armados de máuseres, con nuestras viejas armas, porque son nuestras y las heredamos de nuestros padres, en vez de cojer las suyas y manejarlas a nuestro modo.

El vascuence se muere, y no se logrará resucitarlo con certámenes ni cátedras. Lo único que queda, ya lo dije en Bilbao, es embalsamarle en ciencia; recojer con filial piedad sus restos antes de que se suman en el olvido; levantarle un monumento funerario. Y este monumento que acredite a las generaciones venideras el amor de los vascos a su casta y a su vieja lengua, no hará sino afearse con invenciones fantásticas, con correcciones caprichosas de lo vivo, con esos ridículos esfuerzos por crear un volapük. Recojer el vascuence, *tal y como se habla,* sus distintos dialectos y subdialectos, fijar por la escritura sus formas usuales y corrientes, cosechar y entrojar lo que de él aún queda sin meterse a dar pases de buen o mal vascuence.

Leo en una gramática vascongada:

«El vulgo eúskaro en vez de *non* suele emplear *nun* = dónde, en vez de *noiz* = cuándo, algunos bizkaínos *nos;* por decir *zelango* + *a* = de qué cualidad, *zelako* + *a, zeinbait* (cuántos) = *zematz* o *zemait.* No deben emplearse.»

¡No deben emplearse! ¿Y por qué? Es la lógica misma de los que dicen que no debe decirse *carnicería,* sino *carnecería,* porque deriva de *carne.* Cuando el vulgo dice *nun* y *nos* y *zelakoa,* lo dice por algo. Es la lógica de la Real Academia que hace escribir *septiembre* —a los que lo escriban, a mí no, que no llega a tanto mi servilismo—por acomodarlo a la voz latina, y no nos hace escribir *siepte* por la misma razón.

Y en el país vasco son bastantes los arbitristas que fundándose en suposiciones individuales y en etimologías, las más de las veces caprichosas, se meten a corregir la lengua tal como se habla, desdeñosos del inmortal precepto de Horacio: *usus, et ius et norma loquendi.* Tal hubo que por habérsele antojado que *beguiak* (lo escribo como se pronuncia) = los ojos derivaba de *bi-guiak,* dos guías, lo escribía así, y es como aquél que creyendo que al *seminario* se le llama así porque en él se examina, le llama *examinario.*

Más daño harían al vascuence esos arbitristas,

si fuera el vascuence a sufrir por tales cosas, que los que buenamente creemos que se muere sin remedio y lo proclamamos así. Más daño le hacen los curanderos que le asisten en su lecho de agonía, que los que nos disponemos a cantarle los funerales y a embalsamarlo. Estando el verano pasado en un pueblecito cercano a Lequeitio, en Amoroto, pude ver en la escuela un catecismo en vascuence plagado de terminachos eusquérico-volapükescos y de todo género de caprichosas innovaciones, y me pude enterar de que los pobres niños apenas entendían palabra de aquello. Es lo que faltaba: que el fanatismo bizkaitarresco llegue hasta enseñar a los niños la doctrina en una jerga. Así se precipita lo que se quiere retardar.

Que se vaya hoy a los habitantes de la antigua Lituania y se les pregunte si quieren volver a hablar el lituánico, dejando el alemán, y se verá lo que contestan. Así sucederá con los vascos de mañana, cuando hayan abandonado por completo el vascuence. Por mi parte me compensa de los torpes insultos que algunos de mis paisanos me hayan dirigido el pensar que sus nietos me darán la razón algún día.

A los que me digan que bien puede el pueblo vasco aprender castellano sin olvidar el vascuence, les diré que esto envuelve un cándido desconocimiento de la vida. Cuando sea el castellano la lengua corriente y usual, raro será el que se tome la molestia de aprender vascuence, que de no servirle para entenderse con sus hermanos, de poco o nada *útil* le habrá de servir; preferirá emplear ese tiempo y ese esfuerzo en aprender francés, inglés, alemán... cualquier otro idioma. Y pensar que tenga el pueblo dos lenguas usuales, domésticas y para diario, es pensar una niñería.

No falta tampoco quien diga en mi país que si se ha de morir el vascuence, adoptemos el francés o el inglés antes que el castellano. Aunque parezca estupendo, lo he oído decir. La cosa es tan risible que no merecería la menor atención, si no fuese porque envuelve un sentimiento despreciable y malsano, una pestilente hostilidad a un pueblo al que se desprecia sin conocerlo y sin otro motivo que una petulancia y una presunción insoportables. Afortunadamente el vasco suele ser hombre de bien asentada salud espiritual, y se ríe de estas cosas.

Setiembre-Octubre de 1902.

ÍNDICE

Págs.

La dignidad humana..... 9
La crisis del patriotismo..... 27
La juventud «intelectual» española..... 45
Civilización y cultura..... 63
La reforma del castellano (Prólogo de un libro en prensa)..... 79
Sobre la lengua española..... 95
La educación..... 115
Maese Pedro (Notas sobre Carlyle)..... 145
Ciudad y campo (De mis impresiones de Madrid)..... 163
La cuestión del vascuence..... 191

ESTE LIBRO

SE ACABÓ DE IMPRIMIR

EN EL EST. TIPOGRÁFICO DE FORTANET

EN MADRID

EL DÍA 30 DE SETIEMBRE

DE 1916

LS.
U542e
146609
Author Unamuno, Miguel de
Title Ensayos. Vol.3

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU